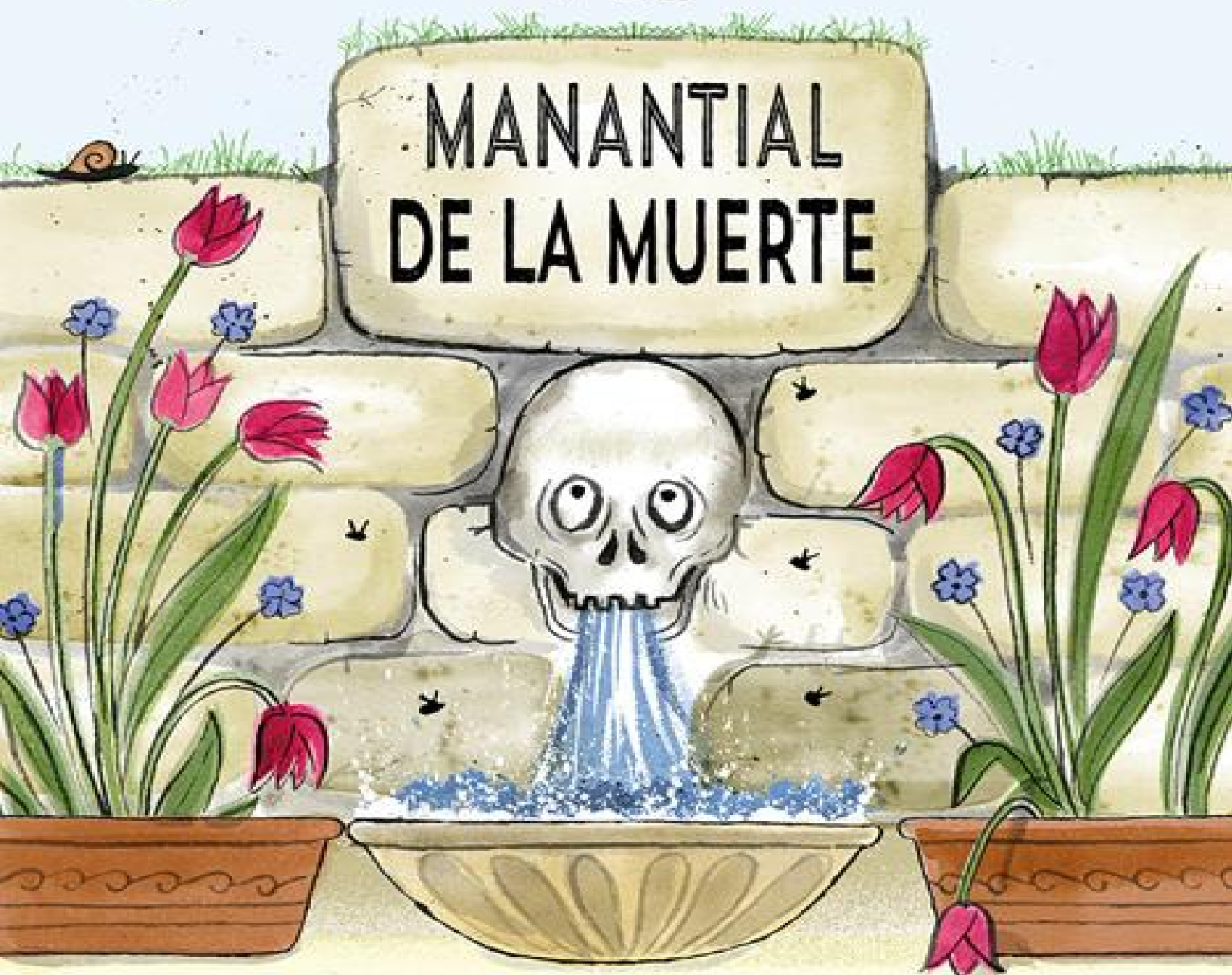


M.C. Beaton

Agatha Raisin

Y EL

MANANTIAL
DE LA MUERTE



salamandra

M.C. Beaton

Agatha Raisin
Y EL
MANANTIAL
DE LA MUERTE

Traducción del inglés de
Vicente Campos González



1

Agatha Raisin se sentía triste y aburrida. Su vecino, James Lacey, por fin había regresado al cottage contiguo al suyo en el pueblo de Carsely, en los Cotswolds, y ella intentaba que no le afectara su indiferencia, tratando de convencerse de que ya no le quería.

Habían estado a punto de casarse, pero su marido, que por aquel entonces seguía vivo, se había presentado en plena ceremonia y James no le había perdonado la mentira.

Una noche de primavera en que el pueblo resplandecía bajo un colorido manto de narcisos, forsitias, magnolias y azafranes, Agatha se encaminó con paso cansino hacia la vicaría para asistir a una reunión de la Asociación de Damas de Carsely con la esperanza de distraerse con los cotilleos.

Pero una vez allí resultó que sólo se hablaba del manantial del pueblo vecino de Ancombe, un tema que no le interesaba en absoluto.

Agatha conocía perfectamente la historia del manantial. En el siglo XVIII, una tal señorita Jakes lo había canalizado a través del muro de su jardín con una tubería que cruzaba su terreno y desembocaba en una fuente de uso público. El chorro de agua manaba por la boca de una calavera — una extravagancia que había provocado un sinfín de críticas incluso en una época tan lúgubre como aquélla — hasta un pilón hundido en el suelo, donde el caudal se desbordaba y, a través de una rejilla, continuaba por un canal que lo llevaba por debajo de la carretera. Al otro lado se convertía en un pequeño arroyo que serpenteaba entre otros jardines hasta desembocar en el río Ancombe.

Sobre la calavera se grabaron unos toscos versos, escritos por la señorita Jakes:

Cansado viajero, detente y mira
el agua que aquí mana y expira.
Valle de lágrimas, nuestro tiempo termina,
agáchate y bebe Agua de Vida.

Doscientos años atrás, se creía que esta agua poseía propiedades milagrosas y medicinales, pero ahora sólo se detenían aquí los excursionistas, que aprovechaban para llenar sus cantimploras, y a veces la gente de la zona, como Agatha, que se acercaba para llenar una garrafa y llevársela a casa para preparar el té, pues era más blanda que la del grifo.

Hacía poco, la recién creada Compañía de Agua Mineral de Ancombe había intentado que el consejo parroquial del pueblo le concediera permiso para embotellar agua del manantial diariamente al precio de un penique por cada cuatro litros y medio.

— Muchos piensan que es un sacrilegio — dijo la señora Bloxby, la esposa del vicario —, pero el manantial nunca ha tenido nada que ver con la religión.

— Ya, pero supone añadir una fea nota de mercantilismo a nuestra apacible vida rural — se quejó una recién llegada a la Asociación, la señora Darry, que se había mudado hacía poco a los Cotswolds desde Londres y aún enarbolaba el fervor forastero por conservar la vida de pueblo.

— Pues yo digo que no molestará a nadie — afirmó la secretaria, la señorita Simms, que al cruzar las piernas, enfundadas en unas medias negras, les enseñó el ligero que llevaba en el muslo —. Me refiero a que el camión cisterna vendría cada día al alba, así que después todos podrían utilizar el manantial como siempre.

Agatha contuvo un bostezo. Como mujer de negocios jubilada que había dirigido, y con éxito, su propia empresa de relaciones públicas, le parecía que era una idea comercial sensata. Además, no le caía bien la señora Darry, con su cara de hurón asustado.

— Los Cotswolds ya están bastante mercantilizados; ya no caben más autobuses turísticos, teterías ni tiendas de artesanía — le dijo.

La sala se dividió en tres facciones: las que estaban a favor de que se vendiera el agua, las que se oponían y las que estaban hartas y aburridas del asunto, como Agatha.

La señora Bloxby hizo un aparte con Agatha antes de que ésta se fuera.

— La noto un poco baja de ánimos. ¿Es por James? — dijo mientras un velo de preocupación cubría su expresión amable.

— No. Es esta época del año. Siempre me deprime — mintió Agatha, a la defensiva.

— «Abril es el mes más cruel», decía T. S. Eliot.

Agatha se quedó muda al escuchar la cita literaria. Detestaba las citas, le enervaban, le parecían de pedantes.

— Eso es — gruñó malhumorada, y salió al dulce aire vespertino.

Una bella magnolia relucía con destellos cerosos en el silencio del jardín de la vicaría. En el cementerio contiguo a la iglesia, los narcisos, níveos a la luz de la luna, asomaban entre las viejas lápidas inclinadas.

«Tengo que comprar una parcela en el cementerio —pensó Agatha—. Qué agradable reposar bajo ese manto de flores y hierba enmarañada.» Suspiró. La vida en ese momento no era más que un cuenco de fruta podrida, y toda con hueso.

Casi se había olvidado del asunto del manantial cuando una semana más tarde la llamó Roy

Silver, que había sido su empleado y ahora trabajaba para la empresa que le había comprado la agencia. Roy estaba muy emocionado.

— Escucha esto, Aggie: ¿conoces la Compañía de Agua Mineral de Ancombe? — preguntó con voz cantarina.

— Sí.

— Son nuestros nuevos clientes y tienen su sede en Mircester. El jefe se preguntaba si querías llevar su cuenta, como *freelance*.

Agatha miró con furia el teléfono. Roy había descubierto el paradero de su marido, así que, en parte, era el culpable de que éste se hubiera presentado justo cuando estaba a punto de casarse con James.

— No — dijo con brusquedad, y colgó.

Se quedó sentada mirando el aparato hasta que fue capaz de marcar el número de James, que contestó al primer timbrado.

— ¿Te apetece que cenemos esta noche? — dijo Agatha con una jovialidad muy mal fingida.

— Lo siento mucho — dijo él con tono desabrido —. Estoy ocupado. Y lo estaré durante las próximas semanas — añadió rápidamente.

Agatha colgó con suavidad. Le dolía la barriga. La gente siempre habla de corazones rotos, pero el verdadero dolor se concentra en las entrañas.

Un mirlo cantó alegremente en algún punto del jardín, la dulzura de sus trinos intensificó el sufrimiento de Agatha.

Cogió el teléfono de nuevo, marcó el número de la comisaría de Mircester y pidió hablar con el sargento Bill Wong, su amigo, pero le dijeron que era su día libre. Lo llamó a su casa.

— Hoy no tengo planes — contestó Bill contento —. ¿Por qué no vienes a casa?

Agatha vaciló. Los padres de Bill le parecían sórdidos.

— Me temo que estaré solo — prosiguió Bill —. Mis padres han ido a Southend a visitar a unos parientes.

— Muy bien, me pasaré por ahí — dijo Agatha.

Al salir con el coche, desvió la mirada para evitar el cottage de James.

Bill estaba encantado de verla. Todavía no había cumplido los treinta y tenía su cara redonda de siempre, pero estaba visiblemente más delgado.

— Estás en buena forma, Bill — dijo Agatha —, ¿novia nueva?

El estado de la vida amorosa de Bill podía adivinarse rápidamente porque engordaba en cuanto se quedaba soltero.

— Pues sí. Se llama Sharon. Es una mecanógrafa de la comisaría. Muy guapa.

— ¿Se la has presentado ya a tus padres?

— Todavía no.

«Pues aprovecha, que luego se acabará pronto», pensó Agatha con cinismo. Bill adoraba a sus padres y era incapaz de entender por qué sus relaciones terminaban en cuanto conocían a sus novias.

— Estaba a punto de comer — dijo Bill.

— Te llevaré a algún sitio. Corre de mi cuenta — se apresuró a decir Agatha.

Bill cocinaba tan espantosamente como su madre.

— Muy bien. Hay un pub bastante bueno al final de la calle.

El Jolly Red Cow era un lugar deprimente dominado por una mesa de billar donde mataba las horas un enjambre de jóvenes sin empleo y rostros lívidos de Mircester.

Agatha pidió una ensalada César. La lechuga estaba reblandecida, y el pollo, correoso. Bill se zampó con avidez un plato combinado de huevo, salchichas y patatas con pinta grasienta.

— ¿Y qué me cuentas, Bill? ¿Algo emocionante?

— No ha pasado gran cosa. Todo ha estado bastante tranquilo, gracias a Dios. ¿Y qué me dices de ti? ¿Ves mucho a James?

A Agatha se le crispó la expresión.

— No, apenas lo he visto. Se ha acabado. Y prefiero no hablar de ello.

— ¿Y qué es todo ese alboroto sobre esa nueva compañía de agua mineral? — dijo al momento, como si él también quisiera cambiar de tema.

— Oh, eso. Lo comentaron en la Asociación de Damas la semana pasada. La verdad, no me interesa mucho. Quiero decir que no veo a qué viene tanto follón. Van a pasar todos los días al amanecer a llevarse el agua y el resto de la jornada todo seguirá como siempre.

— No sé, tengo un mal presentimiento — dijo Bill mojando patatas fritas en ketchup —. Todo lo que tiene que ver con el medio ambiente acaba dando lugar, tarde o temprano, a algún grupo de protesta. Y si eso sucede, habrá violencia.

— Yo no diría tanto. — Agatha pinchó con desgana un trozo de pollo —. Ancombe es un pueblo bastante muerto.

— Te sorprenderías. Incluso en los lugares más aburridos hay percances. Existen grupos ecologistas a los que no les importa el medio ambiente lo más mínimo. Lo único que buscan es una excusa para armar jaleo. A veces creo que son la mayoría. La gente que de verdad se preocupa por los asuntos medioambientales suele formar grupos pequeños y comprometidos que emprenden protestas pacíficas. A menudo acaban rodeados de esos militantes extremistas y en algunas ocasiones hasta pueden salir mal parados.

— No es un tema que me interese mucho — dijo Agatha —. En realidad, para serte sincera, pocas cosas me interesan últimamente.

Él la miró comprensivo y con preocupación.

— Lo que quieres es que me saque un crimen de la manga y lanzarte a investigarlo. Pues

bueno, no voy a hacerlo. No puedes estar esperando a que haya un asesinato para que te sirva de pasatiempo.

— Es un poco grosero llamarlo pasatiempo. ¿Qué es esta porquería? — Apartó su plato con gesto de enfado.

— A mí me parece que la comida está muy buena — dijo Bill a la defensiva —. Estás quisquillosa porque estás pasando un mal momento.

— En cualquier caso, estoy a dieta. El miserable de Roy Silver me llamó pidiéndome que me encargara de llevar las relaciones públicas de esa compañía de agua mineral.

— Pues seguro que te distraerá. Tienen sus oficinas aquí mismo, en Mircester.

— Estoy retirada.

— Y triste. No eres feliz. ¿Por qué no lo reconoces?

Pero Agatha no quería contarle la verdadera razón de su negativa. Pasar días en la oficina significaba pasar días lejos de James Lacey. Ella aún esperaba que sucediera un milagro: que cambiara de actitud y se mostrara más amable con ella.

Cuando se despidieron, Bill volvió pensativo a casa. Llevado por un impulso, telefoneó a James.

—¿Cómo van las cosas? Hace siglos que no te veo.

— Has estado de viaje. Acabo de comer con Agatha y me he dado cuenta de que hacía mucho que no hablaba contigo.

— Ah.

Y el «ah» de James sonó tan gélido que podrían haberse formado carámbanos a lo largo del cable, pensó Bill. Así que habló de naderías, en lugar de pedirle que le diera una oportunidad a Agatha y la invitara a cenar por ahí.

Una semana más tarde, Agatha estaba terminando su desayuno habitual de cuatro cigarrillos y tres tazas de café cuando sonó el teléfono.

— Que sea James, por favor — le susurró a ese Dios antropomórfico de largas barbas y pelo enmarañado al que hacía promesas en momentos de angustia —. Si es James no volveré a fumar.

Pero el Dios al que imploraba Agatha era más mitológico que religioso, así que no le sorprendió mucho descubrir que al otro lado de la línea se encontraba Roy Silver.

— No cuelgues — saltó Roy —. Sé que todavía estás resentida conmigo porque encontré a tu marido.

— Y me arruinaste la vida — dijo Agatha con amargura.

— Bueno, ahora ya está muerto, ¿no? Y si James no quiere casarse contigo, no me puedes echar la culpa.

Agatha colgó.

Llamaron al timbre. Tal vez Él había atendido sus plegarias. Apagó el cigarrillo.

— El último — dijo en voz alta hacia el techo.

Abrió la puerta.

Allí estaba la señora Darry.

— Me preguntaba si podría hacerme un favor, señora Raisin.

— Pase — dijo Agatha con tono desolado.

La condujo a la cocina, se sentaron a la mesa y ella encendió de mal humor un cigarrillo.

La señora Darry se acomodó.

— Le pediría que no fumara.

— Pues pide demasiado — dijo Agatha —. Ésta es mi casa, y éste, mi cigarrillo. Dígame qué quiere.

—¿No sabe que se está matando?

Agatha miró su cigarrillo y luego a la señora Darry.

— En ese caso, no la estoy matando a usted. Suéltelo ya: ¿qué quiere?

— Agua.

— Sale del grifo. ¿Le han cortado el agua o qué?

— No, no me ha entendido. Mi madre viene a mi casa.

Agatha la miró perpleja. Le había echado sesenta y muchos a la señora Darry.

— Mi madre tiene noventa y dos años. Es muy maniática con el té. No tengo coche y me preguntaba si usted podría traerme una garrafa de agua del manantial de Ancombe.

— No tenía intención de ir a Ancombe — dijo Agatha mientras pensaba en lo mal que le caía esta recién llegada al pueblo.

Era una mujer muy desagradable. Le sorprendía mucho que la gente pudiera ser tan fea. Lo que en su caso no era tanto por su aspecto como por el aire de superioridad, insatisfacción y mal humor que transmitía siempre.

Llevaba un chaleco acolchado, abotonado y ceñido encima de una blusa de cuello alto. Con esa nariz puntiaguda, la boca fruncida, el pelo rubio oscuro y sus vigilantes ojos verde claro, a Agatha siempre le recordaba un despiadado animal salvaje al acecho, en busca de una presa. Y hoy se lo recordó más que nunca.

—¿No puede pedírselo a nadie más?

Agatha pensó en ofrecerle un café, pero al momento cambió de opinión.

— Todo el mundo está muy ocupado — se lamentó la señora Darry —. Y, la verdad, usted no parece tener mucho que hacer.

— Pues, para serle sincera, sí lo tengo — replicó Agatha, dolida por el comentario —. Voy a encargarme de las relaciones públicas de la nueva compañía de agua mineral.

La señora Darry recogió el bolso y los guantes y se levantó.

— No me lo esperaba de usted, señora Raisin. Usted vive en este pueblo. Me resulta increíble que esté dispuesta a colaborar y ser cómplice de una empresa que pretende destruir nuestro ecosistema.

— Salga de mi casa.

En cuanto se quedó sola, Agatha se encendió otro cigarrillo. Le estuvo dando vueltas a la idea de representar a la compañía de agua durante todo el día. Por descontado, era posible que la oferta ya no siguiera en pie. Pero si la contrataban para el lanzamiento tendría que trabajar mucho, y si trabaja mucho no sentiría el impulso de hacer más llamadas estúpidas a James y sufrir su doloroso rechazo.

Una triste velada ante el televisor hizo poco para mejorar su ánimo. Además se comió una tableta entera de chocolate y luego la falda le apretaba de un modo alarmante. Se dijo que debía de ser psicósomático, pero decidió coger una garrafa, acercarse paseando a Ancombe y echarle un vistazo al manantial.

Hacía una hermosa noche. Las estrellitas de los cerezos de racimo brillaban en los setos. Las flores de manzano resplandecían en los huertos a ambos lados de la carretera. Andaba con paso cansino: se sentía pesada, insignificante ante la belleza de la noche.

El trayecto era de varios kilómetros. Cuando por fin divisó Ancombe, estaba agotada. Se arrepentía de no haber cogido el coche.

El manantial se encontraba en el extremo más alejado del pueblo, en una zona sin alumbrado donde ya no había casas y empezaba de nuevo el campo.

El repiqueteo del agua le hizo saber que se acercaba.

Nada más llegar se inclinó sobre el manantial, pero, ahogando un grito, saltó hacia atrás asustada y tiró la botella. A sus pies, bajo la tenue luz de la luna y las estrellas, había un hombre muerto con los ojos abiertos.

«Y bien muerto», pensó Agatha al buscarle el pulso inexistente.

Corrió hasta la casa más próxima y despertó a sus ocupantes. Llamaron a la policía. No quiso tomarse el brandi ni la taza de té que le ofrecieron; estaba resuelta a volver al manantial para esperar a la policía. La noticia se propagó rápidamente por el pueblo y, cuando llegó la patrulla, se había formado un silencioso círculo de gente alrededor del cadáver. El cráneo del que manaba el agua los observaba maliciosamente por encima del cuerpo sin vida.

Por los murmullos de la gente, Agatha se enteró de que el muerto era el señor Robert Struthers, presidente del consejo parroquial de Ancombe. El hilo de sangre que le salía de la nuca, negro como la noche, se arremolinaba en el pilón de piedra de la base.

Las sirenas desgarraron el silencio nocturno. Por fin había llegado la policía. Bill no estaría; era su día libre. Agatha reconoció al inspector Wilkes. Se sentó en uno de los coches de la policía

y una agente le tomó declaración. Estaba bastante aturdida. Finalmente, un coche de policía la llevó a casa.

Ante el peldaño del umbral vaciló un instante; miró melancólicamente el cottage contiguo. Era una magnífica oportunidad para hablar con James, pero la conmoción había cambiado algo en su interior. «Merezco algo mejor», pensó mientras entraba en su casa.

Se estaba preparando una taza de café cuando llamaron al timbre. Esta vez no deseó encontrarse con James en la puerta. Con genuina gratitud y alivio dio la bienvenida a la esposa del vicario, la señora Bloxby.

— Me he enterado de la espantosa noticia — dijo la buena mujer recogiendo un mechón canoso detrás de la oreja —. He venido para hacerle compañía esta noche. No querrá estar sola.

Agatha la miró con afecto. No era la primera vez que se ofrecía a pasar la noche con ella.

— Creo que estaré bien, pero le agradezco que se quede un rato — dijo.

La señora Bloxby la siguió hasta la cocina y se sentaron.

— La señora Darry me ha telefoneado para darme la noticia. Si se asoma, verá luces encendidas por todo el pueblo. La gente se pasará la noche en vela hablando del tema.

— Cuénteme lo que sepa de ese asunto del agua — dijo Agatha mientras le daba una taza de café —. Supongo que les pidieron que tomaran una decisión al respecto.

— Sí, claro, y los debates fueron muy acalorados.

—¿Quién es el propietario del agua?

— Bueno, procede del jardín de la señora Toynbee, pero como la fuente está en el exterior, en la carretera, esa parte pertenece a la parroquia civil, nuestra unidad de gobierno local. El consejo parroquial de Ancombe lo componen siete miembros y todos ocupan el puesto desde hace años.

—¿Y qué pasa con las elecciones al consejo?

— Bueno, se convocan de vez en cuando, pero nadie quiere ocupar esos puestos, así que nadie se presenta contra los que ya están. El difunto señor Struthers era el presidente, el señor Andy Stiggs es el vicepresidente, y los demás son la señorita Mary Owen, la señora Jane Cutler, el señor Bill Allen, el señor Fred Shaw y la señorita Angela Buckley. El señor Struthers era un banquero jubilado. El señor Stiggs es un tendero retirado. La señorita Mary Owen tiene medios que le permiten vivir a su aire. La señora Jane Cutler, también acaudalada, es viuda. El señor Bill Allen es el dueño del vivero; el señor Fred Shaw es el electricista del pueblo y la señorita Angela Buckley es hija de un granjero.

—¿Quién estaba a favor de vender el agua y quién en contra?

— Hasta donde puedo recordar, la señora Cutler, Fred Shaw y Angela Buckley estaban a favor, y Mary Owen, Bill Allen y Andy Stiggs, en contra. El presidente tenía el voto de calidad y, por lo que sé, todavía no se había decidido.

— Podría ser que alguno de los que estaba a favor o en contra de la comercialización hubiera

averiguado qué iba a votar y no le gustara... — dijo Agatha; los ojos, redondos y diminutos, le brillaban bajo el tupido flequillo castaño.

— Me cuesta imaginarlo. Todos son bastante mayores, salvo la señorita Buckley, que tiene cuarenta y tantos, y han llevado una vida ejemplar.

— Pero esto parece haberlos espabilado a todos.

— Es cierto — admitió la señora Bloxby con reticencias —. Los debates han sido encarnizados, incluso ofensivos. Y, claro, los vecinos también están divididos en dos bandos. Mary Owen afirma que no se ha consultado a los habitantes y ha convocado una reunión en el salón del ayuntamiento. Estaba prevista para la semana que viene pero seguro que, después del asesinato, se pospondrá.

— Si es que al final se trata de un asesinato — dijo Agatha lentamente —. Era un hombre mayor y estaba tumbado boca arriba. Pudo sufrir un ataque, caer de espaldas y golpearse la cabeza contra el pilón.

— Ojalá haya sido eso. Si no, se presentarán la prensa y los equipos de televisión y, con lo bonito que está todo ahora, tendremos que aguantar más turistas de los habituales.

— Yo también soy una turista — dijo Agatha resentida —. En realidad no soy de aquí. Me saca de quicio que la gente del pueblo no pare de quejarse de esos terribles turistas cuando ellos mismos acaban de llegar de unas vacaciones en el extranjero donde eran ellos los turistas.

— Eso no es del todo así — dijo la esposa del vicario con tono afable —. A la gente de Carsely no le gusta salir del pueblo.

— Tanto da. Van a Evesham y a Moreton a hacer las compras, así que están ocupando un trozo de espacio ajeno. El mundo es un planeta lleno de turistas.

— O de personas desplazadas. Piense en Bosnia.

— A la porra Bosnia — dijo Agatha con esa malicia que le sale a uno cuando le hacen sentir culpable —. Lo siento, debo de estar un poco alterada — musitó.

— No me cabe duda. Debe de haber sido una experiencia traumática.

«Y así ha sido», pensó Agatha. Algunas mujeres, como ella misma, están cortadas con el mismo patrón machista que los hombres. Por eso lo primero que le había venido a la cabeza fue decir: «Va, no ha sido nada. Estoy acostumbrada a los cadáveres, ya lo sabe.» Pero, en realidad, Agatha había tenido miedo de tantas cosas a lo largo de su vida que solía ir por el mundo con una coraza que ella misma se había construido para protegerse. Sólo la calma y la afabilidad de Carsely habían logrado romperla.

— Si esto fuera un asesinato y me propusiera resolverlo — dijo Agatha despacio —, podría aceptar el empleo de relaciones públicas para la Compañía de Agua Mineral de Ancombe.

— La señora Darry ha dicho que ya lo había aceptado.

—¡Será bruja cotilla! Sólo se lo he contado porque se ha presentado aquí para pedirme que le

trajera un poco de agua del manantial y me ha soltado, ni más ni menos, que yo no tenía nada mejor que hacer. Me ha hecho sentir como si ya fuera un desecho y me hubieran tirado a la basura.

— Podría resultar peligroso si hace demasiadas preguntas.

— Si se trata de un asesinato, seguramente se resolverá pronto. O se trata de uno de los partidarios de la venta, que no querría que Struthers la impidiese, o de uno de los contrarios, convencido de que iba a destrozar la vida de pueblo y contaminar el medio ambiente.

— No creo que ése sea el caso. Usted no conoce al consejo de la parroquia; yo, sí. Desde luego, esta disputa los ha acalorado a todos, pero son miembros de la comunidad, gente sensata, normal y corriente. ¿Lo investigarán usted y James? Se les ha dado muy bien en el pasado.

— Ha sido muy mal educado conmigo. Me ha despreciado — dijo Agatha —. No, no pienso acercarme a él.

La señora Bloxby se marchó y Agatha se fue directa a la cama. El viejo cottage crujía como cada noche, cuando su estructura se reasentaba y los animales del techo de paja correteaban, pero hoy todos los ruiditos la sobresaltaban. Ojalá no se hubiera hecho la valiente y hubiera aceptado el ofrecimiento de la señora Bloxby. Y luego estaba James, en la casa contigua, que a esas alturas ya debía de haberse enterado del asesinato. Tendría que estar aquí para protegerla y consolarla. Una lágrima le resbaló por la nariz. Esa noche Agatha se sumió en un sueño agitado.

Otro espléndido día de primavera hizo que se desvanecieran los horrores de la noche anterior. Bill Wong fue a su casa, acompañado de una agente, para revisar su declaración.

James Lacey había visto llegar el coche de la policía: ya lo sabía todo sobre el asesinato y también que había sido Agatha la que había encontrado el cadáver. Había dado por supuesto que ella le llamaría, porque ansiaba conocer los detalles, pero finalmente Bill Wong se marchó y su teléfono no sonó.

Agatha llamó a Roy Silver.

— He decidido aceptar ese empleo como *freelance* para la compañía de agua mineral — dijo de mal humor.

Roy se moría de ganas de decirle que llegaba tarde, pero no lo hizo porque sabía que su jefe estaría encantado de que hubiera convencido a Agatha.

— Genial — dijo con frialdad —. Organizaré una reunión con los directores mañana mismo.

— Supongo que habrás visto los periódicos — dijo Agatha.

—¿Por qué?

— El presidente del consejo parroquial de Ancombe apareció muerto anoche. Yo encontré su cadáver.

— ¡No me digas! Eres como un buitre, Aggie. Te necesitarán más que nunca para contrarrestar la mala publicidad. ¿Fue un asesinato?

— Es posible, pero era un anciano y tal vez simplemente se cayó y se golpeó la cabeza con el pilón de piedra.

— Bueno, sea como sea, querida, volveré a llamarte y te diré la hora de la reunión.

— ¿Con quién trataré?

— Con los codirectores, Guy y Peter Freemont. Son hermanos.

— ¿Qué pedigrí tienen?

— Son hombres de negocios de la City; especialistas en chanchullos, ya sabes.

— Perfecto, ya me dirás.

Agatha miró el reloj. Era casi la hora de comer. Decidió pasarse por el Red Lion, el pub de Carsely, para enterarse de los cotilleos. Tal vez incluso estuviera James... ¡aunque lo mejor que podía hacer era olvidarlo!

Se maquilló con esmero mientras estudiaba su rostro en lo que llamaba su «espejo del pánico», uno de esos que amplían la imagen. En general su cutis se veía terso, a pesar de las patas de gallo y de unas arrugas muy feas sobre el labio superior. Su pelo era espeso y brillante... y además tenía las piernas bonitas. Aunque era más bien gordita y tenía el cuello un poco corto. Suspiró mientras cubría con base de maquillaje la zona de las arrugas. Luego se puso colorete y se pintó los labios. Cogió el tubo de máscara de pestañas pero al final decidió no ponérsela. Era resistente al agua y eso sólo significaba más rato para desmaquillarse y un rastro en las ojeras durante días. Debería teñirse las pestañas. ¿Y si se hacía un *lifting* facial? ¿Merecía la pena o eso era envejecer sin clase? ¿Era posible envejecer con elegancia, o se trataba más bien de rendirse o morir matando?

De camino al pub la invadió una intensa sensación de soledad y aislamiento. Se preguntó, y no por primera vez, si no sería demasiado urbanita para echar raíces en el campo. Y sin embargo apreciaba su belleza y tranquilidad, se dijo mientras cruzaba los arcos de flores. Sobre los Cotswolds se extendía un cielo despejado de color azul claro. «Si seguimos así, pronto empezarán los cortes de agua», pensó una Agatha más pragmática.

Casi había llegado al pub cuando cayó en la cuenta de que no había dado de comer a *Hodge* y *Boswell*. Gruñó. Tampoco les pasaría nada por esperar a que volviera. No pensaba convertirse en una de esas pesadas obsesionadas con los animales.

Sin embargo, volvió a casa, dio de comer a los gatos y los dejó sueltos por el jardín. Luego, considerando que ya había hecho suficiente ejercicio y respirado bastante aire puro ese día, se

subió al coche y condujo el breve trayecto hasta el pub, donde se sumergió alegremente en su penumbra cargada de humo y olor de cerveza.

El camarero, John Fletcher, le sirvió un gin-tonic. En cuestión de minutos tuvo a todos los parroquianos congregados a su alrededor, sedientos de noticias frescas. Siempre feliz de ser el centro de atención, Agatha les contó cómo había descubierto el cadáver.

— Tal vez no sea un asesinato, el señor Struthers podría haberse caído — acabó diciendo.

— Seguro que fue un asesinato — dijo la señorita Simms, la secretaria de la Asociación de Damas de Carsely y la madre soltera más famosa del pueblo —. ¡Y yo sé quién lo hizo!

—¿Quién? — preguntó Agatha.

La señorita Simms sostuvo su media pinta de cerveza contra el pecho.

— Fue Mary Owen.

— Pero qué dices — intervino Fred Griggs, el policía local, que se acercó torpemente al grupo —. Mary Owen es una anciana encantadora y es incapaz de matar a una mosca.

—¿Qué edad tiene?

— Sesenta y cinco.

Agatha hizo una mueca. Ella estaba en la cincuentena y no le hacía ninguna gracia que a Mary Owen la llamasen anciana con sesenta y pocos.

— Puede que antes fuera agradable — dijo la señorita Simms con ganas de discutir —, pero desde que ha aparecido esa compañía de agua no ha parado de alborotar y quejarse. A veces la gente pierde el juicio cuando llega a ciertas edades.

— Todavía no sabemos si fue un asesinato — dijo Fred —. ¿Alguien me invita a tomar algo?

— Yo le invito — dijo Agatha —. ¿Bebe cuando está de servicio?

— Hoy es mi día libre. Me tomaré una pinta de Hook Norton.

— No imaginaba que tuviera un día libre con una muerte reciente.

— Se encargan los detectives.

Se les unió la señora Darry. Agatha le dio la espalda, intentando excluirla del grupo, pero ella se hizo un sitio igualmente.

—¿Están hablando del asesinato? — preguntó interesada.

— Tenemos otras cosas de las que hablar — dijo Agatha con tono huraño mientras pagaba la cerveza del agente.

— Les estaba diciendo que lo hizo Mary Owen — dijo la señorita Simms.

— Me sorprende encontrarla aquí, señora Raisin — dijo la señora Darry —. Tomaré un Dubonnet, John. — Miró a Agatha —. Me refiero a que pensaba que estarían interrogándola en la comisaría.

—¿Por qué? — Agatha le clavó una mirada furibunda.

La señora Darry dejó escapar una risita maliciosa.

— Sin duda, la persona que encuentra el cadáver es siempre la principal sospechosa, ¿no?
— Eso son tonterías — dijo Fred —. La señora Raisin simplemente se topó con el cuerpo.
— Es asombrosa la cantidad de cuerpos con los que parece haber tropezado la señora Raisin.
— La señora Darry dio un sorbito de su bebida —. Y con los que, dicho sea de paso, se ha ganado una reputación. Aunque por lo visto últimamente ha llevado una vida bastante tranquila, ¿no?

El rostro de Agatha se encendió de rabia.

—¿Está insinuando que voy por ahí asesinando a gente para salir en los periódicos?

La señora Darry soltó una risita maliciosa.

— No era más que una broma.

— Entonces coja su bromita y métasela por su esmirriado trasero — estalló Agatha, embargada por la conmoción de haber encontrado el cadáver. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

— Vamos, venga conmigo — dijo la señorita Simms, que se levantó del taburete de la barra —, busquemos un rincón tranquilo lejos de esta zorra.

Agatha se sentó con ella. Todavía le temblaban las rodillas.

— Lamento la escenita. No sé qué me ha pasado. Me asusté.

—¿La ha estado incordiando la prensa?

— No — dijo sorprendida —. Y me pregunto por qué.

— El *Gloucester Echo* sólo decía que el cadáver lo había encontrado una mujer de la zona.

A pesar de su disgusto, Agatha se sintió irritada. La policía podría haber dicho: «La persona que encontró el cuerpo, Agatha Raisin, ha participado en la resolución de varios asesinatos en los últimos tiempos.» O algo parecido.

— Esa señora Darry es una gata con las uñas muy afiladas — dijo la señorita Simms.

— Hay una en todos los pueblos — comentó Agatha con tono lúgubre —. No tendría que haberle dado pie para que se explayara.

— Mire, señora Raisin...

— Llámeme Agatha. ¿Se puede saber por qué todos nos llamamos por el apellido y no nos tuteamos?

— Yo lo prefiero así — dijo la señorita Simms —. Es más refinado, no sé. ¿Va a investigar el caso?, ¿le ayudará el señor Lacey?

— No sé nada de James y tampoco me importa — dijo Agatha —. Pero seguro que averiguaré algo más de toda esta historia porque voy a encargarme de las relaciones públicas de la compañía de agua, como *freelance*.

— Es una pena que se trate de agua — dijo la señorita Simms —. Si fuera ginebra o whisky podría traernos algunas muestras gratuitas. Mi novio hace instalaciones de lavabos. Puedo conseguirle un retrete.

— Es muy amable por su parte, pero mis retretes están perfectamente. ¿Conoce a algún miembro del consejo parroquial?

—¿De Ancombe? La Asociación de Damas dio un concierto en Ancombe mientras usted estaba en el extranjero. Son todos unos vejestorios. No podrían matar ni a una mosca. Al final se descubrirá que el pobre vejete simplemente se cayó.

La conversación derivó hacia otros cotilleos del pueblo y Agatha se fue al cabo de un rato sintiéndose mejor. En el contestador automático había un mensaje de Roy. Se reuniría con los dos directores de la Compañía de Agua Mineral de Ancombe al día siguiente, a las tres de la tarde.

Consolada por la perspectiva del trabajo y tras un largo paseo vespertino, Agatha por fin consiguió dormir bien esa noche.

La desdicha tiene sus compensaciones. Agatha descubrió que una falda que se le había quedado pequeña ahora le entraba perfectamente. La combinó con una blusa y una chaqueta entallada, metió un cuaderno y un par de bolígrafos en un maletín Gucci y se sintió lista para su nuevo empleo.

Uno de los lujos de vivir de renta, pensó, era que en el fondo no le importaba demasiado si le daban el trabajo.

A la salida del pueblo se detuvo en la tienda a comprar los periódicos. Todavía no decían gran cosa. Sólo se informaba brevemente de que la policía proseguía con sus investigaciones sobre la muerte del señor Struthers.

Condujo hasta Mircester, atravesó la ciudad y aparcó en la zona industrial de las afueras, donde se ubicaba la sede de la Compañía de Agua Mineral de Ancombe.

Su experimentada mirada se fijó en el escaso mobiliario del vestíbulo. Un sofá, una mesita baja, revistas del corazón, varias macetas con plantas. Todo se encontraba en buen estado, pero no parecía que se hubieran gastado mucho dinero.

La recepcionista, de piel morena y ojos de cierva, tenía acento jamaicano y unas hombreras dignas de un jugador de fútbol americano. Anotó el nombre de Agatha, hizo una llamada y luego dijo:

— La secretaria estará con usted enseguida.

«A ver cuánto me hacen esperar —pensó Agatha—. Los directores de las empresas de éxito no juegan a ser importantes.»

Al cabo de un par de minutos entró con paso grácil una alta y esbelta versión de lady Di.

—¿Señora Raisin? Acompañeme, por favor.

Siguiendo la estela de su perfume, Amarige, de Givenchy, Agatha avanzó por un pasillo flanqueado de despachos. No parecía oírse mucho ruido tras las puertas. Se preguntó si estarían vacíos.

Al final del pasillo, la secretaria abrió una puerta con el rótulo «Sala de juntas» y le cedió el paso a Agatha, que una vez dentro examinó la estancia.

Mesa larga de roble, seis sillas, persianas venecianas en las dos ventanas, mesita rinconera con máquina de café, tazas, leche, azúcar y galletas.

— Si quiere sentarse aquí, señora Raisin. — La secretaria retiró una silla del extremo de la mesa —. ¿Café?

— Solo, por favor, y un cenicero.

— Me temo que no tenemos ceniceros.

— Pues si voy a trabajar para ustedes, será mejor que vaya buscando uno — dijo Agatha, que no soportaba el sentimiento de culpa que perseguía a los fumadores hoy en día.

La secretaria tenía unos enormes ojos azules ribeteados de pestañas negras. Vio en ellos una leve expresión de desagrado, pero al instante desapareció.

—¿Cómo se llama? — preguntó Agatha.

— Portia Salmond.

— Bien, Portia, ¿vamos a hacer algo hoy o no?

— El señor Peter y el señor Guy vendrán enseguida. — Portia fue a la máquina de café y sirvió una taza para Agatha —. Volvió con el café y puso delante de Agatha la taza y un platillo —. Puede utilizarlo hasta que encuentre un cenicero.

La puerta del fondo de la sala se abrió y entró un hombre con la mano tendida.

— Soy Peter Freemont — dijo —. Guy vendrá ahora.

Peter Freemont rondaba los cuarenta, era fornido y moreno, y el pelo negro empezaba a grisearle en las sienes. Tenía la nariz grande y carnosa, la boca pequeña, las cejas pobladas y espesas y una cabeza de buen tamaño. Su ancha figura estaba enfundada en un traje de raya fina, y sus pies, que eran diminutos, en un par de zapatos de cordones negros, como de niño. Parecía el dibujo de un hombre pintado en un globo. Agatha tuvo la descabellada idea de que si le ataba una cuerda alrededor de los tobillos y lo sacaba por la ventana se alzaría flotando hacia el cielo.

Pero entonces entró Guy, el hermano, y Agatha se olvidó rápidamente de Peter. Guy Freemont era muy atractivo. Alto y esbelto, pelo negro azabache, ojos muy azules, piel bronceada y cuerpo de atleta. Agatha le echó treinta y tantos. Y le dedicó una sonrisa tan deslumbrante que fingió que buscaba algo en su maletín para disimular.

Los dos se sentaron a la mesa.

— Bien, vamos al grano. Nos han dado muy buenas referencias de usted — dijo Peter.

— Antes me gustaría saber si esa reunión convocada por Mary Owen en el salón del ayuntamiento va a suponer algún problema. ¿Y si los vecinos deciden que no quieren comercializar el agua? — preguntó Agatha.

— No pueden hacer nada — dijo Peter entrelazando sus manos regordetas cubiertas de vello negro sobre la mesa —. El manantial emerge del jardín de la señora Toynbee. La señora Toynbee es descendiente directa de la señorita Jakes, que fue quien canalizó el manantial hasta la carretera, y nos ha dado permiso.

Guy abrió una carpeta y sacó un dibujo que colocó delante de Agatha.

— Éste será el aspecto que tendrá la botella —dijo Guy con firmeza.

A Agatha le sorprendió que la etiqueta mostrara la calavera y el agua manando de ella.

—¿No resulta un poco siniestro? — preguntó —, sobre todo desde el asesinato.

— Todavía no se sabe con seguridad si ha sido un asesinato — dijo Guy —. Y en cualquier caso, las calaveras y los cráneos venden. Había una compañía tabaquera que siempre sacaba algo con forma de cráneo en sus anuncios y una marca de ginebra tenía un anuncio con cubitos de hielo en un vaso con forma de calavera.

— Podría llegarse a la conclusión de que la gente que bebe y fuma tiene ciertos deseos de morir — dijo Agatha mientras se encendía un cigarrillo —. Pero la gente que va por ahí bebiendo algo tan insulso como agua mineral suele ser saludable.

— Ya no — dijo Peter —. Pueden ser alcohólicos rehabilitados que todavía sienten atracción por la muerte. O gente del mundo de los negocios que asiste a una de esas comidas «secas», sin licor, que se han puesto de moda, o tal vez gente que simplemente no soporta el sabor del agua del grifo, que a menudo huele como la de piscina. Pero todos están fascinados con la muerte. Bien, ahora tenemos que organizar algún acto importante que ayude al lanzamiento de la marca. ¿Qué le parece realizarlo en una casa señorial como Blenheim Palace...?

— Dudo que ellos acepten, porque tienen su propia marca de agua — señaló Agatha.

— O tal vez alquilar un barco y recorrer el Támesis, con montones de famosos y alcohol a espaldas para la prensa... — sugirió Guy.

— Eso está muy visto — dijo Agatha —. Ya lo tengo, y además sería una forma de ganarse al pueblo: una fiesta popular al aire libre.

— Vamos, por favor — se quejó Peter —. Pastas pringosas, mermelada casera y mujeres con vestidos de Laura Ashley de los años setenta.

— No, no, escúchenme — dijo Agatha con entusiasmo —. ¿Por qué creen que vienen los turistas a los Cotswolds?

—¿Porque es un sitio bonito? — sugirió Peter.

— No, aparte de eso. Los británicos son tan crédulos como los americanos. A los norteamericanos les gusta recordar los viejos tiempos: June Allyson junto a la valla de madera blanca con un pastel de manzana. Los británicos quieren revivir el sueño rural: jugar a los bolos y al croquet y que el señor de la villa les entregue los trofeos. Bien, sí, estos actos de pueblo acostumbran a ser una horterada, lo reconozco. Pero éste se preparará para que parezca salido de una película de James Ivory. Y traeré a esa estrella de cine norteamericana, Jane Harris, para que lo presente.

—¿La roja?

— Eso no importa. Sus vídeos sobre belleza y salud se venden como churros. Y traeré también a algunos aristócratas seniles.

— Podría funcionar — dijo Guy despacio —. Pero no podemos controlar la meteorología. No va a venir nadie a una idílica fiesta inglesa al aire libre si llueve a cántaros.

— Julio suele ser un mes terrible — dijo Agatha —. Prepárenla para finales de agosto, antes de que los niños vuelvan a la escuela.

Trataron de las ventajas e inconvenientes de la fiesta popular. Agatha zanjó la cuestión señalando lo obvio: iba a comercializarse como Agua de Ancombe así que, ¿qué lugar más apropiado para su presentación que Ancombe?

— Y una última cosa — dijo —. Esa reunión en el ayuntamiento me inquieta. Creo que deberíamos estar allí en representación de la compañía. Nos daría muy mala publicidad acabar con los vecinos en nuestra contra. Ya les informaré de cuándo se celebra la reunión.

— Guy irá con usted — dijo Peter.

En ese momento entró Portia.

—¿Qué ocurre? — preguntó Peter.

— Ese hombre que falleció. Murió asesinado — contestó ella.

— Gracias por decírnoslo.

Los dos hombres esperaron a que hubiera salido la secretaria.

— No está mal, nada mal — dijo Peter.

— No veo cómo puede convenirnos un asesinato. — Agatha los miró. Luego añadió despacio —: Aunque, claro, significa que habrá mucha prensa en esa reunión en el ayuntamiento.

— Justamente — dijo Peter —. Y con su experiencia como relaciones públicas, seguro que encontrará la forma de que todos nos apoyen al cien por cien. Sabe Dios que se le pagará bien para que lo logre.

A Agatha no le gustó el chasquido de ese latigazo.

— Ustedes recibirán lo que me paguen al contratarme — dijo en tono inexpresivo —. Bien, si eso es todo, caballeros...

— Ha sido de mal gusto ese último comentario, hermano — murmuró Guy cuando Agatha se hubo ido.

— A este tipo de mujeres les resbala. Son duras como piedras.

— Y muy atractivas — dijo Guy pensativo mirando la puerta por la que acababa de salir Agatha.

Al regresar a Carsely, Agatha se encontró a la prensa frente a la puerta de casa. Consciente de su nuevo papel, invitó a los periodistas a tomar algo y, después de explicarles cómo había

encontrado el cadáver, les coló un buen titular para la compañía de agua.

Cuando ya se habían marchado todos, la llamó Roy Silver para saber si todo había ido bien.

— Estupendamente, aunque Peter hizo un comentario bastante desagradable sobre mis honorarios — dijo Agatha —. Doy por sentado que me pagaréis la tarifa habitual, ¿no?

— Eso te dije. Ya les expliqué que si querían una buena relaciones públicas tenían que pagarla.

Agatha le explicó lo de la reunión en el ayuntamiento.

— Más vale que vaya yo también — dijo Roy.

La imagen de un glamuroso Roy se perfiló rápidamente en la mente de Agatha.

— No quiero verte ahí ni en pintura — dijo malhumorada.

—¿Quién te consiguió el empleo?

—¿Quieres que te lo devuelva?

— No era más que una broma, Aggie.

Agatha colgó.

Se dio cuenta de que si pensaba en Guy Freemont, la figura de James Lacey se difuminaba.

Con mejor ánimo y más energía de la que tenía desde hacía mucho tiempo, sacó su ordenador portátil y empezó a elaborar una lista con los nombres de los periodistas que podrían aparecer en el lanzamiento.

Tras unas horas delante de la pantalla se desperezó y bostezó, satisfecha por el trabajo bien hecho. Corrigió el texto, lo imprimió y condujo hasta Mircester, donde dejó los papeles en el mostrador de recepción a la atención de los hermanos Freemont.

De vuelta a casa pasó por Mircester y vio a Bill Wong saliendo de comisaría. Lo llamó y paró el coche.

—¿Qué hay de nuevo? — le preguntó ella.

— Aparca y ven a tomar algo. Te contaré lo poco que sé.

Agatha aparcó y fue caminando con él hasta el George, un lúgubre pub pegado a la abadía.

— Fue un asesinato — dijo Bill cuando ambos se acomodaron —. Alguien le dio un golpe en la nuca.

—¿Y lo dejó tumbado boca arriba en el manantial?

— Sí, pero el forense dice que todo indica que lo asesinaron en otro sitio, lo llevaron al manantial y lo arrojaron allí.

— Pues debió de ser alguien muy fuerte. O más de uno.

— Exacto.

—¿Y crees que tuvo algo que ver con este asunto del agua?

— Desde luego lo parece. El señor Struthers era viudo. Vivía solo. Tiene un hijo en Brighton que, se ha comprobado, estaba en Brighton la noche del asesinato. Y Struthers no tenía

demasiado dinero. En cualquier caso, el hijo tiene un empleo de primera en una empresa de informática y no necesita heredar ese dinero.

—¿Qué te parecen los otros miembros del consejo parroquial? La señorita Mary Owen, por ejemplo.

— Es una mujer autoritaria, alta, delgada y curtida. Una de esas damas que hacen buenas obras, pero no movidas por la caridad hacia los desfavorecidos, sino porque se supone que es el tipo de cosas que debe hacer una dama. Es económicamente independiente. Disfruta de un fideicomiso familiar.

— Va a hacer un discurso de protesta, o algo así. ¿Tiene personalidad como para persuadir a los vecinos?

— Sí, yo diría que sí.

— Hay que fastidiarse. ¿Y los demás?

— Empezaré por los que están en contra de la compañía de agua. El señor Bill Allen. Administra el vivero de Ancombe. Muy preocupado por la clase social y con un leve complejo de inferioridad. Su padre era jornalero. Así que el señor Allen apoya todas las ideas conservadoras. Que restauren la horca, que se cacen zorros, que se reimponga el servicio militar obligatorio, ese tipo de cosas.

— En ese caso, debería de estar a favor de vender el agua. Manda el capitalismo, ¿no?

— Creo que la señorita Owen ha dejado caer que los hermanos Freemont no son unos caballeros. Con eso está dicho todo. Bien, el otro que se opone es el señor Andy Stiggs, un tendero jubilado. Tiene setenta y un años pero está como un roble.

— A lo mejor es que esa agua, al final, tiene algo.

— Pues es posible. Sea como sea, ama el pueblo y cree que los camiones cisterna que lo atravesarían diariamente profanarían la plácida vida rural. ¿Te acuerdas del supermercado en las afueras de Broadway? Fue él quien presentó una demanda en su contra.

—¿Y qué puedes decirme de los que están a favor?

— Tenemos a la señora Jane Cutler. Es una viuda acaudalada, de sesenta y cinco años, aunque no los aparenta. Se rumorea que se ha estirado la cara tres veces ya. Rubia y con tipazo, no cae demasiado bien en el pueblo, pero no sabría decirte por qué. A mí me parece encantadora. Dice que el pueblo necesita más turismo y que la Compañía de Agua Mineral de Ancombe le dará publicidad y atraerá negocio. Luego está Angela Buckley, una mujer robusta de cuarenta y ocho años, aunque todos la siguen llamando «chica». Soltera. Ruidosa, de mejillas sonrosadas, siempre de buen humor, pero capaz de intimidar a los vecinos con sus aires de superioridad y de «yo sé lo que les conviene a los pueblerinos», lo que a ellos les revienta. Fred Shaw es el último. Electricista. De sesenta años, actitud déspota, modales agresivos. De complexión fuerte para su edad.

— Vaya, los que están en contra parecen más agradables que los que están a favor — dijo Agatha.

—¿Y a ti qué impresión te causaron los Freemont?

— Peter Freemont me pareció el típico hombre de negocios de la City. Guy Freemont es un encanto. ¿De dónde han salido?

— Tengo entendido que dirigían una empresa de importación y exportación en Hong Kong y se fueron, como todos, antes de que los chinos se hicieran con el control. ¿Qué crees, Agatha? ¿Es posible que asesinaran a alguien para conseguir publicidad?

— Yo diría que no. Estoy convencida de que se trata de asuntos del pueblo y tal vez no tenga nada que ver con el agua. La gente siempre imagina que los pueblos son lugares inocentes, a diferencia de las ciudades, pero tú conoces la realidad, Bill. Una maraña de celos y pasiones indignas subyace bajo la superficie. Tengo la sensación de que esto no guarda ninguna relación con el manantial.

James Lacey iba en su coche cuando vio a Agatha y Bill saliendo del George. Le hubiera gustado llamarlos y hablar del asesinato, pero sabía que difícilmente tendría una cálida acogida después de cómo había estado tratando a Agatha.

Si le das la mano, Agatha no sólo se queda con tu brazo sino con tu vida entera. Siguió conduciendo. Se sentía solo y excluido, consciente de que el único responsable de la situación era él mismo.

La reunión de protesta convocada por Mary Owen en el ayuntamiento iba a celebrarse dos semanas más tarde. Para ese entonces, la policía no había avanzado nada en la investigación del asesinato. Agatha lo había organizado todo para que Guy Freemont y ella ocuparan un sitio en el estrado, con el objetivo de presentar el punto de vista de la compañía.

Agatha había visitado las oficinas de la empresa en Mircester, donde había presentado los esbozos para la campaña de publicidad, pero siempre se había reunido con Peter Freemont. Empezaba a preguntarse si volvería a ver a Guy, pero en su última visita Peter le dijo que Guy pasaría a buscarla antes de la reunión, así los dos llegarían juntos.

Tranquilízate. Le llevas veinte años por lo menos, se dijo con rabia Agatha.

No sabía si intentar parecer provocativa o profesional. El sentido común acabó por imponerse la noche antes de la reunión y decidió vestirse de ejecutiva. Se puso un elegante traje de chaqueta, zapatos negros de charol de tacón alto y una blusa a rayas. Se recogió el pelo en un moño brillante y se pintó sus gruesos labios con un Dior permanente a prueba de besos.

Estaba lista media hora antes de que Guy pasara a recogerla. ¡El perfume! Se le había olvidado. Corrió escaleras arriba y revisó la hilera de frascos de su tocador. Rive Gauche. Todas

lo llevaban desde que había abierto una tienda de saldos en Evesham. ¿Champagne? Un poco frívolo. Chanel n.º 5. Sí, éste serviría. Era una apuesta segura.

Volvió a la planta baja y echó un vistazo al salón. Fuego crepitando con fuerza en la chimenea, revistas desplegadas sobre la mesita, bebidas en el carrito junto a la pared. ¿Hielo? Vaya, se había olvidado del hielo. Él no tendría tiempo de tomar una copa antes de salir, pero, tal vez, sólo tal vez, podrían hacerlo juntos a la vuelta. Fue a la cocina, llenó las cubiteras y las metió en el congelador.

Entonces se notó un grano a punto de salir en la frente. Convencida de que no eran más que imaginaciones, subió las escaleras corriendo. Tenía la frente inmaculada, pero se puso un poco de crema de nogal, sólo por si acaso. La crema le dejó una marca blanca sobre el maquillaje. Maldiciendo, reparó el daño.

Cuando oyó el timbre se sentía acalorada y exhausta. Ahí estaba Guy Freemont, ante su puerta: el cabello negro le brillaba, iba impecablemente vestido y lucía una sonrisa deslumbrante. Agatha se sintió una infeliz, como una adolescente en su primera cita.

El salón de actos del ayuntamiento estaba atestado. Había mucha prensa y no sólo local, también la Midlands TV y algunos medios nacionales. El asesinato había situado Ancombe en el mapa.

La señorita Mary Owen se puso en pie para dirigirse a los presentes. Tenía una voz aguda, autoritaria, y modales imperiosos. Llevaba un vestido estampado con el dobladillo caído, pero lucía un delicado collar de perlas. Empezó:

— He estado contra la venta de agua desde el principio. Es un desastre. Es la profanación de una de las maravillas más famosas de los Cotswolds, algo que por derecho pertenece a los vecinos de Ancombe. Ya habrán escuchado las quejas sobre cómo los forasteros están acabando con la vida de nuestros pueblos. — Agatha se movió incómoda —. No creo que el agua deba venderse sin el permiso de los vecinos. Propongo que lo sometamos a votación aquí y ahora.

«Ah, no, no antes de que me hayan escuchado», pensó Agatha. Estaba a punto de ponerse en pie cuando una mujer del público se levantó.

— Es mi agua — dijo.

— Venga aquí y escuchemos lo que tenga que decir — gritó Agatha, aliviada por la distracción.

Ayudaron a la mujer a subir al estrado. La señorita Owen la miró con repugnancia, pero le cedió el micrófono.

—¿Quién es usted? — preguntó Agatha, que bajó el micrófono para ajustarlo a la altura de la recién llegada.

— Soy la señora Toynbee y el manantial está en mi jardín.

La señora Toynbee era una mujer pequeña, «blanda», casi como una nube de malvavisco, pero no estaba gorda. El pelo plateado le flotaba como una aureola alrededor de la cabeza. Un novelista romántico habría dicho que su cara tenía forma de corazón. Sus enormes ojos azul claro miraban vivaces ribeteados de pestañas rubias. Sobre su pecho foffo relucía un suéter de noche con apliques de lentejuelas plateadas que se extendía por encima de una falda larga con motivos florales. Agatha calculó que rondaría los cuarenta y tantos. Cuando empezó a hablar lo hizo con una voz clara y un ceceo casi infantil.

— Como todos ustedes saben, soy la señora Robina Toynbee y he pasado una mala época desde que mi Arthur falleció. — Hizo una pausa y se dio unos cuidadosos toquecitos en cada ojo con un pequeño pañuelo con los bordes de encaje. Agatha, que era una mujer que usaba exclusivamente pañuelos de papel de tamaño extragrande, se maravilló al descubrir que todavía existían los pañuelos de encaje —. Y también saben que soy yo quien posee los derechos del agua.

— ¡Pero la fuente real queda fuera de su jardín! — exclamó Mary Owen levantándose de un salto.

Robina Toynbee le lanzó una mirada dolida y negó suavemente con la cabeza.

— Si eso le molesta, tengo derecho a impedir el paso del manantial y a quedarme el agua para mi jardín.

— Demasiado complicado — le susurró Guy al oído a Agatha —. Necesitamos la calavera para las etiquetas.

Agatha se adelantó y apartó a Robina Toynbee del micrófono.

— Si me permite decir unas palabras, querida. A lo mejor puedo explicarlo todo. — Sus ojos se dirigieron hacia el fondo de la sala, donde estaba James con los brazos cruzados. Agatha negó levemente con la cabeza, como si quisiera quitárselo de ella. Ordenó mentalmente sus datos y cifras y procedió a bombardear al público —. La compañía pagará a la señora Toynbee por el agua, en efecto, pero también pagará una generosa suma anual al consejo parroquial, que, imagino, si se acepta, servirá para la construcción de un nuevo salón de actos. Sí, la publicidad atraerá turistas al pueblo, pero los turistas supondrán más negocio para las tiendas. A partir de las siete de la mañana, el manantial pertenecerá a los vecinos, como siempre.

Bill Wong se recostó en su silla y sonrió con admiración. Era agradable ver que Agatha Raisin había recuperado la forma. Había estado preocupado por ella desde su ruptura con James.

— Espere un momento — gritó Andy Stiggs —. Yo la conozco, señora Raisin. Usted es uno de esos forasteros, uno de esos que están arruinando el verdadero espíritu de nuestro pueblo.

— Si no fuera por los forasteros ustedes no tendrían ningún espíritu que valga — dijo Agatha —. Esos cottages que hay en la zona baja del pueblo, ¿qué me dice? Han estado descuidados y abandonados durante años hasta que un promotor tuvo la iniciativa de reformarlos

y restaurarlos con cuidado. ¿Y quiénes los compraron? Forasteros. ¿Quiénes hicieron que los jardines volvieran a lucir? Forasteros.

— Eso ha sucedido porque la gente de aquí no podía pagar esos precios — dijo Andy resollando.

—¿Se refiere a que todos estaban arruinados, como usted, la señorita Owen y el señor Bill Allen?

Agatha hizo un guiño al público y estalló una carcajada general.

— No puedo permitir y no permitiré que se digan cosas así — soltó Bill Allen, el dueño del vivero, que se levantó y se plantó ante el micrófono.

Llevaba chaqueta de montar, calzones cortos, calcetines gris verdoso y zapatos de cuero. «Un genuino farsante», pensó Agatha, mientras lo escuchaba estrangular afectadamente las vocales.

Bill Allen empezó a leer unos papeles. Los presentes no tardaron en darse cuenta de que se había preparado un discurso. Una nube de aburrimiento se abatió sobre el local. Agatha empezó a desesperarse. Quería que la reunión acabara en un punto alto, con emoción. Pero ¿cómo hacer callar a aquel hombre?

Garabateó algo en un trozo de papel y se lo pasó a Bill Allen. Él lo leyó, se puso rojo como un tomate y abandonó abruptamente el estrado.

Alegremente, Agatha ocupó su lugar:

— La otra cosa que quería contarles es que para el lanzamiento público de la nueva agua embotellada celebraremos una espléndida fiesta al aire libre aquí mismo, en Ancombe, una gran fiesta popular a la antigua. Vendrán estrellas de cine y gente famosa y quiero pedirles que monten sus puestos de venta de siempre, con su mermelada casera, sus pastas y todo lo demás. Ah, y habrá juegos para los niños. Esta fiesta hará sombra a todas las anteriores. También vendrá la televisión, por descontado. ¡Enseñaremos al mundo el verdadero Ancombe!

Sonrió a los asistentes y sus palabras fueron recibidas con aplausos.

Cuando se realizó la votación, los vecinos se mostraron abrumadoramente a favor de la comercialización del agua del manantial. Muchos pertenecían al grupo de forasteros que Andy Stiggs había despreciado.

Al finalizar el acto, Agatha se vio rodeada de los consejeros que habían votado sí a la compañía. Ninguno quería irse sin estrecharle cálidamente la mano: la señora Jane Cutler, el señor Fred Shaw y la señorita Angela Buckley. Esta última, una mujer corpulenta, le dio una palmada de felicitación tan contundente entre los omoplatos que casi la tiró del estrado.

— Misión cumplida. Salgamos de aquí — susurró Guy a Agatha.

Fuera del salón, la abrazó.

— Lo has hecho maravillosamente — dijo, y le dio un beso en la boca.

Agatha retrocedió y le miró fijamente. Era increíblemente atractivo y no podía negar que había

sentido un estremecimiento, pero dejó escapar un leve suspiro de tristeza. No le gustaba la idea de tener un amante jovencito. Prefería envejecer con elegancia.

—¿Qué has escrito en la nota que le has pasado a ese pesado insufrible para que se bajara así del estrado? — preguntó Guy.

— Le he dicho que tenía la bragueta bajada.

— Ésa es mi chica. Tomemos algo.

Agatha se sintió repentinamente reacia a invitarlo a casa.

— Vayamos a un local de mi barrio.

El Red Lion estaba atestado. Nada más entrar Agatha vio a James Lacey en la barra. Alto y delgado, pelo negro canoso, tan atractivo como siempre. A Agatha se le hizo un nudo en el estómago. Una pareja se marchaba de una mesa junto a la ventana, lejos de la barra.

— Sentémonos ahí — dijo Guy —. ¿Qué te apetece? Ya lo sé. Veamos si tienen champán.

Agatha estaba a punto de decir que ella prefería un gin-tonic, pero al ver que James la miraba sonrió a Guy y dijo:

—¡Qué buena idea!

Guy volvió a la mesa y segundos después apareció el dueño, John Fletcher, con una botella y una cubitera. El chasquido del corcho sonó festivo. Varios parroquianos se acercaron a felicitar a Agatha por su discurso en el ayuntamiento. James se quedó en compañía de la señora Darry.

«Es imposible que Agatha esté interesada en ese joven —pensó él con amargura—. Parece una boba, bebiendo champán y coqueteando con él. ¡Más le valdría juntarse con los de su edad!» En el fondo se moría de ganas de hablar con ella sobre el asesinato, pero no sabía cómo romper el hielo que él mismo había creado de forma deliberada.

Habló un rato tan educadamente como le fue posible con la señor Darry, hasta que, con gestos bruscos, se fue del pub.

Una hora más tarde oyó un coche que se detenía delante del cottage de Agatha. James fue corriendo a la pequeña ventana del rellano de la primera planta, que daba a la casa de Agatha. Ésta abrió la puerta del coche. Guy Freemont estaba al volante. Se veía con claridad gracias a la luz que se había encendido en el interior del vehículo al abrir la puerta. Guy le puso la mano en el brazo y le dijo algo. James vio que ella sonreía y respondía. Luego entró en su cottage y Guy se fue en su coche. Al menos no la había acompañado dentro.

James estuvo todo el día siguiente esperando a que Agatha lo llamara para proponerle investigar el asesinato juntos, pero no llamó nadie. Salió y fue a comprar los periódicos. Los locales le

habían dado mucho espacio a la reunión e incluso había una fotografía de Agatha en primera plana del *Cotswold Journal*, pero en la prensa nacional sólo aparecían breves notas.

James empezaba a estar inquieto y aburrido. Decidió que investigaría el asesinato por su cuenta.

Tras varios intentos, consiguió hablar con Bill Wong por teléfono, y al enterarse de que esa tarde libraba, le invitó a cenar. Bill aceptó: su amada Sharon le había dicho que tenía que lavarse el pelo.

James había elegido un restaurante chino que habían abierto hacía poco. Era un local tranquilo y la comida estaba muy buena.

— Este asesinato me fascina — dijo James —. ¿Alguna idea de quién lo hizo?

— Por el momento estamos husmeando en los antecedentes y comprobando las coartadas. Esperábamos que alguien hubiera visto cómo arrojaban el cadáver al manantial o bien hubiera oído un coche o algo así, pero hasta ahora nada de nada. Es curioso verte aquí sentado interesándote por un caso, como en los viejos tiempos, con la salvedad de que Agatha no está contigo.

— Supongo que está demasiado ocupada con su nuevo empleo — dijo James inexpresivamente.

— ¿Te lo ha dicho ella?

— No lo sé. No hemos hablado.

— ¿Por qué?

— Prefiero no tocar el tema de Agatha, la verdad. ¿Crees que lo hizo alguno de los miembros del consejo parroquial?

— Son gente demasiado respetable — se lamentó Bill —. Aun así, nunca se sabe. Es asombroso lo que se descubre sobre la gente en cuanto se empieza a hurgar en su pasado. No puedo contarte lo que hemos descubierto porque es confidencial. Si quieres enterarte de algo más, tendrás que fisgonear por tu cuenta, siempre que no interfieras en el trabajo de la policía.

— No me fío de la compañía de agua — dijo James —. No me cae bien ese tipo joven, Guy Freemont.

Los ojos de Bill se entornaron y sonrió.

— Ya, no, no te cae nada bien.

— No seas ridículo. No tengo celos.

— Si tú lo dices.

— ¿Quiénes son? ¿De dónde salen estos hermanos Freemont?

— Tenían una empresa de importación y exportación en Hong Kong.

— ¿Ah, sí? ¿Drogas?

— No, de ropa. De ropa barata que mandaban fuera y ropa cara que llevaban a la colonia, para

los ricos.

— Seguro que tenían fábricas donde explotaban la mano de obra.

—¿De verdad que no estás celoso? Hasta ahora no hemos encontrado nada que los incrimine. Ganaron su fortuna en Hong Kong, todo legal, y volvieron a Gran Bretaña hace poco, justo antes de que la colonia pasara a manos chinas. Pero, en todo caso, seguimos investigando.

—¿Por qué invierten en agua? ¿Y por qué en Ancombe?

— El señor Peter Freemont comentó que había descubierto el manantial durante un fin de semana en los Cotswolds y que ya entonces se le ocurrió comercializar el agua mineral.

—¿Y por eso se cargaron a alguien que podría haberse opuesto a sus planes?

— No puede decirse que sea buena publicidad.

— Ha hecho que el nombre de Agua de Ancombe salga en toda la prensa.

— Eso sí. Pero, como te decía, no es precisamente publicidad positiva. Cualquiera que compre una botella de esta agua se acordará del cadáver con la cabeza metida en el pilón y de la sangre arremolinándose a la luz de la luna, como se leía en las vívidas palabras de nuestra Agatha en la prensa. Creo que puedes olvidarte de ellos. ¿Por qué no le preguntas a Agatha? A estas alturas ya debe de conocerlos bastante bien.

— Ya te lo he dicho. Por primera vez en su vida, Agatha parece demasiado atareada como para ocuparse de un asesinato.

Mientras Bill y James cenaban, Agatha compartía otra agradable velada con Guy Freemont. Él la había animado a hablar de sí misma y había elogiado su capacidad para las relaciones públicas. Luego le preguntó qué hacía una «chica de ciudad» enterrada en los Cotswolds.

— A veces también yo me lo pregunto — dijo Agatha con tristeza —. Pero una se acostumbra a esta vida tranquila, sin obligaciones, y es un lugar muy hermoso, sobre todo en esta época del año. Hay belleza allá donde se mire. ¿Te has fijado en la glicinia malva de Broadway? Las flores son espléndidas. Es un milagro que no haya más accidentes con la cantidad de conductores que frenan para verlas.

—Pero ¿no echas de menos la vida emocionante de Londres?

— Londres ha cambiado muy deprisa. La última vez que estuve, comí en un restaurante de Goodge Street y luego di un paseo por Tottenham Court Road para coger el metro hacia la Central Line. Vi mendigos y drogadictos durante todo el camino y fardos informes de ropa amontonados en las puertas. Cuando transbordé en Notting Hill para coger la Circle Line en dirección a Paddington, un individuo, borracho como una cuba, intentó arrojar a las vías delante del tren. Un hombre corpulento lo agarró justo a tiempo y lo subió por las escaleras mecánicas hasta entregárselo al revisor. Al llegar arriba, el potencial suicida se zafó, saltó el

torno de entrada y se desvaneció en la noche. El que le había rescatado le dijo al revisor: «¡Ese hombre acaba de intentar tirarse a las vías delante de un tren!» El revisor se encogió de hombros con cara de aburrido. No hizo absolutamente nada. Me alegré de volver aquí. Ya no pertenezco a Londres. Puede ser un lugar muy solitario.

Él la cogió de la mano y se la apretó con calidez.

—¿Algún amorío en tu vida?

— Nada de lo que me apetezca hablar — dijo Agatha mientras él le acariciaba la palma de la mano con el pulgar.

Agatha no daba crédito. No puede ser que esté haciendo esto. Soy demasiado mayor. No tengo estrías, pero sí michelines, y mis pechos ya no están tan erguidos como antes, pensaba frenéticamente.

Cuando la llevó de vuelta a casa en coche, se detuvo delante del cottage y le dio un apasionado beso en la boca. Agatha lo miró entre aturdida y conmovida.

— Voy a estar en Londres unos días — dijo él en voz baja —. Te llamaré cuando vuelva. Has estado trabajando como una bestia. ¿Por qué no te tomas unos días libres y te relajas?

— Sí, lo haré — dijo Agatha con voz ronca.

Entró en casa y se quedó plantada en el recibidor. Le temblaban las rodillas. Eres patética, se dijo con rabia. Se miró en el espejo del recibidor las arrugas alrededor de la boca y en el cuello.

La sobresaltó el teléfono. Era Bill Wong.

—¿Habías salido? — le preguntó.

— Sí, Bill. He cenado con Guy Freemont. ¿Ya habéis pillado al asesino?

— Todavía no. Yo he cenado con James Lacey.

Agatha calló.

—¿Y?

— Y por lo visto tiene ganas de jugar a los sabuesos otra vez.

— No irá muy lejos sin mí.

— Él cree que estás demasiado ocupada para que te interese.

— Tiene toda la razón. Para que me interese el asesinato y para que me interese él.

— De todos modos, si te enteras de algún cotilleo mantenme informado, Agatha. Nosotros estamos en un callejón sin salida.

Luego Agatha le preguntó por su novia, sus padres y, minutos después, colgaron.

Tenía unos días libres. No soportaba la idea de que James averiguara algo por su cuenta y se llevara toda la gloria. No le haría ningún daño pasarse a ver a algunos de los consejeros de la parroquia por la mañana, sólo por comprobar si podía enterarse de algo de interés.

Agatha decidió empezar por una de las consejeras partidarias de comercializar el agua, convencida de que así le resultaría más fácil descubrir algo. Buscó a la señora Jane Cutler en la guía telefónica y anotó su dirección. Dudó si llamar primero, pero al final concluyó que sería mejor presentarse en su casa sin avisar.

La señora Cutler vivía en Wisteria Cottage, en Ancombe, cerca de la iglesia, aunque, en realidad, ni era un cottage ni tenía glicinias. Era más bien un moderno bungalow con cristales dobles y cortinas fruncidas. El césped era un cuadrado verde perfecto ribeteado de flores que parecían haber sido plantadas con una rigurosa separación de diez centímetros entre ellas, ni uno más ni uno menos.

Agatha sabía que la señora Cutler tenía sesenta y cinco años y no los aparentaba, pero igualmente le sorprendió el aspecto de la mujer que le abrió la puerta y que le confirmó que, en efecto, era la señora Cutler.

Jane Cutler lucía una maravillosa melena rubia — sin duda gracias a un tinte carísimo —, un cutis extraordinariamente liso y una figura espléndida. Sólo los ojos, envejecidos y vigilantes, y las muñecas y los tobillos, frágiles y quebradizos, delataban los estragos de la vejez. Ningún cirujano plástico había descubierto todavía un tratamiento para rejuvenecer los ojos. Ciertamente debía de ser una mujer muy rica, pensó Agatha, mientras la seguía hacia el interior de la vivienda. Tener ese aspecto costaba una fortuna.

Llevaba un vestido de punto de lana dorado oscuro y un colorido pañuelo Hermès anudado al cuello.

— Me alegro mucho de verla, señora Raisin — dijo —. ¡Menudo lío se ha montado por un poco de agua! Iré a por una taza de café. No tardo nada.

Agatha contempló el salón, amueblado con piezas rústicas estilo *country house* del siglo XVIII: cuadros con escenas de caza, sofás tapizados con tela *chintz* estampada, una carísima chimenea falsa con llamas de gas parpadeando entre trozos de leña también falsa, ejemplares de *Country Life* y *The Lady* sobre la mesa y alfombras orientales sobre la suave moqueta confeccionada a medida.

Al cabo de unos minutos, Jane Cutler reapareció con café y galletas en una bandeja. Agatha pensó maliciosamente que con el dineral que debía de haberse gastado en su aspecto, Jane Cutler podría haberse comprado una auténtica mansión señorial.

— No entiendo por qué algunos consejeros se oponen a que se comercialice el agua del manantial. Tanto alboroto por nada — dijo Agatha después de que le sirviera el café.

— Oh, ya sabe cómo puede ser la gente de pueblo — dijo la señor Cutler —. Estrecha de miras. Pero yo siempre he tenido una perspectiva más amplia. Y desde mi punto de vista este negocio es una buena idea. Entiendo por qué trabaja para ellos. Supongo que la gente como usted tiene que seguir ganando dinero, al margen de los años que tenga.

— Yo... — empezó a decir Agatha con rabia.

— Coja una galleta. Obviamente es una mujer sensata y no deben preocuparle todas esas tonterías de la dieta.

«Ahora ya sé por qué nadie la soporta», pensó Agatha, sintiendo que le apretaba el cinturón y preguntándose una vez más si uno podía engordar de forma psicósomática.

— No dejo de pensar que ese espantoso asesinato pudo estar relacionado de algún modo con las disputas sobre el agua — se lanzó, obviando los insultos —. Quiero decir, ¿por qué iba a querer nadie acabar con un hombre tan agradable como el señor Struthers?

La señora Cutler rió con ganas.

— Querida señora Raisin, ¿quién le ha inculcado la disparatada idea de que el señor Struthers era un hombre agradable?

— Me refiero — acertó a decir Agatha, que casi se había quedado sin palabras — a que él no debía de haber hecho nada tan terrible como para que alguien quisiera asesinarlo.

— Esto... Tal vez no debería decirlo pero...

Agatha aguardó con paciencia, convencida de que nada en este mundo impediría que la señora Cutler dijera una maldad sobre otra persona.

— Mire, el señor Struthers era el dueño del prado para caballos que limita con las tierras del padre de Angela Buckley. ¿Conoce a nuestra Angela? Un gran monstruo robusto. Con grandes y fuertes manos. Bien, los Buckley querían comprar el prado. Créame, querida, la codicia de tierras es una adicción peor que la bebida o las drogas o... — Su mirada recorrió de arriba abajo la figura de Agatha —. El chocolate. Hubo una escena bastante violenta en la última reunión del consejo y no fue por el agua. Angela dijo que el señor Struthers nunca había utilizado ese prado, que era una tierra desperdiciada y que la única razón por la que no vendía era por despecho. El señor Struthers replicó que no le sorprendía que no se hubiera casado porque era una bruja, y que tampoco le sorprendía que Percy Cutler la hubiera plantado casi delante del altar, ¡y entonces Angela lo abofeteó! Querida, ¡tuvimos que apartarla y quitársela de encima!

— Cutler — dijo Angela despacio —, ¿Percy Cutler? ¿Su hijo?

— No, mi difunto esposo.

— Pero...

— Oh, había una diferencia de edad importante, lo reconozco, pero ¿qué importa eso cuando

el amor es verdadero? Cuando el pobre Percy murió de cáncer, esa zorra de Angela dijo que yo ya sabía que él tenía cáncer y sólo me había casado con él para quedarme con su dinero.

— Qué espanto — dijo Agatha en voz baja.

— Le hice ver que el hombre con el que estuve casada antes de Percy, mi Charles, era muy rico y que yo no tenía ninguna necesidad de volverme a casar por dinero.

—¿Cuántas veces se ha casado? — le espetó Agatha.

— Sólo tres.

—¿Y de qué murieron sus dos primeros maridos?

— De cáncer. Es muy triste. Los cuidé a los tres con devoción.

«Podría considerarse un nuevo método de cazar fortunas», pensó Agatha: casarse con un hombre que tiene cáncer y que no vivirá mucho.

— Así que usted cree — dijo en voz alta — que tal vez Angela o su padre pudieron haber asesinado al señor Struthers. Pero ¿por qué? ¿Cómo iban a conseguir las tierras si lo mataban?

— Porque el hijo nunca se llevó bien con el padre. El hijo, Jeffrey, siempre estaba incordiando a su padre para que les vendiera la tierra. Así la conseguirán ahora.

Se hizo un silencio mientras Agatha digería esa información.

—¿Y alguien más se la tenía jurada al viejo Struthers?

— Bueno, todo el mundo sabe lo de Andy Stiggs.

— Yo no — dijo Agatha con vehemencia.

— Claro, usted es uno de esos forasteros, de... ¿de dónde? ¿De Birmingham tal vez?

Agatha se ruborizó de rabia. Se había criado en un barrio pobre de Birmingham y había hecho cuanto podía con su acento y su ropa para enterrar para siempre ese pasado.

— De Londres — le espetó.

—¿De verdad? Habría jurado reconocer un rastro de acento del norte. En cualquier caso, la difunta señora Struthers, en una época tan remota que ni Dios había nacido, era la belleza de Ancombe. Yo no llegué a conocerla. Una de esas criaturas desaliñadas, con una risa escandalosa, ya sabe, del tipo que una se encuentra sentada en un taburete de un bar de carretera, con la falda remangada, riéndose como una loca mientras da sorbos a una de esas bebidas con un parasol que sale de la copa. Andy Stiggs estaba locamente enamorado de ella y juró que Robert Struthers la había seducido.

— Así que ¿todos sabían cuál sería el sentido del voto del señor Struthers?

— Oh, ¿y a quién le importa? Todos nos hartamos de él porque no paraba de asentir con su estúpida cabeza y repetir: «Tomaré una decisión cuando llegue el momento.» Y ahora, si me disculpa, tengo que cambiarme. Estoy esperando la visita de un caballero.

Abrumada por todos esos cotilleos, Agatha salió de la casa. Se subió al coche y estaba a punto de marcharse cuando le asaltó la curiosidad de ver quién sería el caballero que acudía a visitarla.

Condujo hasta el extremo de la calle y aparcó bajo una lila desde donde todavía tenía una buena vista de la puerta delantera de Jane Cutler.

Esperó y esperó, y al cabo de tres cuartos de hora empezaba a pensar que Jane se había inventado un visitante de ficción para librarse de ella cuando vio un coche que le resultó familiar deteniéndose delante de la casa. Del vehículo se apeó una figura no menos familiar: ¡James Lacey!

La mano de Agatha se crispó enfurecida alrededor del volante. ¡Así que él también había empezado a investigar!

Recorrió en el coche la calle del pueblo, se detuvo en la papelería, preguntó la dirección de la granja de los Buckley y se encaminó hacia allí.

Agatha recelaba de las granjas, pensando que estaban llenas de animales totalmente desconocidos para ella y de perros que mordían. Pero ésta parecía más bien una mansión rural, pues era un edificio de estilo georgiano de cuatro plantas muy bien conservado.

La puerta estaba abierta. Le llegó el sonido de voces desde el interior.

—¡Hola! — gritó.

Las voces callaron, luego oyó el sonido de una silla que se arrastra hacia atrás, seguido por unas pisadas de botas.

Apareció Angela Buckley.

— Es nuestra heroína — exclamó —. Pase.

Agatha la siguió a una cocina con el suelo enlosado. Había tres hombres sentados a la mesa con tazas de té.

— Le presento a mi padre — dijo Angela ladeando la cabeza hacia un hombre de pelo cano —, y éstos son Joe y Ben, trabajan para nosotros. Siéntese y tome un café. Estos tres iban a trabajar.

El granjero recogió una gorra del respaldo de la silla y se la ajustó a la cabeza.

— La vi anoche, señora Raisin — dijo —. Los puso en su sitio.

Salió, seguido por los otros dos hombres. Angela y Agatha se sentaron a la mesa.

— Acabo de ver a Jane Cutler — dijo Agatha.

— Oh, ese pedazo de estiércol con flequillo. ¿Y por qué fue a verla?

Agatha optó por ir al grano.

— Quería ver si podía averiguar algo sobre el asesinato.

—¿Y qué tiene usted que ver? Eso es un asunto de la policía.

— Pero trabajo para la compañía de agua mineral y a ésta le interesa que el asesinato se aclare lo antes posible.

—¿Y qué le ha contado esa zorra decrepita?

— Vino a decir, más o menos, que fue usted quien lo hizo.

— A esa mujer no se le acabará nunca el veneno. Se ha estirado tanto la piel que cada vez que abre la boca se le abre el agujero del culo. ¿Qué motivo tendría yo para asesinar al viejo Struthers?

— El prado para caballos.

— Ah, eso. Ha acabado convirtiéndose en una especie de chiste privado. Él solía decir: «Tendrás que esperar hasta que muera.» Ay, Dios, ¿no le parece espantoso?

— Pero ¿no lo decía en serio?

— Iba por épocas. Él no necesitaba ese prado, y era testarudo como una mula. Pero la verdad es que se pasaba a menudo por aquí. Éramos amigos.

— Entonces ¿quién pudo hacerlo? ¿No sería para impedir que votara a favor o en contra? ¿Alguno de ustedes sabía qué pretendía votar?

— No, le divertía tomarnos el pelo.

— ¿Y qué me dice de Mary Owen? Hábleme de ella.

— Siempre ha querido presidir el consejo parroquial pero no la dejamos. Es una mandona. Creo que, a su modo, es ella la que nos mantiene unidos pese a nuestras diferencias. Todos la detestamos.

Agatha se planteó sacar a colación el tema del difunto Percy Cutler, pero optó por no hacerlo. Desde que James le había roto el corazón se había vuelto especialmente sensible con los sentimientos de otras mujeres.

— Siempre discutíamos sobre esto o aquello — estaba diciendo Angela —, pero todo acababa olvidándose al cabo de un tiempo. — Miró a Agatha y su cara redonda y curtida por el clima se endureció de repente —. Olvídense de esta investigación de asesinato; no es un caso para aficionados. Lo único que conseguirá será remover un montón de porquería... y podría salir mal parada.

— ¿Es eso una advertencia? — preguntó Agatha recogiendo su bolso.

— Sí, lo es. Una advertencia amistosa.

Agatha se despidió y fue hasta donde había dejado aparcado el coche dentro de la granja. Cuando salía conduciendo, miró por el retrovisor. Angela la observaba alejarse con los brazos en jarras. Su expresión era torva.

Agatha fue a casa, llamó a Bill Wong y le contó ambas conversaciones, la de Jane Cutler y la de Angela.

— Esto abre un nuevo campo de investigación muy caótico. Mantenme al tanto de tus descubrimientos — dijo Bill con un gruñido.

— ¿Cómo? ¿No me pides que no interfiera?

— En este caso, voy a necesitar toda la ayuda.

James Lacey llamó a Bill Wong más tarde.

— Para empezar, he ido a ver a la señora Cutler — dijo —. Me temo que ahí no tenemos nada. Según ella, los miembros del consejo parroquial se tienen en gran estima unos a otros. Me pareció una mujer encantadora.

— No es eso lo que ha averiguado nuestra Agatha — dijo Bill alegremente.

Siguió un breve silencio.

—¿A qué te refieres? — dijo James.

Bill repitió lo que le había contado Agatha.

— La señora Cutler no me ha dicho nada de eso — se quejó James.

— Seguramente se reserva los buenos modales para nosotros, los caballeros. A mí también me pareció encantadora. Tendrías que unirte a Agatha.

— Me lo pensaré — respondió James con brusquedad.

Pero James tardó demasiados días en pensárselo. Para entonces, Guy Freemont había vuelto a llamar a Agatha y la había invitado a cenar.

— Me temo que esta noche estoy ocupada, James — dijo ella, que se percató, irritada, de que le temblaba la mano con la que sostenía el teléfono —. He quedado para cenar.

— Oh, bueno, ¿y si me paso a verte un momento esta tarde?

— Esta tarde tengo un compromiso — dijo Agatha —. Mira, ya te llamaré. Adiós.

Agatha se sentó en las escaleras. ¿Por qué James había decidido ponerse en contacto con ella justamente cuando había quedado para cenar con Guy y tenía hora con la esteticista en Evesham por la tarde?

James y ella tenían la misma edad. Si hubiera quedado con él, no estaría yendo a que la esteticista le llenara la cara y el cuello de electrodos para intentar reducir las arrugas.

Esto era lo que pasaba por salir con un hombre guapo y mucho más joven. Con su nuevo trabajo y ante la perspectiva de salir con Guy, Agatha no había pensado demasiado en el asesinato y tampoco había hecho más averiguaciones.

Pero la ilusión por la cita con Guy se había empañado, y la Agatha que condujo hasta Evesham era una mujer taciturna. Había buscado un centro de estética en las Páginas Amarillas.

Evesham era un pueblo extraño, pensó Agatha subiendo una escalera estrecha de camino al centro. Había tiendas cerradas por todas partes. Un artista de la zona pintaba reproducciones de los antiguos comercios ya desaparecidos en los tablones que tapiaban las fachadas de los locales

vacíos. Si esto seguía así, Evesham no tardaría en convertirse en un pueblo pintado. Sin tiendas. Pese a todo, ahí estaba ese establecimiento con los últimos tratamientos de estética del mercado y, en la misma calle, esa tienda donde vendían perfume francés rebajado. Debería ser un pueblo próspero y lleno de vida. Con mucho tráfico, casas de nueva construcción. Pero había mucha gente en el paro, y no parecía interesada en dejar de cobrarlo. Una empresa local de empaquetado de fruta estaba contratando trabajadores de Gales porque los locales no querían esos empleos.

Agatha abrió la puerta del centro de belleza.

La esteticista, llamada Rosemary, resultó acogedoramente maternal y nada amenazante. Agatha, que había esperado toparse con una criatura anoréxica que la haría sentirse fea y avejentada, se relajó.

Y así estuvo un buen rato, hasta que Rosemary le enganchó los electrodos en la cara y el cuello y le dio al interruptor.

— Te aseguro que esto pasaría como método de tortura en la comisaría de un Estado totalitario — murmuró Agatha, que a pesar de todo pidió hora para nueve sesiones más.

Luego le repasaron las cejas y le tiñeron las pestañas.

Al salir, bajó las escaleras y recorrió la calle principal mirando de reojo su reflejo en los escaparates de las tiendas. Tenía que comprobar si parecía más joven.

La vuelta a casa se le hizo eterna: había olvidado las obras de la circunvalación de Broadway y los semáforos de Fish Hill. Esta nueva infraestructura iba a evitar que entraran los inmensos y traqueteantes camiones que estremecían a diario los edificios antiguos del centro. Sin duda sería muy beneficiosa para el pueblo, pero era triste ver que habían talado los árboles de Fish Hill para abrir paso a la nueva carretera y que la tierra de ambos lados, donde hasta hacía muy poco pastaban tranquilamente las ovejas, se había convertido en un páramo.

Al llegar a casa empezó con los largos preparativos que necesita cualquier mujer de mediana edad antes de salir con un hombre más joven, aunque se repetía una y otra vez que sólo se trataba de una relación profesional.

Tras extender la última capa de maquillaje, se plantó delante del espejo para valorar si el vestido rojo, de lana y escotado, resultaba demasiado chillón. De pronto sintió una hiriente punzada de dolor. En lugar de estar pasando por todo eso, podría estar charlando tranquilamente con James sobre el caso, tendiendo puentes, recuperando la antigua calidez y cercanía.

Cuando el joven empresario se presentó a recogerla, Agatha había perdido todo el interés en él.

Guy condujo hasta Oxford, estacionó el coche en el aparcamiento subterráneo en Gloucester Green y la llevó a un restaurante francés. Resultó ser uno de esos locales con una carta deliciosa y la comida abominable. «Quizá se ha inventado un nuevo régimen: disfrutar de la prosa de la carta y luego no pedir nada de comer», pensó Agatha.

Pidió la pechuga de pato rellena de espinacas sobre un lecho de rúcula tibia, lo que se tradujo en un pedazo de carne gomosa rellena de materia vegetal en descomposición. Además, a Agatha la rúcula — el vegetal más sobrevalorado del mundo — siempre le había parecido una mala hierba.

Hablaron sobre qué periodistas estarían más predispuestos a dar una buena imagen de la empresa. Agatha ya había concertado varias comidas en Londres con algunos de ellos. Guy dijo que los folletos de publicidad estarían listos en un par de días y que cuando llegasen él mismo se los llevaría a casa.

Bebieron una botella de vino mediocre y muy caro, pero con el suficiente alcohol para ablandar a Agatha. Después de un café y dos brandis, se sentía dichosa por estar en compañía de este hombre apuesto y elegante.

Cuando les llevaron la cuenta, Guy empezó a palparse los bolsillos. Entonces le sonrió como un niño avergonzado.

— Vaya, me he dejado la cartera en casa.

— No pasa nada, pagaré yo — dijo Agatha, pensando, y no era la primera vez, que la mayoría de los ingleses eran unos roñosos.

Guy la llevó de vuelta a casa. James oyó llegar el coche y se abalanzó hacia la ventana. Guy, con el cabello negro reluciendo bajo la luz de la puerta del cottage de Agatha, le cogió las llaves y le abrió la puerta. James contuvo el aliento. Entonces Guy la siguió al interior. James esperó y esperó. Acercó una silla a la ventana y siguió esperando. Las luces de la ventana de la planta baja iluminaban el pequeño cuadrado del jardín delantero de Agatha. Finalmente se apagaron y se encendió la luz del recibidor. Luego ésta se apagó y se encendió la luz de las escaleras. Y entonces la luz procedente de detrás de las cortinas corridas de la ventana del dormitorio de Agatha iluminó el jardín.

— Tonta — murmuró James, pero siguió esperando.

Cuando se apagó la luz en el dormitorio de Agatha y no vio a Guy saliendo de la casa, James se acostó por fin.

Agatha se despertó de golpe a la mañana siguiente. No podía creerse que se hubiera acostado con Guy. Pero ¿qué le estaba pasando? ¿Quería demostrarse a sí misma que todavía sabía hacerlo sin una hoja de instrucciones?

Se quedó acostada escuchando el silencio. Por favor, ¡ojalá se hubiera marchado! He aquí el infierno de una mujer de mediana edad: el temor de que él se despierte antes de que ella pueda ir al lavabo a echarse un buen montón de maquillaje en la cara. Pero Agatha sólo oía el viento soplando entre las flores púrpuras de la lila al otro lado de la ventana.

Se levantó de la cama sintiéndose envarada y dolorida. Tras un buen baño se recuperó un poco. Se maquilló con esmero, se vistió y luego arrancó las sábanas de la cama y las bajó a la lavadora de la cocina. Dio de comer a sus gatos y los dejó salir al sol del jardín.

Llamaron a la puerta. ¡James! Pero se encontró con la señora Bloxby, la mujer del vicario.

— Le he traído un poco de mermelada casera. Tiene un aspecto estupendo esta mañana.

— Gracias — dijo Agatha conduciéndola a la cocina, donde echó un vistazo nervioso a la cesta de la colada con las sábanas que había dejado en el suelo —. Déjeme que meta esto en la lavadora y luego tomamos un café.

—¿Así que ha salido con ese joven de la compañía de agua mineral, eh? — dijo la señora Bloxby.

Una nunca es lo bastante mayor para no ruborizarse. Agatha se inclinó ante la lavadora y la llenó.

—¿Cómo se ha enterado? — preguntó por encima del hombro.

— La señora Darry se ha pasado por la vicaría a primera hora de la mañana para contarme que el joven la trajo en coche a casa, entró y todavía no había salido. Ya sabe cómo son los pueblos.

—¡Pero si esa foca vive en la otra punta de Carsely!

— Pero tiene un repelente perrito ladrador y los perros resultan muy útiles para pasear de noche por las calles y entretener a alguien que está más interesado en las vidas ajenas que en la suya propia.

Agatha enchufó la cafetera.

— Pues sí, me acosté con él. ¿Le sorprende?

— No, querida, seguramente le sorprende más a usted. Las mujeres de nuestra generación no nos hemos acostumbrado al sexo fortuito. La gente joven de hoy en día lo hace sin sentir que pierde la dignidad. Aunque no deja de ser un acto muy indigno; a no ser que uno esté enamorado, claro.

— Supongo que esa Darry lo propagará por todo el pueblo y James acabará enterándose.

—¿Y qué tiene eso de malo? Él la rechazó. No puede esperar que usted le esté esperando eternamente.

Agatha sirvió dos tazas de café y se sentó con gesto cansino a la mesa de la cocina.

— Me siento una tonta. Creo que Guy Freemont es un aprovechado. Me llevó a un restaurante francés espantoso de Oxford, un local muy caro, y luego dijo que se había olvidado la cartera.

— A lo mejor se la olvidó.

— Lo dudo. Ya llevo unas cuantas comidas y cenas con hombres que se olvidan la cartera o se van al lavabo en cuanto aparece la cuenta.

— En ese caso, le sugiero que se olvide de sus tarjetas y su dinero la próxima vez que salga. Es posible que así su acompañante acabe descubriendo que lleva la cartera encima.

Agatha sonrió.

— Lo probaré. ¿Ha pasado algo más con el agua?

— A decir verdad, sí.

— ¿De qué se trata?

— ¿Ha oído hablar de Greenpeace y de Amigos de la Tierra?

— Sí.

— Pues hay un nuevo grupo del que nadie había oído hablar hasta este año: Salvemos los Zorros.

— ¡Pero ellos se dedican a sabotear la caza!

— Sí, pero están organizando una marcha al manantial para el sábado que viene.

— ¿Y qué tiene que ver con ellos?

— Dicen que es un ejemplo de cómo el capitalismo arruina la vida rural.

— Memeces.

— Pues sí. Y no serán muy bien recibidos porque la compañía de agua ha empezado a contratar personal y los jóvenes de Ancombe son los primeros de su lista.

— Espero que no nos dé mala publicidad.

— Me temo que provocará algunos actos vandálicos y sólo rezo para que la policía pueda controlarlos. Mire, la mayoría de esos manifestantes son gente de ciudad y no saben nada de la vida en el campo. Estoy hablando de los activistas, por lo general gente seria y pacífica. Pero, por desgracia, las manifestaciones a menudo acaban dominadas por matones que sólo buscan pelea.

— Más valdrá que asista — dijo Agatha.

— Tenga cuidado.

— Lo tendré.

Cuando se marchó la mujer del vicario, Agatha se sentó para ponerse al día con los gastos que debía pasar a la compañía de agua. Sabía por experiencia que es mejor no dejar esta farragosa tarea para última hora. Abrió el bolso y sacó la cuenta del restaurante francés. Anotó sin vacilar en su ordenador: «Por hacer compañía al señor Guy Freemont, 92 libras, más 10 de propina», y sonrió mientras lo imprimía.

Dos días más tarde, Guy Freemont y su hermano estaban sentados hablando de negocios cuando entró su contable, James Briggs.

— Bueno, Briggs, ¿qué pasa?

— Hay un punto de la cuenta de gastos de la señora Raisin que he pensado que querrían revisar.

—¿Qué le pasa a esa vieja bruja? — preguntó Peter —. ¿Nos quiere cobrar la ropa o el maquillaje?, ¿o qué?

— Es esto. — James Briggs colocó una lista de cifras delante de los hermanos —. Todo está en orden, salvo que me parece raro que haya incluido una factura de un restaurante caro donde ha cenado con el señor Guy Freemont.

Peter le dio unos golpecitos al papel.

—¿Qué es esto, Guy?

— La invité a cenar, pero me olvidé la cartera.

—¿Otra vez? Pásalo, Briggs.

— Es una buena relaciones públicas. No te la tires hasta que hayamos lanzado el agua como es debido — comentó Peter con furia cuando salió el contable.

— Se me olvidó la cartera. Eso es todo — dijo Guy.

Agatha se había enterado de que el acto de protesta estaba convocado para el sábado a las once en punto de la mañana. Llegó con mucha antelación.

Ya había alguna gente congregada. Mary Owen la abordó nada más verla.

— No va a salirse con la suya — le espetó.

— Oh, piérdase — dijo Agatha —. ¿Este acto ha sido idea suya?

— No, pero demuestra que la gente de Gran Bretaña no va a quedarse con los brazos cruzados viendo cómo se arruina la vida del campo.

Agatha se encogió de hombros y se apartó, pero se topó con Bill Allen.

— Más vale que se ande con cuidado — dijo con su extraña voz sofocada —. Ha herido sentimientos muy profundos.

—¿Me está amenazando?

— Sólo es una advertencia, señora Raisin.

Se hizo el silencio entre los congregados cuando dieron las once. Agatha vio la figura alta de James sobresaliendo entre la multitud. Quería acercarse pero temía verse desairada. Aunque, bien pensado, él la había telefoneado. Ya estaba abriéndose paso en su dirección cuando alguien exclamó:

—¡Ahí vienen!

Una pequeña procesión se encaminaba hacia el manantial. En la primera fila se veía gente de mediana edad con semblante tranquilo, pero detrás de ellos avanzaban varios jóvenes fornidos,

con tatuajes, chaquetas de camuflaje y pendientes, que olían a problemas de pies a cabeza. Había cinco policías delante del manantial.

Los espectadores se apartaron. Una mujer con cara de oveja compungida se volvió hacia los congregados y sacó un montón de papeles.

— Estamos aquí para protestar contra la mercantilización de este manantial. Nuestra vida rural debe ser protegida — dijo con una voz vacilante.

— ¿Dónde vive usted? — gritó Agatha.

La mujer parpadeó, bloqueó, luego aferró las notas con más fuerza y prosiguió:

— Como decía, debemos proteger...

— ¿Dónde vive? — volvió a preguntar Agatha.

— ¡Cierra la boca! — gritó uno de los jóvenes tatuados.

— No, no me callaré — chilló Agatha —. ¿Qué sabe esta mujer de la vida de pueblo? ¿Y vosotros? ¿O es que venís de Birmingham o Londres para armar jaleo?

El hombre tatuado se encaminó hacia Agatha. Tenía labios gruesos y cejas espesas. A Agatha se le pasó por la cabeza salir corriendo. Pero estaba la policía. Y estaba James..., James, que había aparecido milagrosamente a su lado.

— Creo que ella tendría que responder a la pregunta — se oyó la voz de Jane Cutler —. Estos manifestantes tienen pinta de haber salido de los barrios de chabolas de Birmingham. Nunca han pisado el campo y se diría que tampoco un cuarto de baño.

— Vamos a tener lío — murmuró James.

El joven agresivo había llegado hasta Agatha.

— Cierra la bocaza o te la cerraré de golpe.

— No vas a conseguir nada con amenazas — dijo James colocándose delante de Agatha.

James saltó a un lado cuando el chico se abalanzó sobre él para darle un cabezazo. Varias mujeres chillaron. La policía se adelantó.

Una mujer flaca con un chaleco antibalas agarró a Jane Cutler y le tiró del pelo. Jane chilló como una loca. La policía tumbó a la mujer. A lo lejos sonaron las sirenas de los refuerzos policiales.

El potencial agresor de Agatha intentaba darle un puñetazo a James. Éste se limitaba a esquivarlo, consciente de que, hoy en día, si lo pegaba quizá acababa él ante los tribunales.

La portavoz de los manifestantes gritaba ahora con impotencia. Agatha vio que la señora Bloxby se acercaba a ella, le decía unas palabras y luego la alejaba de allí.

La policía irrumpió entre la multitud. Se llevaron al chico que había intentado golpear a James.

— ¡Cerdos! — gritaba mientras lo arrastraban hacia atrás y clavaba sus ojos encendidos en Agatha —: ¡Ya te pillaré!

— Ven. Necesitamos una copa — dijo James cogiendo a Agatha del brazo.

—¿Dónde?, ¿aquí, en el pueblo?

— No, volvamos a Carsely.

El Red Lion estaba tranquilo. Encontraron una mesa en un rincón junto a la chimenea de leña, que estaba encendida porque era un día frío.

— Bill Wong me dijo que tuviste más suerte con Jane Cutler que yo.

—¿Así que te lo contó?

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Espero que no trabajemos el uno contra el otro.

— Me parece que estos días no podré dedicarle tiempo a esto en absoluto — dijo Agatha —. Tengo que ir a Londres la semana que viene para ver a un montón de periodistas.

— Vaya, ¿así que estaré solo?

— Por el momento, al menos eso parece.

Agatha se preguntó por qué demonios había hecho ese comentario. Si se hubiera estado calladita habrían podido seguir hablando del caso.

— Veré qué puedo hacer — dijo James, y la miró pensativo —. Voy a darte un pequeño consejo, y espero que no me malinterpretes.

Agatha, como todo el mundo, sabía perfectamente que cuando alguien te dice «No me malinterpretes», lo mejor que puedes hacer es no darle la oportunidad de hablar, pero por lo visto ella había pulsado el botón de «destrucción» esa mañana.

— Te escucho — dijo.

— Creo que estás haciendo el ridículo saliendo con ese chico de la compañía de agua. Resulta un poco deprimente tu afición por los jovencitos. Primero Charles, en Chipre, y ahora éste. No importa que sean ricos; siempre les colgarán la etiqueta de «amantes» si se relacionan con una mujer de tu edad.

Agatha estaba roja de rabia. Se sentía profundamente dolida.

Se levantó de golpe y tumbó la silla hacia atrás.

— Maldito seas — dijo con un hilillo de voz.

James también se puso de pie.

— Escucha, Agatha, yo sólo...

—¡Cállate! Sólo eso, ¡cállate!

Antes de llegar a la puerta vio a la señora Darry en la barra con una ansiosa expresión de curiosidad.

James se acabó la copa despacio, consciente en todo momento de las miradas de curiosidad de los parroquianos y de que la señora Darry se dedicaba a coger por banda a cada recién llegado para susurrarle con énfasis al oído.

Salió del pub y caminó despacio hasta su casa. No quería admitir que se había equivocado ni que sus comentarios estaban motivados por los celos. Más bien le abrumaba un ardiente deseo de descubrir algo sobre el asesinato. En ese caso, tal vez, sólo tal vez, le contaría a Agatha lo que había averiguado. La escenita que ella le había montado en el pub había sido imperdonable.

El lunes siguiente Agatha hizo su maleta y salió rumbo a Londres. Tenía por delante una dura semana de trabajo con los periodistas, pero las palabras de James todavía le escocían y dolían.

El Charles al que se había referido era sir Charles Fraith, un baronet de cuarenta y pocos con el que había tenido una aventura en Chipre. Aunque sólo se había acostado con él por despecho, tras la infidelidad del propio James, sabía que éste no la había perdonado por esa breve aventura ni por haber estado a punto de contraer matrimonio con él cuando todavía estaba casada.

Charles la había telefoneado varias veces desde que había vuelto del viaje, pero ella siempre le había dicho que estaba muy ocupada y él había dejado de llamarla.

Se alegraba de irse. Ya había todo un departamento de policía investigando el asesinato. Se concentraría en su trabajo y se olvidaría de James, del asesinato y de Carsely por un tiempo.

En Londres estuvo muy atareada toda la semana, tratando de persuadir a periodistas para que asistieran a la fiesta. En lugar de llevarle los folletos a Carsely, como le había prometido, Guy se los mandó a su hotel de Londres.

Al terminar esa intensa semana de trabajo, Agatha finalmente aceptó que Roy Silver la invitara a comer.

La llevó a un antiguo restaurante de la City, donde la empresa de relaciones públicas para la que ambos trabajaban tenía una cuenta abierta. Era tranquilo y majestuoso, todo caoba y metales cobrizos, y servía una contundente comida tradicional. No era el tipo de local de Roy. Él habría preferido una vinatería de moda rebotante de moderneces, pero no tenía la menor intención de pagar la comida si podía cargársela a la empresa.

Llevaba un traje de Armani que parecía una talla más grande y no le quedaba bien a su figura delgada. Su corbata centelleaba con resplandor psicodélico, sobre todo en la penumbra de un restaurante tan conservador.

Los dos pidieron rosbif. Agatha disfrutó con el suyo, mientras que Roy apenas tocó el plato y sólo pinchaba algún trozo de vez en cuando.

Hablaron de varios aspectos de la fiesta, a la que él finalmente asistiría, a pesar de que había tenido sus dudas. Luego Roy se recostó en la silla y se pasó los dedos por el pelo. Tenía la cara enjuta, el cuerpo larguirucho y los ojos astutos y penetrantes. Después de trabajar para Agatha y desde que ocupaba su empleo actual, su estilo se había vuelto más sobrio — obviando la corbata,

claro — y el único rastro de su imagen anterior era el diminuto agujero en la oreja izquierda, donde antes llevaba un pendiente.

— No has mencionado a James Lacey ni el asesinato en toda la semana, Aggie — dijo.

— He estado muy ocupada. No sé si pedir el pudin.

— Tu cintura es tuya, querida.

Agatha le hizo un gesto al camarero.

— Tomaré el pudin con frutos secos y pasas.

Roy se rió entre dientes.

— Menuda combinación, como si nos echaran en cara lo que seremos en el futuro: frutos secos y pasados. Bueno, lo que te decía, ¿cómo va lo del asesinato?

— Ya te lo he dicho, he estado muy ocupada.

— No es propio de ti. ¿Qué ha sido de tu famosa curiosidad?

— He decidido concentrarme en mi trabajo y dejar que la policía haga el suyo.

— ¿Y qué os pasó a Charles y a ti en Chipre?

— Se fue con una furcia. Dice que formaba parte de su investigación sobre las drogas.

— Y tú no te lo crees. Vamos, Aggie, nuestro James no se iría con furcias ni por la investigación. Es demasiado puritano.

— Bueno, yo tuve una pequeña aventura y él se mosqueó.

— La traviesa de Aggie. Pues deberías de meter la nariz en ese asesinato.

— ¿Por qué?

— Sería una buena publicidad que descubrieras quién lo cometió. A ver, ¿ni siquiera tienes un sospechoso por improbable que sea?

— Hay una que me gustaría que lo fuera.

— Cuenta.

— Una vieja bruja llamada Jane Cutler. Pasa de los sesenta, pero con la cara operada. Parece un monumento andante a la cirugía plástica y los tratamientos de belleza. Es un bicho. Las típicas historias de pueblo. Por lo visto se ha especializado en casarse con hombres enfermos de cáncer terminal y heredar su fortuna. Es una de las consejeras de la parroquia. También está Angela Buckley, una mujer de cuarenta y tantos y complexión corpulenta. Ésta estaba prendada del difunto Percy Cutler, pero la vieja, Jane Cutler, se lo arrebató. De hecho, Angela me advirtió de que no me entrometiera.

— Entonces, ¿crees que el asesinato podría no tener nada que ver con el agua?

— Quizá.

— ¿Alguien más te ha dado un toque? ¿Has tenido algún problema?

— Andy Stiggs, otro consejero, uno de los que se oponen a comercializar el agua del manantial. Me amenazó durante el altercado con los de Salvemos los Zorros.

—¿Y éstos quiénes son?

— Un grupo ecologista amante de los zorros y que considera un sacrilegio sacar agua del manantial. Los de siempre. Entre ellos hay buena gente que de verdad está preocupada por proteger la vida rural, aunque de un modo un tanto alocado, pero también lo típicos cabezas rapadas habituales. Hubo una pequeña bronca. James casi recibe por protegerme.

—Entonces ¿él sí que está investigando?

— Creo que sólo intenta ofenderme.

— Eso demuestra que sigue interesado, Aggie. Si no, no te ofendería. ¿Por qué no me invitas a venir este fin de semana? Podríamos salir a husmear juntos por ahí.

Agatha abrió la boca para negarse, pero la cerró en el acto. No sabía si Guy pretendía tener una relación con ella, o si sólo había sido un polvo de una noche. De repente, la idea de volver sola la hizo sentir vulnerable. Roy podía ser pesado y malicioso, pero lo conocía desde que había entrado en su agencia como chico de los recados.

— Sí, muy bien. Supongo que podría ser interesante darse una vuelta y hacer unas cuantas preguntas.

— Más vale que te acabes ese mazacote de pudin. Se está enfriando.

Agatha se arrepintió de la invitación en cuanto vio a Roy en Paddington Station el sábado por la mañana. Llevaba vaqueros ceñidos, chaqueta de cuero negro y hablaba sin parar por el móvil. Además, miraba a su alrededor compulsivamente, para ver si la gente lo estaba observando, como si miles de personas no tuvieran ya esos malditos aparatos. Agatha estaba convencida de que los móviles habían sido concebidos para molestar a la gente que viaja.

— Si vuelves a usar eso en el tren, te lo tiraré por la ventana — le espetó cuando acabó de hablar —. Y todavía no has cumplido los treinta: creía que los hombres se vestían con tejanos y chaquetas de cuero negro cuando llegaban a la andropausia.

— Y yo pensaba que las mujeres maduras sólo comían rosbif y pudin cuando ya no podían gustar a nadie.

— Oh, deja de refunfuñar — le soltó Agatha.

Ignoró a Roy hasta Moreton-in-Marsh. Fue todo el trayecto absorta en su nueva lectura: una novela que transcurría en los Cotswolds y se centraba en las infidelidades de un grupo de personajes de clase alta y mediana edad. Mientras leía, recordó con ternura sus prejuicios de juventud: que las clases acaudaladas eran inmunes a las pasiones, y las bajas, al malestar espiritual. A medio camino volvió a sonar el móvil de Roy, pero éste se alejó por el vagón para contestar ante la mirada de odio de Agatha.

Campos de colza de intenso color amarillo se extendían más allá de las ventanas del vagón.

Lilas cargadas de flores se inclinaban sobre los terraplenes de las vías. Con la ahora ya familiar sensación de volver a casa, Agatha recogió sus pertenencias cuando el tren entró por fin en la estación de Moreton-in-Marsh.

Roy cargó su bolsa de fin de semana y la maleta de Agatha, y ambos se encaminaron al coche. El cielo era azul y los pájaros cantaban en los árboles que flanqueaban el parque de la estación. La brisa agitaba los cardos.

— Cuando sea viejo me mudaré aquí — dijo Roy.

Sintiéndose una antigualla, Agatha arrancó, sorteó el denso tráfico de Moreton y giró por la A-44, donde subió la empinada pendiente a través de Bourton-on-the-Hill, para descender seguidamente hacia Carsely por la carretera que serpenteaba bajo los túneles de árboles combados.

Se fijó en que el cottage de James parecía vacío.

— ¿Voy a ver a Lacey? — dijo Roy.

— No. Si coges las bolsas, abriré la puerta.

Mientras Roy entraba el equipaje, Agatha acarició a sus gatos. La mujer de la limpieza los había cuidado durante su ausencia. Luego les dio de comer y los dejó salir al jardín.

Después de organizar sus cosas, se sentaron a tomar un café en la cocina.

— Bueno, empecemos. ¿Quién forma parte del consejo? — dijo Roy.

— A favor de la compañía de agua mineral tenemos a la señora Jane Cutler, a Angela Buckley y a Fred Shaw. En contra, al señor Bill Allen, a Andy Stiggs y a Mary Owen, que es la opositora más vehemente. La mujer de cuyo jardín emerge el manantial se llama Robina Toynbee. Podríamos probar con ella primero. Puede que la hayan amenazado. Hasta es posible que supiera el voto del difunto señor Struthers.

— ¿Y no comemos antes?

— Te llevaré al pub.

— ¿No me das ninguno de tus platos especiales de microondas?

— He aprendido a cocinar — dijo Agatha a la defensiva —. No sabía que venías, así que no he comprado nada.

Cuando entraron en el Red Lion, Agatha repasó rápidamente el local buscando a James, pero no estaba allí.

— Nuestro señor Lacey ha levantado el vuelo otra vez — dijo el dueño mientras les servía las bebidas y anotaba lo que querían comer.

— Vaya — dijo Agatha con tristeza, y entonces le preguntó lo más despreocupadamente que pudo—: ¿y dónde ha ido?

— No lo sé. La señora Darry lo vio irse en su coche.

— ¿Cuánto tiempo estará fuera?

— Nadie lo sabe. Hizo una parada en la tienda para comprar los periódicos, luego fue a comisaría y le dejó la llave a Fred Griggs. Le dijo que tenía pensado pasar un tiempo fuera.

Agatha se hundió. La vida había perdido el color y el sentido de un plumazo. Su aventura con Guy Freemont le parecía cada vez más sórdida.

Había vuelto a perder todo el interés por la investigación. Degustaron con ahínco la comida, un menú típico de pub inglés, lasaña y patatas fritas.

— Me gustaría ir primero al supermercado Gerry, en Evesham. Es nuevo — dijo Agatha al terminar.

—¿Por qué? — preguntó Roy —. ¿Trabaja allí alguno de los consejeros? Pensaba que todos estaban forrados.

— No, no hay ningún consejero, pero no tengo comida en casa y necesito que tú me ayudes con las bolsas.

— Si no queda otro remedio... Estoy convencido de que uno de los círculos del infierno, al que además probablemente yo vaya a parar, es un inmenso supermercado. Los carritos siempre se desvían a un lado, los niños siempre chillan y yo siempre cojo un producto sin código de barras y tengo que esperar eternamente hasta que un empleado me trae uno igual que sí lo tenga mientras a mi espalda se va formando una cola interminable de gente que me odia. Y siempre que intento pasar por la caja rápida, donde sólo se permiten nueve artículos, tengo a tres personas delante que llevan al menos veinte, pero yo nunca me atrevo a quejarme. Y luego está la cajera, que siempre conoce a todo el mundo menos a mí y se permite largas y alegres charlas con todos los clientes, y cuando por fin me toca le da por cambiar el rollo de papel de la caja. O la típica mujer que observa cómo se va deslizando todo por la cinta sin recogerlo, y luego saca su talonario con toda la parsimonia y luego, más lentamente aún, rellena un cheque, y luego se empeña en llenar las bolsas de la compra clasificando el tipo de comida. Y entonces, cuando todo ha terminado y llego a las puertas giratorias y por fin veo la luz del día, me doy cuenta de que he olvidado algo y estoy condenado a entrar de nuevo.

— De todos modos, vayamos — dijo Agatha, que no le había escuchado.

El supermercado estaba atestado de gente. Roy decidió que se encargaba de cocinar y empezó a buscar hierbas y especias esotéricas.

— Veo en el brillo de tus ojos que te mueres de ganas de preparar algo en el microondas.

— A ti, para empezar — dijo Agatha —. ¿Vamos a salir de aquí algún día?

Cuando por fin llegaron a la caja, el carrito, que, en efecto, se deslizaba hacia un lado, iba cargado hasta arriba. La cola avanzó y pronto atisbaron el final. Sólo había una mujer delgada delante de ellos.

—¡Hazel! — gritó la mujer a la cajera —. No sabía que trabajabas los sábados.

— Me hace falta el dinero, Gladys — dijo Hazel con su oronda mano roja sobrevolando el

primer artículo.

— Es una lástima — dijo Gladys —. He solicitado fecha para mi operación de cadera.

— Te harán esperar.

— Merecerá la pena. Mi Bert dijo..., bueno, dijo que ninguna criatura tendría que soportar el dolor que yo sufro. Pero ya sabes cómo va la Seguridad Social en este país. Me tocará cuando ya esté en la tumba.

— A lo mejor este nuevo gobierno... — empezó Hazel, todavía a punto de agarrar el primer artículo.

—¡Por favor, acabe de una vez! — gritó Agatha.

Se hizo el silencio. Agatha se volvió hacia Roy en busca de apoyo, pero había desaparecido. La gente de la cola evitó su mirada.

— Hay que ver, de verdad — dijo Gladys.

Hazel empezó a pasar a toda prisa sus productos por el escáner mientras Gladys los recogía lanzando miradas de indignación hacia Agatha.

Cuando por fin recogió y pagó, Gladys se giró con furia.

— Lo siento por ti, Hazel. Si tuviera que tratar con cierta gente me volvería loca.

— Adiós, Glad. Dale recuerdos a Bert — dijo Hazel con voz chillona.

Y Hazel entonces abrió la caja y cambió el rollo de papel.

Con la cara roja de rabia, Agatha por fin acabó de llenar de nuevo el carrito y lo sacó al aparcamiento mientras se desviaba irremediabilmente hacia la izquierda.

Roy la esperaba en el coche.

—¿Dónde coño estabas? — gritó Agatha.

— He ido a comprar cigarrillos — mintió Roy.

— Has huido como un gallina. Vamos, ayúdame a meter todo esto en el maletero.

Esquivaron el nuevo trazado de sentido único que tanto odiaban los comerciantes de Bridge Street, que se sentían aislados desde que los habían convertido en un recinto de compras.

—¿Vamos a ir a Ancombe? — preguntó Roy con cierto temor.

— Primero llevaremos todo esto a casa — dijo Agatha.

«¡Dios!, ¿dónde demonios se ha metido James», pensaba.

Mientras guardaban la compra, Roy ya no pudo aguantar la tensión del silencio.

— No es culpa mía que James se haya ido — dijo.

—¿Qué?

— Bueno, por eso te has puesto como una fiera con la mujer del supermercado.

— Permíteme que te diga una cosa: me habría puesto así con esa mujer cualquier otro día.

— Entonces ¿por qué te desahogas conmigo?

—¡Porque eres un pelele!

— Me parece que más vale que me vuelva a Londres — dijo Roy en voz baja.

— ¡Cuando quieras!

— Recogeré mis cosas.

Agatha se sentó en la mesa de la cocina y hundió la cara entre las manos. Se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Por qué la afectaba tanto que ese hombre le demostrase de forma tan contundente que ya no le gustaba? Tal vez, pensó mientras se enjugaba las lágrimas, era por su edad, porque estaba convencida de que después de James ya no habría nadie más al que pudiera amar.

Se levantó y gritó escaleras arriba.

— ¡Siento haber sido tan borde! ¿Te apetece una copa?

Roy bajó las escaleras con una inmensa sonrisa. Era ambicioso y no quería enfadarse con una mujer cuya capacidad como relaciones públicas tanto admiraba su jefe.

— ¿Una copa? — repitió Agatha.

— Ya no bebo — dijo Roy, que sólo había tomado agua mineral en el pub.

— ¿Por qué?

Roy dudó un momento. La verdadera razón era que estaba de moda ser abstemio.

— Pudre las células del cerebro, querida.

— Pues me voy a tomar un brandi bien cargado antes de salir.

— Detesto verte beber sola...

— A mí no me molesta.

— Vale, ponme uno pequeñito a mí también.

Un brandi llevó a otros tres tragos más y cuando salieron hacia Ancombe formaban una pareja de lo más alegre. Agatha aparcó en la calle principal, un poco lejos del manantial, que tenía delante un grupo de turistas que lo señalaba. Se había retirado ya la cinta azul y blanca de la policía que protegía la salida del agua.

La entrada al cottage de Robina Toynbee era una gran puerta que daba a una pequeña calle que recorría el costado de la finca desde la calle principal.

— Tendríamos que haber llamado antes — dijo Roy.

— No pasa nada, está en casa. Nos está mirando desde la ventana.

Agatha levantaba la mano para llamar a la puerta cuando Robina la abrió.

— Encantada de verla, señora Raisin — dijo —. Había pensado en llamarla para darle las gracias. Por favor, pase.

El cottage era antiguo, tal vez se remontaba al siglo xvii, pensó Agatha. El salón era muy agradable: una gran chimenea, vigas bajas en el techo, jarrones con flores, muchos cuadros y libros y un gato adormilado encima del televisor.

Al otro lado de las ventanas, de vidrio emplomado, un jardín largo y estrecho descendía hacia la calle, envuelto en una artística combinación de pensamientos, begonias, glicinias, clemátides y lobelias. Había una parcela de césped con un reloj de sol y al lado emergía burbujeante el manantial, que desde ahí era canalizado entre rocas y flores hacia el punto donde desaparecía a través del antiguo muro del jardín.

Encima de la chimenea había una oscura pintura al óleo de una anciana lúgubre con una enorme caperuza.

—¿Una antepasada? — preguntó Agatha.

— Sí, la señorita Jakes — dijo Robina.

Ésta vestía un traje pantalón de terciopelo verde claro. Agatha también tenía varios trajes pantalón de terciopelo. Mirando a Robina se dio cuenta de que era una de las prendas preferidas de las mujeres de mediana edad y decidió recoger los suyos y donarlos a una tienda de beneficencia. Aunque era una hora avanzada de la tarde, el atuendo de Robina hubiera sido más apropiado para una velada nocturna. Con el traje pantalón, lucía unos pendientes brillantes, un collar de diamantes de imitación y unos zapatos de satén negros de tacón alto.

Del mismo modo que algunas mujeres solitarias conservan el árbol de Navidad con las luces encendidas hasta mucho después de las fiestas, también tienden a llevar ropa de noche durante toda la jornada, como si el brillo y el oropel pudieran prolongar un poco más su juventud.

— Y bien, ¿qué vamos a tomar? — preguntó Robina con una sonrisa amable.

— No sé... — empezó Roy.

— Vamos. Eso que huelo es brandi, ¿me equivoco? Me apetecería tomar uno con ustedes.

Agatha se quitó de la cabeza una imagen de Roy, Robina y ella misma charlando dentro de una gran copa de brandi y dijo que sí, que estaría bien.

— Por el éxito — dijo Robina cuando hubo servido las copas —. Espero que el asunto haya concluido ya de una vez por todas. Menuda tontería quejarse por un poco de agua. Creo que todo el lío se debe a que tienen celos de que a mí me pague la compañía de agua. No es mucho, ya se lo puede imaginar, pero nunca sobra. Quiero decir que, como ya debe saber, señora Raisin...

— Llámeme Agatha.

— Agatha. Como ya debe saber, tenemos que pensar en nuestra vejez. Las residencias de ancianos cuestan una fortuna.

— Todavía no he empezado a preocuparme por mi vejez — dijo Agatha.

— Vaya, pues debería. Hoy en día podemos alargar nuestras vidas espantosamente.

— Yo creo que si te sientes joven, permaneces siempre joven.

— Muy cierto — dijo Robina lanzando una mirada coqueta a Roy —. No soy de las que se escandaliza cuando veo a mujeres con amantes jovencitos.

— Roy no es mi amante — dijo Agatha preguntándose si esta afable mujer la estaba

insultando —. Y bien, ¿ha habido alguna repercusión por el acuerdo del agua?

— Algunas cartas con amenazas muy desagradables. «Te mataré, zorra», decía la última. Anónima, por descontado.

—¿Se la ha dado a la policía?

— No, estoy convencida de que ha sido uno de esos cascarrabias que dicen defender el medio ambiente. ¿Se acuerda de cuando las palabras eran sencillas y la gente hablaba del campo? La expresión «medio ambiente» resulta inquietante.

— Creo que tendría que informar a la policía de las cartas — dijo Agatha.

— Sé que se ha ganado cierta reputación como «sabuesa» aficionada — dijo Robina —. Pero aquí no hay nada de qué preocuparse. Más vale dejar las cosas en manos de los expertos.

A Agatha empezaba a caerle mal Robina.

El salón, que le había resultado tan agradable al llegar, le parecía ahora claustrofóbico. En la calle, el día se había oscurecido repentinamente. El perfume intenso y dulzón de Robina se mezclaba con un aroma de ambientador y el del brandi. La señorita Jakes los miraba fijamente, como si dijera que ella nunca habría acogido en su casa a gente como ellos.

— Si hubiera aparecido un hombre asesinado a los pies de mi jardín y yo recibiera cartas con amenazas, sin duda estaría muy preocupada — dijo Agatha.

— Ah, eso es porque usted es forastera. Los forasteros nunca llegan a ser genuinamente de aquí. Nosotros, la gente del campo, vivimos tan cerca de la tierra y de la violencia de la naturaleza que nos volvemos más duros.

— Pues nosotros, los de ciudad, estamos tan acostumbrados a la violencia de las calles que tenemos una saludable cautela — dijo Agatha.

Robina agitó su copa de brandi, miró a Roy y alzó las cejas.

— Ella no lo entiende.

—¿Y qué pasa con el hombre asesinado? — dijo Roy —. ¿Quién cree que lo hizo?

— Yo diría que los Buckley.

—¿Por el prado? — preguntó Agatha.

— Vaya, ya se ha enterado de eso. Angela y su padre son gente muy tosca y bruta.

—¿Así que no cree que ese asesinato tuviera nada que ver con el agua? — preguntó Roy.

Ella emitió una risita tintineante.

— No, nada en absoluto. ¿Más brandi?

— No, tenemos que irnos — dijo Agatha levantándose —. Pero, por favor, informe a la policía de esas cartas.

—Y ahora ¿adónde vamos? — preguntó Roy mientras corrían al coche bajo una lluvia torrencial.

— Podríamos pasarnos por el taller del electricista. A lo mejor pillamos a Fred Shaw antes de

que cierre.

—¿Está a favor o en contra?

— A favor — dijo Agatha —. Después de hablar con Robina, Jane Cutler y Angela, es imposible que los que se oponen sean más repugnantes que los que están a favor.

Fred Shaw estaba cerrando cuando llegaron. Saludó a Agatha como a una vieja amiga y los invitó a pasar a la trastienda, donde abrió una botella de whisky y sirvió un trago largo en cada copa.

— Por el éxito — dijo Fred levantando la copa —. Los puso en su sitio, señora Raisin.

— Éxito —susurró Agatha.

Examinó disimuladamente a Fred Shaw. Tenía sesenta años, pero aún era un hombre fuerte, con un cuello grueso, ancho de hombros y manos poderosas.

— Sólo desearía que el bueno de Struthers estuviera vivo todavía — decía Fred.

—¿Por qué?

— Porque estaba mareando la perdiz como una niña mimada con lo de tomar la decisión. «Les daré mi opinión argumentada a su debido tiempo», decía. ¡Viejo idiota!

—¿No le caía bien?

— Si yo hubiera sido el presidente, habría tirado una bomba encima de esa pandilla. Son incapaces de tomar una decisión ni para salvar sus vidas — dijo Fred.

— Pero al menos Angela Buckley y Jane Cutler estaban de su parte en el asunto de la compañía de agua.

—¡Ésas! Permítame que le diga, señora Raisin, y que quede entre nosotros, que a esa encantadora pareja les da igual ese asunto. Simplemente estaban hartas de que Mary Owen les dijera lo que tenían que hacer.

— En este pueblo no parecen caerse muy bien entre ustedes — aventuró Roy.

— Aquí tengo buenos amigos, pero ninguno es miembro del consejo — dijo Fred.

—¿Por qué? — Roy dio un buen trago de whisky y se despidió en silencio de unas cuantas neuronas más. Ojalá nunca le hubieran hablado de ellas. Casi veía en su imaginación a esos diminutos bichos ahogándose y boqueando hasta expirar en un mar de whisky.

— Porque éste es un pueblo de engreídos y todos los consejeros llevamos siglos en el cargo. Nadie se presenta contra nosotros. ¿Saben por qué? Porque nadie quiere asumir la responsabilidad de nada en estos tiempos. ¿Por qué creen que tenemos un gobierno laborista en este país?

— Porque la mayoría del pueblo británico les votó — dijo Agatha.

— No. Fue porque la mayoría de los votantes conservadores se quedaron sentaditos en casa y

no votaron.

—¿Tiene alguna idea de quién pudo matar al señor Struthers? — preguntó Roy.

Fred se dio unos golpecitos en la nariz.

— Tomemos otra.

— Yo creo que no voy a...

Pero Fred ya estaba rellenando las copas.

— Bien. Sí, salud, señor Shaw. Estaba diciendo... — dijo Agatha.

— A ver, por aquí pasa gente y yo me entero de muchas cosas. Mantengo la oreja pegada a la vía. ¿Me entienden?

— Sí, sí — dijo Roy revolviéndose emocionado.

Fred lo miró con suspicacia.

— Tener lavaplatos me viene muy bien. Esteriliza las cosas — comentó incomprensiblemente —. Sí. Déjenme que les diga: Ancombe no tiene nada que envidiar a Peyton Place. No sé si lo saben pero Mary Owen le había echado el ojo al señor Struthers...

— Pero ¡si el señor Struthers tenía ochenta y dos años!

— Y Mary Owen tiene sesenta y cinco, y cuando llegas a esa edad — dijo Fred como si a él le faltara mucho para alcanzarla —, buscas seguridad.

— Todos dicen que Mary Owen tiene dinero, que es independiente económicamente.

— Ya, pero alardea de ser una experta trapichera en Bolsa y se rumorea que ha perdido una fortuna hace poco. Así que pone en su punto de mira al viejo Robert Struthers. Ahí es donde entra nuestra Jane Cutler. Nuestra Jane está especializada en hombres ricos a los que no les queda mucho tiempo de vida. Es un milagro que Robert Struthers no muriese de un atracón. Si una no le preparaba un banquete o lo llevaba a cenar por ahí, lo hacía la otra.

—¿Y quién parecía que iba a ganar?

— Yo apostaba por Jane, y Mary estaba muy cabreada. En la reunión del consejo de hace dos meses, llamó «puta» a Jane.

—¿Está insinuando que Mary Owen asesinó al señor Struthers? — preguntó Roy —. ¿Y por qué no mató a Jane Cutler?

— Ah, porque en la reunión del consejo donde Mary insultó a Jane, Robert se puso en pie e hizo que Mary se disculpara. Mary me dijo después que Robert Struthers era un hombre decente que había sido corrompido por Jane.

—¡Pero de ahí a asesinar! — exclamó Agatha.

— Nuestra Mary es una mujer poderosa y no permite que nadie se interponga en su camino.

— Todo esto resulta fascinante — dijo Agatha, que notaba que la cabeza empezaba a darle vueltas por todo lo que había bebido —. ¿Y le ha contado algo de esto a la policía?

—¡Claro que no! No estoy para perder el tiempo con la policía. ¿Sabe que me detuvieron por

conducir bebido el año pasado después de haberme tomado sólo un par de pintas? Cabrones. El campo es un hervidero de asesinos y violadores, y lo único que hace la policía es perseguir a ciudadanos inocentes. ¿Otra copa?

— No, de verdad, gracias.

Agatha se levantó. Roy había tendido su copa y ella se la quitó de las manos y la depositó con firmeza en la mesa.

— Y con respecto a lo de la fiesta — dijo Fred —. Debo decirle que se me da bien hablar en público.

— Estoy segura de que encontraremos algo para usted — dijo Agatha, que se moría de ganas de salir al aire libre.

— Es muy amable por su parte — dijo Fred —. Iré a verla cuando se acerque la fecha. Así podremos revisar mi discurso.

— No podemos conducir ninguno de los dos — dijo Agatha cuando salieron.

Había dejado de llover y un pálido cielo vespertino se extendía sobre ellos. Había refrescado.

— Oh, vamos. Yo conduciré. No estamos lejos — dijo Roy.

— No — dijo Agatha tajante —. Mi permiso de conducir está limpio y así va a seguir, y mi seguro no cubre a otros conductores.

— No hemos bebido tanto.

— Sí que hemos bebido. Esas copas de whisky eran enormes.

—¿Y qué tal si probamos con Mary Owen?

— No hasta que me haya despejado. Tenemos que comer algo. Vamos, un paseo nos hará bien a los dos.

Estaban a medio camino de Carsely cuando, sobre un cielo salpicado de incipientes estrellas, empezaron a desfilar nubes negras.

Acelararon el paso, pero pronto cayeron las primeras gotas y al poco rato volvió a diluviar. Cuando por fin llegaron al cottage de Agatha, estaban calados hasta los huesos, pero totalmente sobrios.

Después de secarse y cambiarse de ropa, Roy se dispuso a preparar la cena, pero Agatha, temiendo que le desatara el caos en la cocina y utilizase hasta la última cazuela para luego acabar cenando pasada la medianoche, insistió en que fueran al pub.

Cuando volvieron de cenar, Agatha cayó en la cuenta de que no había comprobado el servicio de buzón de llamadas de British Telecom para ver si tenía algún mensaje. La voz de mujer del buzón sonaba como una irritante reliquia de la época en que las chicas recibían clases de elocución. Tenía un tono de institutriz mandona, en plan «Cómete las gachas o no te llevaré al circo». «Tiene dos mensajes. ¿Quiere escucharlos?», dijo la voz. ¿Había alguien que no quisiera escuchar los mensajes?, pensó Agatha enojada.

El primero era de Guy Freemont: «He estado intentando hablar contigo. Llámame.»

El segundo era de Mary Owen: «Creo que ha llegado el momento de que mantengamos una charla, señora Raisin. Llámeme, si es tan amable.»

Agatha miró el reloj: era medianoche. Demasiado tarde para hacer llamadas. Por la mañana tenían que ir andando a Ancombe para recoger el coche. Vería a Mary Owen entonces.

Esa noche, mientras se quedaba dormida, sus últimos pensamientos, como siempre, fueron para James. ¿Dónde estaría?

James, un James de aspecto muy distinto al habitual, había participado esa tarde en una reunión de Salvemos los Zorros en la trastienda de un pub irlandés de la localidad de Rugby. Se había teñido de rubio, llevaba chaqueta de camuflaje, vaqueros sucios, botas militares y tres pendientes en una oreja. Temiendo que su acento le delatara, se había comunicado con sus nuevos compañeros básicamente mediante gruñidos.

Pensaba que si descubría quién había pagado a los manifestantes para que organizaran el acto del manantial se acercaría a la identidad del asesino.

La persona que ocupaba la presidencia — «qué manera tan estúpida y enrevesada de decirlo», pensó James con una rabia propia de Agatha, «lo normal sería llamarla presidente o presidenta, ¿qué tenía de malo?»— era una mujer delgada y neurótica de mechones enmarañados, cara cetrina y enjuta, ojos grandes y bastante bonitos. Se llamaba Sybil. Ahí nadie usaba apellidos. El propio James se había convertido en Jim.

La reunión se había convocado porque uno de los miembros de la organización había leído en el periódico local que un vendedor de coches de Coventry iba a celebrar su cuarenta cumpleaños con una barbacoa en el jardín y que para rendir homenaje a su ascendencia «gitana» tenía pensado servir a sus invitados erizos a la parrilla. Un tal Trevor señaló que los erizos no eran una especie protegida, a lo que Sybil replicó gritando: «¡Pues ahora descubrirá que sí lo son!», y recibió una ovación de los demás. James estudió disimuladamente al grupo. Todos parecían militantes convencidos. No había rastro de los de aspecto amable que habían encabezado la marcha hasta el manantial. Seguramente se habían asustado. Tampoco, por suerte, había rastro del hombre que había atacado a Agatha.

Su propia presencia había sido aceptada después de que Sybil le hiciera una única pregunta. ¿Cómo se había enterado de su existencia? Le había hablado de ellos alguien de Birmingham, había farfullado James.

La reunión tuvo mucho de bronca política. Sybil se emocionó mucho con el sufrimiento de los erizos. ¿Por qué los animales que aparecen en los libros infantiles siempre son elegidos como

víctimas dignas de protección mientras que otros, como las arañas, podían ser masacrados sin el menor cargo de conciencia?, se preguntaba James.

Es decir, si se hubieran enterado de la existencia de un granero donde el granjero iba a exterminar las ratas, ¿habrían hablado con la misma pasión? Y la pregunta verdaderamente importante era: ¿quién pagaba todo esto? La sala donde se reunían, el transporte a tantos lugares, como el manantial...

En algún sitio debían de contar con una oficina.

El único miembro que provocó cierta inquietud en James fue un joven corpulento y fornido con la cabeza rapada y un tatuaje de una calavera con dos tibias cruzadas. Se llamaba Zak y a James le incomodó percatarse de que Zak también se fijaba en él.

La reunión llegó a su fin. Sybil dijo que un autobús los recogería a todos en el centro de Coventry al día siguiente a las dos del mediodía y los llevaría a la barbacoa del perverso vendedor de coches.

Cuando se dirigían a la puerta, Zak agarró a James del codo con fuerza.

— Creo que tendríamos que buscar un sitio para tomar algo, colega — dijo.

— He quedado — farfulló James.

— Tu cita puede esperar — dijo Zak que no soltó el brazo de James.

Como no quería llamar la atención montando una escenita, James dejó que lo condujera a la calle y luego hasta otro pub.

El nuevo local era bastante respetable y estaba relativamente lleno. James empezó a relajarse. Siempre podía hacer que alguien llamara a la policía si Zak se ponía violento. Pidieron dos medias pintas de cerveza amarga y las llevaron a una mesa del rincón.

— A ver, colega, ¿de qué vas?

— ¿Qué quieres decir? — preguntó James.

— Tú no eres uno de ellos. Lo he sabido en cuanto has entrado.

James examinó el rostro desagradable de Zak.

— ¿De ellos? Has dicho «ellos» no «nosotros». ¿De qué vas tú? — dijo entonces, ya con su propia voz.

Se estudiaron el uno al otro como dos gatos desconocidos. James miró los pies de Zak por debajo de la mesa. Llevaba vaqueros y un par de zapatos negros de cordones.

James esbozó una lenta sonrisa.

— ¿Es usted detective?

— Policía. El Departamento de Investigación Criminal no pierde el tiempo en naderías como ésta. A ver, ¿qué se trae usted entre manos?

— ¿Cómo ha adivinado que no era uno de ellos?

— Va demasiado limpio y se le nota la manicura. ¿No ha anotado el olor de cuerpos sin

duchar? Por lo visto, lavarse les parece un acto burgués. Sybil dice que la sociedad capitalista ha erradicado todos los olores corporales estimulantes de la población británica.

— Vivo cerca de Ancombe — dijo James —. El pueblo donde se cometió el asesinato del manantial.

—¿Y qué relación tiene eso con esta pandilla?

— Se manifestaron delante del manantial. Me preguntaba qué los había llevado allí. No había animales implicados.

—¿Cree que tuvieron algo que ver con el asesinato?

— No, pero la compañía que va a comercializar el agua ha despertado mucho resentimiento entre los miembros del consejo parroquial que se oponían a la extracción de agua. Pensaba que uno de ellos podría haber pagado a este grupo, y si alguien les había pagado, entonces esa persona sería el asesino. Ya que estamos, ¿quién los financia? He oído en alguna parte que los sabotadores de cacerías cobran hasta cuarenta libras al día — dijo James.

— Créame, amigo, eso es algo que no he podido averiguar. Le pagarán el sábado. Un sobre sencillo, los billetes dentro. Hasta donde yo sé hay contribuyentes legales, gente triste y solitaria que sólo sabe relacionarse con animales.

—¿Esos que piden un amor incondicional?

— Ahí me he perdido.

— Hay un montón de gente hipersensible que se siente continuamente herida por los otros seres humanos, así que canaliza todo su amor en los perros y los gatos, y los perros, sobre todo, devuelven ese amor y además no pueden hablar, y es improbable que se vayan a buscar otro dueño.

— Ya, entiendo. Bueno, el caso es que muere algún vejestorio y, bien por las razones que usted ha explicado, o porque cree que sus parientes no le apreciaban, deja su dinero a organizaciones como ésta.

—¿Así que usted se dedica a infiltrarse para informar a la policía de cuándo va a haber una manifestación?

— Si la cosa tiene pinta de ponerse fea, sí. Pero tengo que andarme con cuidado. No me preocupa el acto del sábado. Si se vuelve violento, me esconderé detrás de un matorral y avisaré por móvil.

—¿Cuánto tiempo lleva haciendo esto?

— Seis meses, aquí y allá, en diferentes grupos.

— Parece bastante duro. Ese tatuaje, por ejemplo.

— Se quita lavándolo. No es auténtico, y el pelo me volverá a crecer. Me han prometido cambiarme pronto de servicio y enviar a otro.

—¿Y Sybil es la líder del grupo?

— No. Mire, hablan mucho de la liberación de las mujeres, pero estos grupos son tan machistas como todos los demás. Así que colocan a una mujer chillona en la presidencia mientras que son otros los que en realidad se encargan de la organización. A veces se ve a gente de clase alta. Les gusta darse un garbeo para vivir emociones fuertes, y no les importa cuál sea la causa. Ahora hábleme de usted.

Y eso hizo James: coronel retirado, intentando escribir historia militar.

— No me importa que se mueva por aquí, lo digo en serio — dijo Zak cuando James acabó su relato —. Pero ensúciase un poco las uñas.

— Y usted debería cambiarse de zapatos — dijo James con una sonrisa —. Van gritando que es poli.

Ese sábado Mike Pratt, el vendedor de coches, revisó complacido su aspecto en el espejo. No aparentaba los cuarenta que acababa de cumplir. Las pocas canas que le salpicaban las sienes le daban un aire distinguido. Sus vaqueros de diseño tenían arrugas finas. Sus nuevos zapatos de cuero blanco, pensó, le daban un estilo internacional. Miró su Rolex de oro, no era auténtico, claro, pero lo había comprado en Nathan Street, en Kowloon, así que ¿quién notaría la diferencia?

Su mujer entró en el dormitorio y se quedó mirándolo con los brazos cruzados. Kylie era su segunda esposa. Hace diez años, cuando se casó con ella, era una rubia bonita y pequeña, pero ahora, pensó Pratt, mirando el reflejo de Kylie en el espejo, parecía un espantajo. Las raíces oscuras asomaban entre su maraña de pelo rubio. La camiseta corta, las mallas ceñidas y los zapatos de tacón no hacían más que acentuar su dolorosa delgadez. Se ató un pañuelo rojo al cuello de la camisa azul sin corbata.

— Todo listo para que te hagas el pez gordo — dijo Kylie —. Pero no pienso asar esos erizos. Ni hablar.

— Tampoco sabrías hacerlo — dijo burlón Mike —. Yo sí, mira tú por dónde, gracias a mis antepasados gitanos.

— Pero ¿qué antepasados? — dijo Kylie —. Tu padre es un ladrón y todavía está cumpliendo condena.

— Me refiero a mis abuelos. Mi abuela era gitana.

Mike dio un trago de vodka y dejó el vaso en el tocador. Bebía mucho.

Un triste rasgo de los alcohólicos norteamericanos es afirmar que tienen una abuela cheroqui; entre sus colegas británicos, la abuela es gitana.

Mike y Kylie vivían en un bonito bungaló entre otros bonitos bungalós, casi todos idénticos, con sus cortinas fruncidas y su césped impecable.

Mike salió llevándose el vaso y rozando a su mujer al pasar. Oyó llegar al primer coche. Había invitado a todos los vecinos. No sabía muy bien cómo asar los erizos, pero al fin y al cabo eran carne, como cualquier otro animal, y seguramente sólo había que salpimentarlos y ponerlos encima de la barbacoa.

Hacía un buen día, sin rastro de nubes en el cielo. Se sentía como el señor de la mansión. Se adelantó para saludar al primero de sus invitados.

Había pagado al carnicero para que despellejara los erizos y los pequeños cadáveres estaban apilados en un triste montón sobre una mesa junto a la barbacoa. En las otras mesas había fuentes con ensaladas, platos de papel, copas, botellas y vasos.

Lo que más le gustaba era servir las bebidas. El jardín empezó a llenarse. Se elevaron las voces con los habituales saludos entre vecinos: «¿Cómo andamos? Yo, muy bien.» Las mujeres rodeaban a sus maridos escuchando atentamente, como si no llevaran años oyendo las mismas palabras, y les alentaban con pequeñas exclamaciones: «Sí, claro, y tanto.»

Mike puso los erizos sobre la barbacoa y los pinchó con un tenedor largo. Tal vez debería haber probado uno antes. El olor no era muy apetitoso.

Y entonces varios manifestantes irrumpieron en el jardín.

—¡Asesino! — gritó Sybil.

Con la cara arbolada por el alcohol y la cólera, Mike se abalanzó hacia ellos.

—¡Fuera de aquí, gamberros!

Le dio un puñetazo en el brazo a Trevor y éste se lo devolvió en plena nariz. Mike se desplomó hacia atrás con la cara llena de sangre. Los invitados se dispersaban mientras las cámaras de televisión irrumpían en la escena. No se monta ninguna protesta sin informar antes a la prensa.

Zak se agachó detrás de un arbusto y llamó pidiendo refuerzos. Sabía que esperaban en una furgoneta a la vuelta de la esquina.

James se puso a su lado.

— Salga ahí y deje que lo detengan — susurró Zak —. Ya lo sacaré luego.

Así que James se sumó a la juerga haciendo volar por los aires la barbacoa. Un montón de trozos de carbón encendido rodaban por el césped.

Kylie, apoyada en el umbral de la puerta de su casa, se tomaba una copa tranquilamente, con una pequeña sonrisa en la cara. El cumpleaños de Mike estaba resultando inesperadamente divertido.

Al día siguiente Agatha y Roy se pasaron la mañana remoloneando. No tenían ganas de caminar hasta Ancombe para hablar con Mary Owen y recoger el coche.

— Veamos si sale algo en las noticias — dijo Agatha sintonizando Sky Television.

— Todavía no es hora — se quejó Roy —. Son las once y veinte y emiten los inaguantables deportes.

— Pero sólo los últimos diez minutos — dijo Agatha, que se sentó delante del aparato con una taza de café.

— No dirán nada sobre el asesinato — dijo Roy.

— Veamos.

Acabaron los deportes y siguieron los anuncios. Los dos se irguieron cuando reanudaron las noticias y una voz dijo: «Miembros de la asociación Salvemos los Zorros atacaron a un vecino, Mike Pratt, mientras celebraba una barbacoa en su jardín de la localidad de Coventry.»

— Son ellos — dijo Agatha con entusiasmo.

La locución siguió explicando que Pratt intentaba hacer una barbacoa de erizos.

— Fíjate en el sol que hace — se quejó Roy —. Se diría que Coventry está en las antípodas en lugar de en las Midlands. ¿Por qué tuvimos que acabar empapados?

—¡Chisss! — hizo Agatha para que se callara.

Un rubio que esbozaba una sonrisa malévola estaba en ese instante volcando la barbacoa. Agatha se tensó.

—¿Ese hombre no se parece a James?

— Pobrecita — dijo Roy negando con la cabeza —. Empiezas a ver a Lacey por todas partes. Vamos. Por lo visto también ha llegado aquí el sol de Coventry.

—¿No te parece hermoso? — dijo Roy trotando por la carretera hacia Ancombe.

A modo de respuesta, Agatha gruñó, pero sin dejar de preguntarse por qué la arrolladora belleza del campo en primavera no se reflejaba también en ella. Recordó haber pasado algunos sábados de su desfavorecida infancia estudiando paisajes ingleses en la galería de arte de Birmingham, disfrutando de esas panorámicas pintadas que habían ilustrado aquel temprano sueño de vivir en el campo algún día. Y por eso veía el paisaje que se desplegaba ahora ante sus

ojos como una pintura. El verde intenso de las hojas nuevas ya lo conocía de las clases de arte de la escuela. Y los surcos curvados de un campo arado, con los árboles en las lindes alzando sus ramas hacia el cielo azul, se asemejaban mucho a uno de aquellos cuadros. Tal vez uno tenía que criarse en el campo para saber apreciarlo.

—¿Crees en Dios?

— No lo sé — dijo Agatha preguntándose si el ser con el que tan a menudo hacía pactos («sácame de ésta y dejaré de fumar») existía en realidad.

— Yo creo en la naturaleza — dijo Roy abriendo de par en par los brazos —. A eso se reduce todo.

—¿No te pondrás a abrazar árboles ahora, verdad? — dijo Agatha con suspicacia —. Piensa que yo tengo que vivir aquí.

— Lo que intento decir es que soy pagano — prosiguió Roy —. Yo soy uno con todo esto que me rodea.

Agatha estaba a punto de hacer un comentario punzante, pero la cara enjuta y flácida de Roy se había vuelto hacia el sol y él parecía sumamente dichoso.

— Me alegro de que te lo estés pasando tan bien — dijo por fin con brusquedad.

— Es curioso — dijo Roy cogiéndola del brazo —, siempre había pensado que los que se iban de la ciudad estaban locos, pero tal vez me iría mejor si rebajara mis expectativas. Tú y yo, Aggie, podríamos formar equipo y montar una nueva agencia en Mircester. Tener clientes locales. Quizá casarnos.

—¿Y pasar mis años de vejez con la gente tomándote por mi hijo?

— Piénsatelo. Nos llevamos bien.

Agatha se dijo que Roy estaba un poco pasado de rosca, pero se limitó a soltarse de su brazo con amabilidad.

— Muy bien, lo pensaré. — Luego añadió —: ¿De verdad que tenemos que seguir con esto? Es curioso lo distinta que puede ser la gente de dos pueblos tan cercanos. Aparte de la espantosa señora Darry y unos pocos más, los habitantes de Carsely son encantadores. Pero los de Ancombe, al menos los que hemos conocido, son muy desagradables, y Mary Owen seguramente será la peor.

— Tú has tratado con gente desagradable toda tu vida, Aggie.

«Es verdad, y además me daba igual que fueran repugnantes o encantadores, porque sólo era un trabajo, pero ahora he aprendido a apreciar a la gente», pensó Agatha.

—¿Dónde vive Mary Owen? — oyó que preguntaba Roy.

— Lo busqué. Vive en Ancombe Manor, al final del pueblo. Recogeremos el coche y nos acercaremos.

Poco después circulaban por el camino de entrada a la mansión, flanqueado por gruesos setos

de tejo. Agatha tenía la impresión de que conducía por un laberinto. De golpe se encontraron delante de la casa. Era antigua, muy antigua, construida con piedra de los Cotswolds, llena de recovecos y cubierta de hiedra. Llevaba tanto tiempo allí que se había fundido con el campo que la rodeaba.

La penetrante mirada de Agatha se fijó en que brotaban malas hierbas en el círculo de grava de delante de la mansión. Quizá el rumor de que Mary Owen estaba pasando una mala racha financiera era cierto. Una mansión como aquella debía de haber alojado un ejército de servidores domésticos y jardineros en el pasado.

— Bien, preparémonos para otra lluvia de insultos — dijo Agatha pulsando un anacrónico timbre que había junto a la puerta tachonada de hierro.

En un primer momento pensaron que no había nadie en la casa, pero entonces oyeron pasos que se aproximaban.

Se abrió la puerta. Apareció Mary Owen. Llevaba un suéter raído, pantalones de montar manchados y botas. Un pañuelo le envolvía la cabeza y sostenía un plumero en la mano.

Su mirada de desprecio recorrió a los recién llegados de pies a cabeza.

—¿Qué quieren?

— Soy Agatha Raisin...

— Eso ya lo sé. ¿Y quién es este niño?

— Éste es el señor Roy Silver — respondió Agatha con firmeza y pensando que el que una viniera preparada para los insultos ayudaba a no perder los papeles.

— Pues fuera los dos. ¿Es que no ha hecho bastante daño ya vendiéndose a esa maldita compañía de agua?

Roy tiró tímidamente del brazo de Agatha, pero ésta sonrió complacida.

— Sólo quería hablar con usted.

—¿Sobre qué?

— El asesinato.

Mary seguía con el ceño fruncido y el plumero en la mano. Entonces hizo un gesto con la cabeza.

— Pasen.

La siguieron a un pequeño y oscuro vestíbulo y luego por un pasillo enlosado hasta una cocina.

— Siéntense — ladró Mary.

Se sentaron a la mesa de la cocina. Mary sacó una silla con la punta de la bota y se sentó frente a ellos.

— Tiene cierta reputación como detective — dijo Mary.

— He resuelto algunos casos — dijo Agatha.

— Eso dice usted. El único motivo por el que pierdo el tiempo con usted es que podría hacer que la policía entre en razón. Verá, yo sé quién asesinó a Robert Struthers.

—¿Quién? — preguntaron Agatha y Roy al unísono.

— Jane Cutler, ¡fue ella!

—¿Por qué? — preguntó Agatha —. Tengo entendido que esperaba casarse con él.

— Claro que lo esperaba. Esa necrófaga está especializada en casarse con moribundos, sólo que Robert no padecía un cáncer terminal ni nada por el estilo. Podría haber vivido hasta los cien. Así que ella lo ayudó a darse prisa.

— Pero ¿qué sacaba ella con eso?

El desconcierto de Agatha era real.

— Creo que convenció al pobre Robert para que hiciera testamento en su favor.

— Pero eso no lo sabe con certeza.

— Lo sé. Hágame un favor y explíquesele a sus amigos policías. Ahora, si no le importa, tengo cosas que hacer.

—¿Qué piensas de lo que ha dicho? — preguntó Roy cuando salían en el coche.

— Creo que tendríamos que acercarnos a Mircester y ver qué nos cuenta Bill Wong.

—¿Por qué crees que se ha burlado de mí de ese modo? — quiso saber Roy de mal humor —. Me ha llamado niño, ni más ni menos.

— Estaba furiosa conmigo y se ha dado la casualidad de que tú estabas a tiro.

La expresión de Roy se relajó.

— Eso es. No puede ser mi ropa. Quiero decir, este suéter es italiano y me costó un ojo de la cara, y mis vaqueros están lavados a la piedra.

Agatha pensó que, por más dinero se gastara en ropa, Roy siempre parecería uno de esos pandilleros lívidos y desnutridos de las calles de Londres.

— Oh, mierda — dijo Agatha cuando llegaban a Mircester —. Día de mercado. No habrá aparcamiento en el centro y estoy harta de andar.

—¡Pues aparca aquí mismo! — dijo Roy.

— Hay línea amarilla. No se puede.

— Tú aparca — insistió Roy, que rebuscó en su bolsillo trasero la cartera. Sacó una pegatina de «Persona con discapacidad» y la pegó en el parabrisas de Agatha.

—¿Dónde has conseguido eso?

— De un amigo — dijo Roy.

— Pero ¿y si viene un policía?

— Siempre podemos decir que tenemos una discapacidad. Vamos.

Entraron en la comisaría y preguntaron por Bill Wong.

— Tendríamos que haber telefoneado — dijo Agatha mientras esperaban —, seguramente habrá salido.

Pero a los pocos minutos, Bill apareció.

— Espero que tengas algo para mí — dijo —. Estoy muy ocupado.

Los condujo a la sala de interrogatorios.

Agatha resumió todo lo que había descubierto desde la última vez que lo había visto, y acabó con la afirmación de Mary Owen de que Jane Cutler había asesinado a Robert Struthers para apoderarse de su herencia.

— No es así — dijo Bill —. Su hijo lo recibirá todo, no hay ni una mención a Jane Cutler ni a Mary Owen en el testamento.

— Vaya — dijo Agatha decepcionada.

— Ese anciano, me refiero a Struthers — dijo Roy —, podría haber estado jugando con ambas. Los viejos a veces hacen cosas así para llamar la atención. Quiero decir, que le gustaba hacerse el reservado. No le contó a ningún otro consejero qué pensaba votar. A mí me da la impresión de que era un manipulador y disfrutaba con su pequeña parcela de poder. Supongamos que Jane Cutler creía que estaba en el testamento.

— Eso está bien visto — dijo Bill —, pero ¿por qué no hacer que se casara con ella y así asegurarse del todo? El sentido común le diría que él le dejaría todo a su hijo. Además Jane Cutler es rica, y si Mary Owen está pasando una mala racha y creía que él había cambiado su testamento a su favor, entonces podría haberlo matado y luego acusar a Jane para desviar todas las sospechas hacia ella, aunque todo esto está cogido por los pelos.

— James ha desaparecido — dijo Agatha —. ¿Sabes algo de él?

Sí sabía: Bill se había enterado por radio macuto de que James se estaba haciendo pasar por miembro de Salvemos los Zorros, pero el sargento no quería contárselo a Agatha. Creía que cuanto menos viera Agatha a James, mejor. Ojos que no ven, corazón que no siente.

— No. Seguramente habrá emprendido uno de sus viajes — mintió.

Agatha recobró la compostura como pudo.

— Dijiste que se llegó a la conclusión de que Struthers había sido asesinado en otro sitio y luego arrojado al manantial. ¿Hay alguna prueba forense?

— No gran cosa. El forense cree que alguien limpió el cadáver antes de deshacerse de él. Sólo había una cosa. Un pelo de gato blanco en uno de los dobladillos de los pantalones. Llevaba unos pantalones viejos.

Los ojos de Agatha resplandecieron.

— ¡Así que estamos buscando a alguien con un gato blanco!

— ¿Sabes que no hay un solo gato blanco en todo el pueblo de Ancombe? — dijo Bill —.

Fuimos preguntando casa por casa. Aunque, claro, alguien pudo mentirnos.

— No tiene por qué ser un gato completamente blanco — dijo Roy —. Podría ser uno de esos blancos y negros.

— Lo siento, debería haber especificado que el pelo era de un gato persa.

—¿Con toda seguridad gato y persa? — preguntó Agatha —. ¿No podría ser de un perro?

A Agatha le hubiera encantado que resultara ser del chucho de la señora Darry.

— No hay la menor duda: un gato persa.

— Aun así, al menos es un punto de partida — dijo Agatha entusiasmada.

— No quiero chafar tu entusiasmo de detective aficionada, pero ha habido muchos policías buscando ese gato, y muchos siguen todavía.

—¿Mary Owen tiene coartada?

— Sí, la noche del asesinato estaba con su hermana en Mircester. Pasó con ella toda la velada.

— Pero podrían haberlo asesinado antes, ese mismo día.

— Siempre es difícil precisar la hora de la muerte, pero lo asesinaron por la noche. La hermana de Mary Owen dijo que ella llegó a las cuatro de la tarde y no se fue hasta la mañana siguiente.

— Una hermana diría lo que fuera.

— Es verdad, pero parece una dama muy franca y sincera. Bueno, tengo que volver al trabajo. Cuando se acercaban al coche, vieron de lejos a un corpulento policía mirando el vehículo.

—¡Hazte la coja! — siseó Roy.

El policía se dio la vuelta y los observó mientras se aproximaban.

— Gracias, hijo mío — balbuceó Agatha —. Últimamente me olvido de todo. No me acuerdo de dónde he dejado el bastón.

Deseando con todas sus fuerzas que el agente no la hubiera visto antes, Agatha le sonrió débilmente y dejó que Roy la ayudara a sentarse al volante. En cuanto Roy se instaló, ella se puso en marcha con muchos chirridos y equivocándose de marchas.

— Vale, sí, estoy nerviosa — reconoció Agatha —. En cuanto paremos voy a arrancar esa pegatina del parabrisas.

—¿Y ahora adónde vamos?

— Volvamos a Ancombe y demos una vuelta. A lo mejor vemos el gato.

— No hemos comido y me muero de hambre.

— Comeremos en el pub de Ancombe.

—¿Y qué pasa con la comida que iba a preparar? Tengo que coger el tren para Londres esta noche.

— Pues quedará para la próxima vez.

James y Zak habían acordado que no se les viera pasar mucho tiempo juntos. Había un miembro de Salvemos los Zorros, Billy Guide, que bebía mucho. James decidió abordarlo; le invitaría a todas las copas que pudiera ingerir.

Una semana después de la conversación de Agatha con Mary Owen, James asistió a otra reunión. El pulso se le aceleró cuando escuchó que el siguiente objetivo del grupo sería de nuevo el manantial de Ancombe.

Sybil, con un brillo en la mirada, les comunicó que llevarían sacos de cemento para cubrir el pilón del manantial.

James, que se moría de ganas de decirles que esa acción perjudicaba más al medio ambiente del pueblo que la propia compañía de agua, guardó silencio. ¿Por qué el grupo había dejado de lado los animales para centrarse en el asunto del manantial? Alguien tenía que estar pagándoles para que realizaran esas acciones. Sybil dijo que el autocar los recogería en el lugar habitual.

Con desgana, James escuchaba sus desatinos preguntándose si en el fondo Sybil se creía una sola palabra de lo que decía.

Varios miembros del grupo hicieron discursos entusiastas. James contuvo un bostezo. Se espabiló cuando oyó preguntar a Trevor si ya se había informado a la prensa.

— No. Cuando el manantial esté cubierto de cemento, los llamaremos — dijo Sybil.

— Espera un momento — farfulló Billy Guide —, si el pilón se tapa con cemento, el agua del manantial se desbordará e inundará el jardín de esa mujer, ¿cómo se llamaba?, ¿Toynbee?

— ¡Y bien merecido que lo tiene! — exclamó Sybil —. Es culpa suya que el mercantilismo capitalista esté contaminando uno de nuestros pueblos ingleses.

Por fin acabó la reunión. James se acercó a Billy.

— ¿Una copa?

— Sí, señor, pero no tengo un céntimo.

— Corre de mi cuenta.

— Genial.

— Busquemos un pub un poco alejado — dijo James, convencido de que Billy iría a cualquier parte por una copa gratis.

— Mi mujer siempre se queja de que vuelvo a casa apestando a cerveza — dijo Billy de camino al pub.

— Pues tomemos vodka. El vodka no huele. — «Y que Dios me perdone», pensó James.

No se le había ocurrido que ninguno de éstos pudiera estar casado. Billy ya olía como una destilería, pero James necesitaba emborracharle lo bastante para soltarle la lengua. Aunque no quería que su borrachera llegara al punto de impedirle pensar o hablar.

— ¿Llevas mucho casado?

— Diez años.

— ¿Hijos?

— Cuatro.

— No tienes trabajo, ¿verdad?, ¿de qué vives?

— Mi mujer limpia por ahí y mi suegra se encarga de los niños.

Eso era lo que había dado de sí la liberación de la mujer, pensó James desolado.

Billy se enredó en un largo monólogo inconexo sobre la injusticia de la vida.

— ¿Cómo entraste en esto de Salvemos los Zorros? — le preguntó James al final.

— Lo hice para sacar algo de dinero para beber.

— ¿De verdad te preocupan los zorros?

Billy le sonrió maliciosamente.

— Pues claro. Tenemos que salvar a esos pobres bichos.

— Lo que no entiendo es por qué todos estáis tan interesados en ese manantial. ¿Quién os paga?

— Ya sabes cómo funciona. Nosotros vamos, armamos un poco de bronca y nos dan cuarenta libras. No está mal.

— Pero, a ver, ¿de dónde sale el dinero para pagarnos?

— Se supone que no debemos saberlo, Jim, pero he oído que...

Billy contempló pensativo su copa vacía.

— Pediré otra — se apresuró a decir James.

Volvió con dos vodkas. Billy nunca estaba ni demasiado borracho ni demasiado sobrio. Parecía capaz de ingerir una cantidad enorme de bebida sin derrumbarse. James también empezaba a notar los efectos del alcohol y quería sonsacarle algo mientras todavía pudiera.

— Estabas diciéndome algo sobre quién nos pagaba — dijo James.

— ¿Ah, sí? — De repente Billy pareció hostil y desconfiado —. ¿Qué pinta un pijo como tú con una pandilla como nosotros?

James había dejado de fingir el acento.

— Pues estoy aquí porque me gusta tener un poco de bronca de vez en cuando — dijo.

— Eso era lo que pensaba. — Billy levantó la copa —. A tu salud.

— Bueno, ¿y quién paga? Y no sólo eso: ¿quién corre con las multas por desorden público?

Billy se inclinó hacia delante.

— Sybil y Trevor prefieren que no sepamos nada. Les gusta jugar a los espías. Pero me he enterado de que Sybil dijo algo como «El dinero me lo da esa Owen».

«Mary Owen. Que me parta un rayo», pensó James ocultando su nerviosismo.

Para su alivio, oyó el aviso del camarero:

— Es la hora de cerrar, caballeros, vayan acabando, por favor.

Le había sacado la información en el último momento.

Se despidió de Billy delante del pub y volvió apresuradamente a la habitación que había alquilado. Esperaría unos días para no despertar sospechas y luego volvería a Carsely y llamaría a Bill Wong para informarle de que había resuelto el asesinato. Que Mary Owen estuviera tan interesada en el manantial sólo podía significar una cosa: que ella era la culpable. James quería que Agatha fuera testigo de su conversación con Bill.

Pensó en Zak un momento. Tal vez debería decírselo, pero al instante cambió de opinión. Quería toda la gloria para sí.

James volvió a Carsely a primera hora de la mañana del día antes del ataque previsto contra el manantial.

Telefoneó a Bill Wong y le pidió que fuera a verlo a las diez de la mañana. No, no podía contárselo por teléfono. Y lo justo era que Agatha se enterara a la vez.

Decidió acercarse al cottage de Agatha e invitarla en persona. Se sentía un poco como Poirot, y le habría gustado tener una biblioteca y situarse sobre la alfombrilla frente a la chimenea de mármol para contarles cómo había sucedido todo.

Pero en cuanto salió por la puerta vio un coche aparcado delante de la de Agatha.

Era aquel tipo de la Compañía de Agua Mineral de Ancombe. A James le dio la impresión de que no se trataba de una visita matinal sino que había pasado la noche allí.

Confusa por el sexo y el sueño, Agatha se despertó cuando sonó el agudo chirrido del teléfono. Descolgó el aparato.

—¡Agatha!

—¿Sí?

—Tengo algo que contaros a ti y a Bill Wong sobre el asesinato. ¿Puedes venir a mi cottage a las diez?

—Sí.

—Adiós.

—¿Quién era? —preguntó Guy desperezándose y bostezando.

—Sólo un vecino —dijo Agatha—. Tengo que vestirme.

Fue al cuarto de baño, se apoyó en el lavamanos y contempló la cara hinchada y el pelo enmarañado en el espejo. Cuando era joven, después de pasarse la noche haciendo el amor, tenía un aspecto radiante al día siguiente, pero ahora se le acentuaban las ojeras y las arrugas en las comisuras de los labios.

¿Qué quería James? ¿Y por qué, por qué, había tenido que elegir precisamente esa mañana para llamarla?

Se lavó y se vistió, se maquilló con cuidado y bajó a la cocina, donde Guy ya estaba sentado a la mesa tomando café, envuelto en una de las batas con volantes de Agatha.

Él le sonrió con calidez. Agatha parpadeó. Ojalá no se hubiera acostado con él otra vez. Pero James llevaba mucho tiempo fuera y los dos habían bebido bastante durante la cena.

Se preguntó si Guy sentía algo por ella. Charles, aquel maldito baronet, quizá la había tratado como una chica fácil, pero la había conquistado, y además se habían reído mucho juntos. A su modo, le había dado la impresión de estar sinceramente encariñado con ella. Pero Guy parecía estar interpretando un papel.

Agatha miró el reloj de la cocina. Las diez menos cinco.

— Tengo que salir — dijo precipitadamente —. ¿Podrás cerrar todo? ¿No tendrás problemas llegando tan tarde a la oficina?

Él se rió.

— Una de las ventajas de ser director es que uno puede llegar tarde cuando quiera.

Ella se inclinó y le dio un beso distante en la mejilla.

— Te llamo luego — dijo, y salió a toda prisa.

Esa noche había llovido y el aire era fresco y limpio, lo que la hizo sentirse sucia y depravada. Esperaba tener unas palabras a solas con James, pero cuando llegó frente a su puerta se encontró con Bill Wong, que había venido en coche.

Bill y Agatha miraron pasmados al James rubio y con pendientes que les abrió la puerta.

— ¿Qué te ha pasado? — preguntó Agatha.

— Forma parte de mi disfraz — dijo James —. He estado infiltrado. Venid, sentaros, os contaré quién asesinó a Robert Struthers.

— Así que has estado investigando por tu cuenta.

El rubor había incendiado el semblante de Agatha.

— Tienes un buen chupetón en el cuello — replicó James con frialdad.

— Vamos, vamos — les reprendió Bill —. Esto es importante.

Todos se sentaron: Agatha y Bill en un sofá frente a James, que se acomodó en su sillón favorito.

— Me uní a Salvemos los Zorros — dijo James.

— Así que eras tú el que vi en televisión — exclamó Agatha.

— ¿En la barbacoa? Sí, era yo — dijo James con orgullo —. Bueno, lo que he averiguado es esto: mañana por la tarde irán al manantial y lo van a taponar con cemento. Y eso no es todo. He descubierto quién les paga para que se manifiesten: Mary Owen.

— Pero, según los rumores, está pasando una mala racha económica — dijo Agatha —. No creo que pueda permitirse el gasto.

— Los rumores, como la mayoría de los cotilleos de pueblo, también pueden estar equivocados — dijo James con tono de superioridad —. Sea quien sea la persona que está

pagando a esa pandilla de matones para que haga tonterías, debe de sentirse lo bastante afectada por todo el asunto como para haber asesinado a Struthers.

Agatha se alegró de que James se hubiera teñido tan espantosamente el pelo y puesto pendientes. Así era más sencillo pensar en él como un desconocido. De golpe se sintió agotada. Sólo deseaba que Guy se hubiera marchado ya para volver a meterse bajo las sábanas y dormir.

—¿Informaste a Zak? — preguntó Bill.

—¿Quién es Zak? — preguntó Agatha.

— Un policía infiltrado que contactó con James.

Ambos miraron a James.

— No tuve tiempo de contactar con él.

— Mañana tendremos noticias tuyas sobre la acción de protesta — dijo Bill.

— Así que tú sabías dónde estaba James desde el principio — dijo Agatha mirando con rabia a Bill.

— Pero Zak no sabía nada de Mary Owen — se apresuró a decir James —. Lo descubrí yo emborrachando a uno de los miembros del grupo.

— La detendremos para interrogarla. Tiene coartada — dijo Bill —. La noche del asesinato estaba con su hermana en Mircester.

— Su hermana podría estar encubriéndola.

— No conoces a la señora Darcy, la hermana. Es una mujer honesta, decente. Pero volveremos a comprobar la coartada.

— Tendrías que haberme contado todo esto, James — dijo Agatha —. Siempre hemos investigado juntos.

— Lo habría hecho si no hubieras estado tan ocupada acostándote con un jovencito.

— Ya basta. — Bill se puso de pie —. Vamos, Agatha.

En cuanto se marcharon, James llamó a un peluquero de Evesham y pidió hora para que le devolviera el pelo a su color natural. Agatha y Bill habían conseguido que se sintiera pequeño y mezquino. Bill tenía razón. Tendría que habérselo dicho a Zak.

Cuando Agatha entró en el cottage, sonaba el teléfono. Era Roy Silver.

— Sólo llamaba para ver cómo van las cosas — dijo animadamente.

—¿Qué cosas? ¿El asesinato o el agua?

— El asesinato.

Agatha le contó lo de James.

— Eso ha sido un poco mezquino por su parte — dijo Roy.

—¿Por qué no te acercas el fin de semana y vamos a ver la manifestación? — le propuso ella

con amabilidad.

— Genial. Cogeré el tren de primera hora de la mañana.

Agatha colgó el teléfono sintiéndose mejor. Por muy espantosamente que se hubiera comportado en el pasado, Roy siempre respondía y a ella le apetecía algo de compañía. Entonces se acordó de Guy y maldijo en voz baja. Estaba tan aturdida al salir de casa de James que ni siquiera había comprobado si el coche de Guy estaba fuera todavía.

—¡Guy! — llamó por las escaleras.

No hubo respuesta. Con un leve suspiro de alivio, subió y cambió las sábanas, la funda y la colcha. Luego se desvistió, se acostó y se sumió en un sueño sin sueños. Una hora más tarde oyó sonar débilmente el teléfono de abajo. Había desconectado el de la habitación. Dejó que sonara y volvió a dormirse.

En el cottage contiguo, James, que había pensado pedirle a Agatha que lo acompañara a Evesham, colgó en cuanto saltó el servicio de contestador automático.

A la mañana siguiente, la lluvia repicaba sobre el andén de la estación de Moreton-in-Marsh mientras Agatha esperaba la llegada de Roy Silver.

Había recibido un inmenso ramo de flores de Guy justo antes de salir. Las había puesto en un cubo de agua con la intención de arreglarlas más tarde. Se preguntaba por qué le resultaba tan deprimente que un hombre atractivo le enviara flores.

El *Great Western* se deslizó suavemente por el andén. Roy se presentó con una vestimenta bastante normal para variar: gabardina Burberry, pantalones de pana, camisa y suéter de cuello en uve.

—¿Qué hay, Aggie? — Le dio un beso empapado en la mejilla —. Espero que no nos haga este tiempo el día de la fiesta. ¿Qué haríamos?

— Ya he contactado con una de esas empresas que alquilan carpas. Tienen que estar decoradas y disponer de alguna fuente de calor. No hay nada tan deprimente como un montón de gente amontonada en varias tiendas húmedas mientras llueve a cántaros. Los Freemont querían contratar una orquesta, pero los convencí de que la banda de Carsely sería más tradicional. Además, son bastante buenos. No quiero que parezca demasiado elegante. Siempre me imagino la fiesta con un día despejado, pero si hace un día como hoy, visualizo una celebración fría y espantosa y con muchos niños llorando.

— Ya veremos — dijo Roy —. ¿Cómo podemos averiguar si Mary Owen tiene dinero?

— Podríamos preguntar a Angela Buckley. Aunque, ahora que lo pienso, es una mujer muy directa, y me dijo que no me entrometiera.

—¿Y por qué? Debe de tener algo que ocultar. Vayamos a verla.

— Muy bien. Primero dejaremos tus bolsas y tomaremos un café.

Al llegar a casa, Roy subió su bolsa al cuarto de invitados y bajó a la cocina, donde le esperaba Agatha.

Miró las flores en el cubo y cogió la tarjeta de la floristería que Agatha había dejado encima de la mesa.

— Vaya, vaya — dijo Roy —. «Con cariño, de Guy.» No será ese encanto de Guy Freemont, ¿verdad?

— Tenemos que trabajar muy unidos — dijo Agatha con gelidez.

— Si tú lo dices. — Aceptó una taza de café —. Así que después de ver a esa Angela, supongo que iremos al manantial para asistir al espectáculo, ¿no? Me pregunto si Mary Owen tiene de verdad dinero. ¿Y si le preguntamos a James?

— No.

— Como quieras. ¿Hace sol?

Agatha se acercó a la ventana. Las gotas perlaban los arbustos y las flores del jardín.

— Ya puedo dejar salir a los gatos — dijo abriendo la puerta.

Hodge y *Boswell* se deslizaron por la rendija y desaparecieron entre la maleza.

— Podría hacerte una gatera — dijo Roy —. Se me da bien el bricolaje.

— Nunca he acabado de decidirme a poner una. Siempre me imagino a un escuálido ladrón metiéndose dentro por la noche.

— Como quieras.

Media hora más tarde salieron en coche hacia Ancombe y atravesaron el campo resplandeciente y recién lavado por la lluvia. Agatha bajó las ventanillas del coche. El aire estaba saturado del perfume de las flores.

Los charcos levantaban cortinas de agua a ambos lados del coche. Roy empezó a canturrear alegremente con una voz atiplada y desafinada.

— No sé qué hacer cuando tengo tiempo libre — comentó Agatha.

Roy dejó de cantar.

— ¿Cómo es posible?

— Estaba pensando que, en un día como éste, debería estar sentada en el jardín con mis gatos, leyendo o simplemente mirando el paisaje. Pero siempre tengo la impresión de que debo hacer algo. Si estoy ociosa, me siento culpable.

— En ese caso, haz deporte, no sé, tenis o algo así. Va bien para la línea. La marca que tienes en el cuello, ¿es un mordisco, Aggie?

— Más bien una picadura de insecto.

—¿No me digas? Conozco esa clase de insectos. En Londres también hay.

— Ya hemos llegado a Ancombe — dijo Agatha para cambiar de tema —. La granja de los Buckley está por ahí.

Poco después estaban ascendiendo por el camino de entrada de la granja.

— Parece próspera — dijo Roy.

— Con los granjeros nunca se sabe — dijo Agatha —. Si tuvieran unas vidas tan plenas e idílicas no habría tantos suicidios entre ellos.

— Es por todo lo que les hacen a los animales. No creo que mucha gente coma carne ya. Yo, por ejemplo, no. Y he leído que nadie quiere comer cerdo. Se come beicon, pero no chuletas.

— Yo te diré por qué. ¿Cuándo fue la última vez que comiste una chuleta con sabor? No estarás en una de esas asociaciones por los derechos de los animales, ¿no?

—¿Yo? No, querida. Lo que pasa es que no me gusta mucho la carne. Me parece poco saludable.

— Ya hemos llegado. — Agatha se detuvo delante de la puerta de la granja —. Y ahí está Angela.

Angela Buckley los estaba mirando con los brazos cruzados, camisa a cuadros, sus robustas piernas embutidas en unos pantalones de pana y botas camperas.

— No me gustaría cruzarme con ella en una noche oscura — murmuró Roy.

Se bajaron del coche. Agatha presentó a Roy.

—¿Qué quieren? — preguntó Angela con aspereza —. No seguirán entrometiéndose en asuntos que no les incumben, ¿verdad que no?

—¿Sabía que Mary Owen paga a esa gente de Salvemos los Zorros para que se manifiesten y que esta tarde van a llenar de cemento el manantial?

—¿Qué? Más vale que entren. Tengo el hervidor en el fogón.

— Esto me gusta — dijo Roy mirando la cocina de la granja —. Es genuinamente rural.

Angela le miró con desprecio.

—¿Qué pasa con Mary?

Sacó el hervidor del fogón de una cocina Aga tradicional y preparó una olla de café.

Roy observaba entusiasmado. Su forma de preparar el café consistía en echar unas cuantas cucharadas de café a la olla y verter el agua hirviendo. Roy había imaginado que dejaría que el poso de café se asentara, pero ella no paraba de remover la mezcla con un largo cucharón. Agatha lo pidió solo, y Roy, con leche. Él se quedó mirando desolado el café grumoso que flotaba en su taza.

Agatha volvió al tema de Mary.

— La vieja zorra — dijo iracunda Angela —. Espero que la policía la haya detenido.

— Se la han llevado a comisaría — dijo Agatha —. Aunque lo que no me encaja es que Fred

Shaw dijo que Mary estaba sin un céntimo y que por eso quería casarse con Robert Struthers. Porque, si no tiene dinero, ¿cómo pudo pagar a esa gente, el transporte, por no mencionar los sacos de cemento y las multas que les impongan en los tribunales?

— Creo que Fred Shaw se lo inventó todo. Siempre está malmetiendo, porque Mary vive en la mansión y no parece invertir mucho dinero en ella. Ella misma se encarga de toda la limpieza, cosas así. ¿Dijo él que ella quería casarse con el viejo Robert?

—Sí, y que Jane Cutler también le iba detrás.

La expresión de Angela se ensombreció.

— Eso sí podría creérmelo. Esa vieja bruja mercenaria...

—¿No cree que Mary podría haber asesinado a Struthers? Debe de haberle afectado mucho lo del manantial si ha llegado a pagar a los de Salvemos los Zorros.

Agatha se sacó un pañuelo de papel y se limpió con unos toquitos el bigote de posos de café.

— Lo que le afecta mucho es haber perdido la herencia. Me fijé en que cada dos por tres invitaba a comer fuera a Robert, pero pensé que era porque no le gustaba no salirse siempre con la suya y la actitud de Robert la sacaba de quicio. Le exasperaba que no le hubiera contado qué decisión había tomado.

—¿Por qué me ha pedido que no me entrometiera?

— Porque cuando se empieza a hurgar en las vidas de los demás, mucha gente acaba dolida, y no hace ninguna falta — dijo Angela con paciencia; luego le clavó una mirada hostil a Roy —. ¿Y quién coño es usted?

— Un amigo de Aggie; he venido a pasar el fin de semana. Aggie y yo nos conocemos desde hace mucho.

— Usted era muy joven hace mucho. No tiene por qué intentar que me parezca respetable su relación.

— Oh, por lo que más quiera — gruñó Agatha —. ¿Es que no puedo mantener una conversación con nadie en este pueblucho sin que me insulten?

— Si usted se mete en las vidas privadas de los demás buscando lo peor, es obvio que los demás pensarán lo peor de usted. Bueno, estoy ocupada. ¿Por qué no se largan?

—¡Buf! — dijo Roy cuando se alejaban en el coche —. ¿Qué se respira en estos parajes para que todos sean retorcidos y estén tan amargados? ¿Tienes ganas de ver a alguien más?

Agatha miró el reloj del salpicadero.

— No, comamos algo, y luego iremos al manantial a divertirnos un rato.

Mientras estaban sentados comiendo, Roy preguntó si se había descubierto algo sobre el gato de pelo blanco.

— No, que yo sepa — dijo Agatha —. Y eso que miramos y miramos por todas partes.

Oyeron las sirenas de policía a lo lejos.

— Han llegado los refuerzos — dijo Roy —. Anímate, Aggie. Todo esto hará que Ancombe salga en las noticias.

Dejaron el coche delante del pub y fueron andando hasta el manantial. Alertados por las sirenas, otros vecinos también se dirigían hacia allí.

Agatha vio a Bill Wong hablando con algunos policías y se dirigió hacia él. Bill hizo un aparte con ella.

— Mary Owen tiene una coartada incontestable.

— Pero su hermana podría estar encubriéndola, ¿no?

— La vieron los vecinos. No corrieron las cortinas por la noche y pudieron ver a las dos hermanas cenando y charlando.

— Hay que fastidiarse. De vuelta al punto de partida. ¿Has detenido a Mary Owen?

— No, no hay nada ilegal en donar dinero a estos grupos. A no ser que uno de ellos confiese que fue la misma Mary Owen quien les dijo que realizasen las acciones, no tenemos nada contra ella. Y ella dice que eso de que está arruinada no es más que un bulo y que podemos comprobarlo hablando con su banco.

—¿Y qué pasa con ese tipo que le contó a James que ella les pagaba?

—¿Billy Guide? Con un poco de suerte vendrá con los demás. Aquí está James.

James y Agatha intercambiaron leves y gélidos saludos con la cabeza.

— Ahí llegan los manifestantes — dijo Roy.

El autocar que los traía se detuvo en la carretera, a cierta distancia. Agatha vio que varios de ellos miraban enfurecidos al descubrir la inesperada y abundante presencia policial. Discutieron unos minutos, luego se abrió la puerta del autocar. Aparecieron cuatro hombres cargando un saco de cemento.

Seguidos por los demás, se encaminaron hacia el manantial.

— Billy Guide no está entre ellos, ¿y dónde anda Zak? — le dijo James, con el pelo ya de su color natural y sin los pendientes, a Bill Wong.

— Lo han retirado de la misión. Después de ver a tanta policía aquí, empezarán a buscar un confidente. Probablemente pensarán que eras tú, pero también podrían descubrir a Zak. De todos modos, él ya estaba harto de este servicio. A Billy Guide lo llevaron al hospital al día siguiente de tu invitación, aquejado de una pancreatitis.

Un policía se colocó ante los cuatro hombres que cargaban el saco de cemento.

—¿Adónde van con eso?

—¡Seguid adelante! — gritó Sybil por detrás de ellos —. No dejéis que esos cerdos os detengan.

Para sorpresa de los manifestantes, el policía se apartó. Avanzaron hacia el manantial y uno rajó un extremo del saco de cemento.

Agatha se dio cuenta de que ése era el momento que estaba esperando la policía: tenían que detenerlos en el acto de intentar taponar el manantial. Los hombres fueron arrestados; el saco, arrojado a un lado. Los otros manifestantes, una veintena, empezaron a atacar a los policías a patadas, puñetazos y empujones.

A Sybil se la llevaron a rastras dos policías que pasaron por delante de James. Ella lo miró y, al reconocerlo, le escupió en plena cara.

— Cómo entiendo a esa mujer — dijo Agatha.

Agatha volvió a Londres con Roy después de ese fin de semana. Los periodistas, criaturas siempre veleidosas, eran muy capaces de olvidarse de la fiesta, y había que recordárselo y acosarlos una y otra vez para que acudieran. También necesitaba una excusa para alejarse de Carsely, de James y de Guy.

Agatha tenía la sensación de que a los periodistas no les ilusionaba la perspectiva de desplazarse a la campiña para asistir a una fiesta rural y celebrar el lanzamiento de una nueva marca de agua mineral. Así que les contó lo del intento de taponar el manantial, del que los canales de televisión y los periódicos nacionales se habían enterado demasiado tarde para poder filmarlo o fotografiarlo. Agatha insinuó la lúgubre posibilidad de que hubiera otro altercado el día de la fiesta, pintándoles un escenario alarmante, con niños pequeños arrojados por los aires y mujeres del pueblo chillando aterrorizadas. El interés por la celebración se reavivó de tal modo que Agatha llegó a pensar que hasta sería buena idea que ella misma pagara a algunos manifestantes para que hicieran acto de presencia.

A finales de esa semana, convencida de que había hecho un buen trabajo, recibió una mala noticia cuando estaba a punto de marcharse. Jane Harris, la estrella de cine que iba a inaugurar la fiesta, no asistiría. Llamó su agente para decirle que la señora Harris había leído las noticias sobre el asesinato en Ancombe y las manifestaciones y que simpatizaba con los que protestaban, pues consideraba que había que proteger la vida rural inglesa.

— Pero si esa estúpida zorra vive entre Chelsea y Los Ángeles — protestó Agatha.

El agente le colgó el teléfono.

«Estoy perdiendo el tacto», pensó Agatha desconsolada. ¿A quién puedo conseguir ahora? Más vale que sea alguien importante o los Freemont me rescindirán el contrato.

Sonó el teléfono. Era la señora Bloxby, la esposa del vicario.

— ¿Cómo ha conseguido mi número? — preguntó Agatha.

— Me lo dio usted, ¿no se acuerda? ¿Cómo van las cosas?

— No muy bien. Tengo que quedarme más tiempo. Jane Harris ha anulado su visita. Todavía no se lo he comunicado a la compañía de agua. Tengo que encontrar a algún sustituto.

Siguió un largo silencio.

— ¿Está ahí? — preguntó Agatha.

Estoy pensando.

Agatha suspiró. Le caía muy bien la esposa del vicario, pero ¿cómo iba a ayudarla ella?

— Ya lo tengo — dijo la señora Bloxby.

— ¿Qué?

— Las Pretty Girls.

— Y quiénes son esas. No las conocen ni en su pueblo.

La señora Bloxby se rió.

— Nunca habría imaginado que estaba más al día que usted. Son un grupo de pop. Número uno en la lista de éxitos. Lo último en cantantes pop. Son muy guapas y visten ropa pasada de moda. Hacen un montón de obras de caridad. ¿Quién saca beneficio de la fiesta?

— La compañía de agua, supongo.

— Si les dice a las Pretty Girls que el dinero sería para colaborar en la lucha contra el sida, creo que si están libres aceptarían. Atraerían a una multitud. También apoyan el movimiento de liberación animal, así que su presencia en la fiesta le dará respetabilidad entre los ecologistas.

— Es usted un genio — dijo Agatha —. Me pondré manos a la obra ahora mismo.

Unas cuantas complicadas llamadas más tarde, Agatha había confirmado la presencia de las Pretty Girls. Luego llamó a la sede de la compañía de agua y habló con Peter Freemont.

— No creo que Jane Harris sea la estrella apropiada — dijo mintiendo; que Jane Harris hubiera anulado su asistencia ensombrecía la buena reputación de Agatha —. Así que he conseguido a las Pretty Girls.

— Es usted un genio, Agatha. ¿Cómo las ha convencido para que vinieran?

— Recaudaremos el dinero de la fiesta para la lucha contra el sida.

— ¿Después de habernos deducido los costes?

— Por supuesto.

— No sé cómo lo ha hecho. Están en el número uno de las listas de éxitos.

— Lo sé.

Le incomodaba no poder atribuirle la idea a la señora Bloxby, pero así funcionaban las cosas en este mundillo, y no quería admitir que no tenía ni idea de quién eran las Pretty Girls. Ese tipo de grupos de música pop había dejado de interesarle al jubilarse y dejar de representarlos.

Más tarde descubrió que el ascenso del grupo había sido meteórico — era famoso desde hacía sólo un mes — y le tranquilizó ver que no estaba tan desfasada. Decidió alargar su estancia en Londres para informar a los periodistas de la sección de espectáculos.

Agatha también había conseguido la asistencia de lord Pendlebury, un aristócrata local, que entregaría los premios del concurso de talentos infantiles.

Cuando regresó a Carsely, sentía que estaba a un paso de tener el mayor éxito de toda su carrera en las relaciones públicas.

En julio hizo un tiempo fabuloso y predominaron los días soleados. Agatha estuvo muy ocupada. Había decidido poner fin a la aventura con Guy, pero cada vez que se cruzaba con James y recibía una de sus gélidas miradas volvía catapultada a los brazos siempre abiertos del joven empresario, a pesar de que no soportaba la diferencia de edad.

Agatha acabó pagando varias sesiones en un centro de estética y nunca le había preocupado tanto su apariencia. Se fijaba compulsivamente en las mujeres de su edad y evitaba a toda costa vestirse con su mismo tipo de ropa, como los ya citados trajes pantalón de terciopelo. De hecho, concluyó, a no ser que fueras esbelta y de aspecto juvenil, el terciopelo debería estar prohibido a esas edades. Y también las camisetas de rayas: te impregnaban de un falso halo de frivolidad.

No obstante, esa obsesión por los estragos de la edad y los preparativos para la fiesta la mantuvieron tan ocupada que James quedó en un segundo plano, sepultado en algún rincón de su corazón. Era un dolorcillo molesto, pero nada más.

Esos días espléndidos se prolongaron hasta principios de agosto. El asesinato y la búsqueda del misterioso gato persa cayeron en el olvido. Y tampoco se convocaron más manifestaciones en el manantial.

Finalmente, llegó la víspera de la fiesta. Agatha y Roy volvían a casa después de haber comprobado las carpas y revisar todos los preparativos en el lugar escogido para la celebración. La previsión meteorológica para el día siguiente era ambigua: se esperaban lluvias, pero a última hora de la tarde, cuando la fiesta ya habría acabado.

Agatha y Roy se sentaron en el jardín del cottage con sendas bebidas frías en vaso de tubo.

—¿Te ha llamado alguien? — preguntó Roy despreocupadamente.

— Aún no he escuchado el buzón de llamadas — dijo Agatha.

—¿Así que James y tú habéis roto de verdad?

— Hace mucho que ya no hay nada entre nosotros. No quiero hablar del tema. Voy a ver si tengo mensajes.

Agatha marcó su código. Cuántas veces había marcado esos números con la esperanza de que hubiera un mensaje de James...

«Tiene tres mensajes. ¿Quiere escucharlos?», dijo aquella voz remilgada.

—¡Sí! Claro que quiero, zorra estúpida — dijo Agatha.

No tenía sentido gritar, y además el ordenador no reconocía los insultos.

El primer mensaje era de Roberta Toynbee. Parecía tensa: «Por favor, llámeme, señora Raisin. Es muy importante.»

El segundo mensaje era de Portia, la elegante secretaria de los Freemont. No le caía bien

Agatha y su voz sonó distante y fría: «Por favor, reúnanse con el señor Peter en la carpa de dirección a las nueve de la mañana.»

El tercer mensaje era de la agente de las Pretty Girls: «¡Qué desastre! Por supuesto, ellas no acudirán. ¿Quién se lo habría imaginado? ¿Cómo han podido destruir su carrera de esta forma?»

Agatha buscó el número de la oficina de la agente, pero comunicaba. Llamó a Roy.

— Tengo un mensaje de Carol, la agente de las Pretty Girls, que no tiene ni pies ni cabeza, y su teléfono no para de comunicar. Dice que no vendrán y que han destruido su carrera.

— Enciende la televisión. Es casi la hora de las noticias.

Los dos se sentaron con la espalda erguida y mirando fijamente la pantalla.

Era la primera noticia. La policía había entrado en una casa de Fulham donde las Pretty Girls daban una fiesta y habían descubierto grandes cantidades de éxtasis, heroína, anfetaminas y marihuana. Pretty Girl Sue, la líder del grupo, había aparecido inconsciente dentro de un armario a causa de una sobredosis. Luego seguía una breve historia del grupo, que ofrecía una imagen «blanqueada» y familiar.

— ¿Qué vamos a hacer? — dijo Agatha, con la cara lívida —. Ya es tarde para conseguir a nadie más.

— Sólo nos queda lord Pendlebury — dijo Roy.

— Pero ¿te das cuenta de lo que significa esto? — se lamentó Agatha —. La prensa no se presentará, al menos no la nacional, sólo vendrá la local. Me niego a que me deje tirada la prensa en el último momento por culpa de esas Pretty Girls. Más vale que me ponga en marcha, ¿qué digo?

— Sabe Dios. Insinúales que puede haber otro asesinato, que se ha convocado otra manifestación.

Agatha telefoneó a todos los periódicos y canales de televisión. «Espero que esos animalistas no nos arruinen la fiesta. Han amenazado con organizar una gran manifestación. Vendrán centenares. Ya ha habido un asesinato en Ancombe; rezo para que sea el último», les decía. Cuando se cansó, la sustituyó Roy.

Agatha llamó a Guy.

— Sí, lo he visto en las noticias. Esperemos que no vaya mal del todo. No es culpa tuya, Agatha — dijo él.

Por si todo esto fuera poco, a la mañana siguiente se despertaron con una lluvia persistente y el cielo densamente encapotado.

Roy intentó consolarla.

— Fuiste precavida e hiciste los preparativos necesarios por si llovía, Aggie, ¿te acuerdas? Todos los actos pueden realizarse bajo las carpas.

— Pero íbamos a desfilar con la banda del pueblo hasta el manantial — se lamentó Agatha —,

y yo me lo he imaginado todo con un día soleado. Ahora lo único que tendremos será una procesión de gente con paraguas.

— Sólo nos queda hacerlo lo mejor que sepamos — suspiró Roy.

Agatha creía que los hermanos Freemont le echarían la culpa por el mal tiempo, pero los dos parecían tranquilos y de buen humor.

— El ambiente está bastante animado y ha empezado a llegar un montón de gente — dijo Guy.

— ¿Y los periodistas?

— Ya están cargándose de alcohol en la carpa de prensa.

— Más vale que vaya con ellos. Ven, Roy.

Al entrar en la carpa, el ojo experto de Agatha repasó a los periodistas reunidos y se le cayó el alma a los pies. Estaban el *Birmingham Mercury* — un buen periódico —, el *Cotswold Journal*, el *Gloucester Echo*, la Midlands Television y alguna más. Todos eran medios de comunicación locales. ¿Dónde estaban los nacionales?

Se paseó charlando animadamente entre los periodistas. Lord Pendlebury abriría la fiesta a las once en la carpa principal, luego todos tendrían ocasión de comprar en los puestos de artesanía y comida. A las doce la banda del pueblo encabezaría una marcha hasta el manantial.

Cuando Agatha llegó a la carpa principal para escuchar el discurso de lord Pendlebury, vio que sería un fracaso espantoso. La lluvia lo empapaba todo, pese a las flores y los radiadores colocados en las carpas. El suelo era un mar de fango, hacía frío y además se había levantado un viento insoportable que agitaba la lona del techo.

Lord Pendlebury dio un largo y aburrido discurso sobre su servicio militar durante la Segunda Guerra Mundial. No mencionó la compañía de agua. Llegó un momento en que Agatha tuvo la impresión de que el hombre se había olvidado por completo de dónde estaba. Un bebé rompió a llorar. Otro niño pateó a su hermana en la espinilla y la niña empezó a chillar, lo que provocó una estridente reacción en cadena entre el resto de los críos presentes en la carpa.

Los adolescentes que habían venido desde Birmingham con la intención de ver a las Pretty Girls no soltaban sus latas de cerveza y parecían malhumorados.

Cuando llegó la hora de desfilar hasta el manantial, Agatha sólo quería salir corriendo y esconderse. El plan era que los hermanos Freemont, lord Pendlebury y ella encabezaran la procesión, en sustitución de las Pretty Girls. Agatha había fantaseado tantas veces con ese momento: la multitud, las risas, la banda de música, el sol brillando con fuerza.

Vio a James hablando con una mujer muy atractiva en la carpa donde se servían refrigerios. Se reía de algo que ella le contaba. La desdicha de Agatha era completa.

Guy apareció a su lado.

—¿Dónde estabas durante el discurso de lord Pendlebury? — le preguntó ella.

— Por ahí, pensando en emborracharme, pero sin hacerlo. Vamos a unirnos al desfile.

—¿Cómo va a tocar la banda con esta lluvia?

— El director de la banda me ha asegurado que están acostumbrados. Avisa a la prensa de que salimos — dijo Guy.

Los periodistas habían compensado la falta de una celebración digna de ser noticia charlando entre ellos y bebiendo mucho. Parecían reacios a salir, pero recogieron sus equipos obedientemente y siguieron a Agatha bajo la lluvia.

Al acercarse al manantial, a la banda le dio por interpretar *Bridge Over Troubled Water*, de Simon & Garfunkel. A Agatha le sonó como una canción de funeral: ¡parecía una procesión fúnebre! Le entraron ganas de llorar.

— Ay, Dios mío — dijo Guy agarrando el brazo de Agatha.

—¿Qué?

—¡Mira ahí!

La música titubeó hasta enmudecer; salvo por el percusionista que no alcanzaba a ver lo que había paralizado a los demás.

Robina Toynbee estaba colgaba boca abajo del muro de su jardín. La sangre de una herida abierta en su cabeza goteaba en el manantial. Bum, bum, bum, repicaba aún el tambor. Luego se calló.

Una mujer chilló, emitió un sonido agudo, fuerte y prolongado.

Siguió el caos.

Los periodistas se espabilaron y se abrieron paso a empujones para hacer fotografías.

Guy sacó apresuradamente su teléfono móvil y se lo lanzó a Agatha.

— Busca un rincón tranquilo y avisa a los medios nacionales, ¡deprisa!

— Pero la policía...

— Yo la avisaré. ¡Vamos! — Le dio un pequeño empujón.

Agatha se abrió paso rodeando a los congregados y luego corrió a la carpa de prensa vacía. Se sentó, se sirvió un brandi sin hielo y empezó a telefonear mientras en su interior crecía una tremenda sensación de asco por su trabajo.

Llegó Roy. Ella le dio una lista de los medios a los que ya había llamado.

— Ahora mismo me pongo en contacto con los demás — dijo Roy —. Dios, me ha revuelto el estómago. Pobre mujer.

— Me llamó anoche, pero al enterarme de la noticia de las Pretty Girls me olvidé de ella — dijo Agatha.

— Qué le vamos a hacer, centrémonos en esto. Peter Freemont quiere que le prepares un comunicado para leerlo a la prensa.

Agatha abrió su maletín y sacó su portátil. Tecleaba sin pensar, las palabras le salían de forma mecánica: «El Agua de Ancombe, agua de vida, es la mejor agua mineral del mercado y por eso el proyecto será un éxito. Estos terribles asesinatos no impedirán que la compañía siga adelante ni conseguirán que la gente desconfíe de su calidad. Nos han llegado rumores de que cierta empresa rival sin escrúpulos está dispuesta a hacer cualquier cosa para sabotear el lanzamiento...», etcétera, etcétera.

Oía vagamente la voz de Roy.

Los envases de Agua de Ancombe destacaban entre las botellas de alcohol que tenía delante: transparentes, con la calavera negra de la etiqueta... Una hilera de calaveras apretadas le sonreían malévolamente.

— Tengo que ir a casa para imprimir esto — dijo.

— Yo la he traído — dijo Roy, que acababa de colgar —. Quiero decir que he traído mi impresora. La llevo en mi bolsa, está en ese rincón. La iré a buscar.

—¿Cuándo crees que llegarán los medios nacionales?

— Los corresponsales estarán aquí en cualquier momento y el grupo potente debería llegar, teniendo en cuenta el tráfico, dentro de una hora y media aproximadamente. Menuda tarde nos espera. Espera un momento, Aggie, tomemos una copa, sentémonos un minuto tranquilos. No sé tú, pero ahora mismo detesto este maldito trabajo. Estoy pensando en meterme en los Cascos Azules.

—¿Sabes qué te digo?, que eres un tipo bastante decente, Roy. Yo estaba pensando casi lo mismo.

—¿En casarte conmigo?

Agatha se rió.

— Déjate de tonterías. Además ya me he tomado un brandi. Más vale que siga trabajando. Va a ser un día muy largo.

Roy sirvió dos brandis.

— Escucha la lluvia. Cada vez más fuerte. Dios mío, les dijimos a los periodistas que sucederían cosas terribles. La policía va a creer que nosotros, o los Freemont, nos hemos cargado a esa pobre mujer para conseguir publicidad — dijo él.

— Es todo un poco descabellado. Pero te aseguro algo: he acabado con Guy Freemont. Sí, ya sé que tiene que salvar un negocio, pero al menos podría haber avisado a la policía y a una ambulancia en lugar de pasarme su móvil y obligarme a llamar a la prensa.

—¿Estás enamorada de él?

— Un poco. Tal vez... Pero no, no. Me he sentido halagada porque es joven y guapo, y además

James me ha dejado de mala manera y encima se ha ido a investigar por su cuenta. Pero nada de eso importa ahora. No me caía bien Robina, pero ¿quién le haría algo así? ¿Y por qué? Nos dijo que había recibido esas cartas de amenaza que no quería enseñar a la policía.

— Hablando de la policía, más vale que imprimas tu texto para la posteridad. No tardarán en presentarse. ¿Has visto a alguno de nuestros sospechosos por aquí? Me refiero a que puede haber pasado justo antes de que empezara el desfile.

— No. La verdad, tampoco los estaba buscando. Simplemente me he alegrado de que ninguno se presentara para insultarme.

Roy conectó su impresora al portátil de Agatha.

Cuando el comunicado empezaba a salir, llegaron un montón de periodistas. La carpa de prensa se llenó de voces hablando por teléfono y del tintineo de vasos y botellas al colocar los portátiles en las mesas.

«¿¡Agua de vida?! ¡“Agua de Muerte” sería el titular!», oyó Agatha que gritaba un periodista por el móvil.

Portia apareció junto a Agatha. Le quedaba tan bien el traje de *tweed* que parecía que se lo hubieran pintado encima, pensó Agatha con amargura. Que pudiera llevarlo tan ceñido y tan liso sin duda era un milagro de la confección.

— ¿Tiene la declaración del señor Peter? — preguntó.

Agatha recogió las páginas de la impresora y se las pasó.

— Me atrevo a sugerir que las lea Guy.

— ¿Por qué?

— Es más guapo. Da bien en televisión.

— ¿No le parece que su encaprichamiento resulta un poco penoso a su edad? — le susurró Portia.

— Piérdete — le soltó Agatha con rabia.

— Diga lo que quiera. ¿Hemos llamado a todos?

— Sí, y con esta pandilla avisando a sus redacciones, y sus redacciones avisando a Londres, diría que ya lo sabe todo el mundo. Debe de estar a punto de salir en las noticias de la radio.

El resto del día pasó volando para Agatha, que se vio sumida en una vorágine de actividad. Peter Freemont leyó la declaración. Había cámaras disparando fotos y flashes por todas partes. Los reporteros de televisión hicieron su trabajo: desfilaron por la pantalla todos los que creyeron que podían declarar algo, precedidos por el cliché de la imagen del entrevistado andando. ¿Por qué antes de encararse a las cámaras el sujeto en cuestión tenía siempre que salir andando?, se preguntó Agatha.

Sobre las cabezas colgaban micrófonos de jirafa, oblongos y cubiertos de pelo. La lluvia seguía cayendo implacable. Los niños no habían podido realizar sus actuaciones en el concurso

de talentos: los más pequeños chillaban y alborotaban por doquier y los mayores, aburridos y de mal humor, arrancaban trozos de hierba con sus Doc Martens.

Agatha, horrorizada, vio que lord Pendlebury se lanzaba a hacer otra declaración a la prensa.

— Todo es culpa de los forasteros — decía —. Son gente sumamente desagradable. Nunca tuvimos estos problemas cuando se quedaban en sus ciudades.

Agatha se escurrió delante de él y dijo en voz bien alta:

— Estamos en deuda con lord Pendlebury por haber apoyado el lanzamiento del Agua de Ancombe. Los dos coincidimos en que siempre será bienvenido todo lo que atraiga negocios y cree empleo en las zonas rurales. Porque, por supuesto, la Compañía de Agua Mineral de Ancombe prioriza la contratación de vecinos del pueblo...

Y así siguió Agatha un buen rato, hasta que el distinguido caballero se alejó arrastrando los pies y los chicos de la prensa empezaron a bostezar.

Finalmente, Roy y ella tuvieron que sentarse en una furgoneta de la policía y declarar ante Bill Wong.

— A ver, vosotros dos — dijo el comisario con tono severo —, ¿por qué insinuasteis a la prensa que iba a suceder algo terrible? ¿Sabéis que se está rumoreando que Robina Toynbee fue asesinada como parte de una estrategia publicitaria?

— Eso es absurdo — dijo Agatha.

— Entonces ¿por qué dejaste caer la posibilidad de que algo así podía suceder?

Agatha parecía hundida.

— Creí que la prensa estaba perdiendo el interés. No insinué nada sobre un asesinato. Simplemente dejé caer que podría haber otra manifestación. Era algo que bien podría haber sucedido. Es mi trabajo, Bill. Tenía que atraerlos.

— Pues ya los tienes a todos — dijo él con tono sombrío.

— Ahora que lo pienso, ¿por qué no había venido a la fiesta Robina? — preguntó Roy.

— Por lo visto, parte del acuerdo era que Robina Toynbee estuviera en el muro de su jardín junto al manantial cuando llegara el desfile. Eso le dijo a su vecina.

—¿Y con quién llegó a ese acuerdo? — preguntó Agatha —. Porque yo no sabía nada. ¿Habló con los Freemont?

— No, por suerte para ellos, porque entonces yo también habría empezado a pensar que el asesinato formaba parte de algún macabro ardid publicitario. Según su vecina, la señora Brown, se le ocurrió a la propia Robina todo el montaje. Estaba molesta porque no se le había pedido que hiciera un discurso, a pesar de que el agua era suya. Así que tuvo la idea de esperar en el muro del jardín y soltar su discurso cuando llegara el desfile. Tiradas en la hierba, junto al cadáver, se han encontrado las notas para el discurso.

—¡Ay, Dios! — Agatha miró fijamente a Bill, con los ojos desorbitados —. Robina me dejó

un mensaje anoche. Quería que la telefonara, pero luego me enteré de la cancelación del concierto y me olvidé de ella. A lo mejor quería explicarme lo del discurso.

— Es posible — dijo Bill —. ¿Guardaste el mensaje?

— Sí, seguirá en el buzón de voz.

— Me acercaré a tu casa más tarde y lo escucharé.

— Parece que volvemos a los miembros del consejo parroquial que no querían que la compañía de agua se saliera con la suya — dijo Agatha —. Los que se oponían eran Bill Allen, Andy Stiggs y Mary Owen. ¿Dónde estaban?

— Mary Owen estaba en casa; dice que no quería saber nada de todo esto. Bill Allen afirma que se encontraba en su vivero, pero les había dado una hora libre a sus empleados, dos chicos jóvenes, para que fueran a la fiesta, así que no hay testigos. Andy Stiggs dice que estaba trabajando en su jardín.

—¿Con el tiempo que hace?

— Ha declarado que casi se le había soltado una rosa trepadora por culpa de la lluvia y que la estaba atando. Cualquiera podría haberse escondido entre la maleza que cubría el jardín de Robina Toynbee y darle un golpe por detrás cuando ella ha llegado al muro. Casi todo el pueblo estaba en la fiesta.

— Sí, de camino al manantial, aparte de los de la fiesta, no había nadie a la vista — dijo Agatha.

— Os voy a tomar declaración a los dos — dijo Bill —. Quiero que expliquéis detallada y claramente por qué insinuasteis a la prensa que podría haber problemas y qué estabais haciendo los dos en el momento del asesinato.

La declaración les llevó un buen rato.

— Necesito una copa — dijo Agatha cuando acabaron —. Vamos a ver a los Freemont. Quiero salir de aquí cuanto antes.

Encontraron a Guy, Peter y Portia en la carpa de prensa. Portia se reía de algo que contaba Guy y de vez en cuando le tocaba el brazo. Agatha frunció el ceño, pero entonces se recordó a sí misma que no quería saber nada más de Guy, al menos desde un punto de vista romántico. Tenía ganas de ser una mujer conforme con su edad, comportarse como tal y dejar de preocuparse por las arrugas y la carne flácida.

—¡Agatha! — exclamó Guy escabulléndose de Portia. La abrazó y le dio un beso —. Ha sido espantoso, pero lo has manejado espléndidamente.

— No sé — dijo ella zafándose con torpeza del abrazo —. Oí que uno de los periodistas sugería el título de Agua de Muerte.

— No te preocupes, ya sabes cómo funciona todo esto. Dentro de unos meses, la gente sólo se acordará del nombre verdadero. Mañana apareceremos en los titulares de todo el mundo.

Tenemos un gran director de *marketing*. Hemos enviado más cajas a todos los restaurantes de los alrededores y a los principales establecimientos de Londres. Es una botella bien pensada. Habría salido más barata si la hubiéramos escogido de plástico, pero nos dimos cuenta de que gran parte del éxito de Perrier, por ejemplo, se debe a su botella de cristal con tapón de rosca. Así no pierde gas, cosa que sí ocurre con las botellas de plástico.

—¿Ya os ha tomado declaración la policía?

— Sí, todo eso ya está. No te preocupes, Agatha. Todo ha salido muy bien.

— Bueno, el acuerdo era que mi trabajo terminaba el día de la fiesta — dijo Agatha —. No os veré mucho a partir de ahora.

—¿Llegamos a ese acuerdo?

— Sí — dijo Roy adelantándose —. Tengo la semana libre, Aggie. Si puedes aguantarme unos días más, me gustaría quedarme.

— Muy bien — dijo Agatha.

— Espere, tal vez podría pasarse por la oficina el lunes — se apresuró a decir Peter —. No tenemos sustituto. Necesitamos un experto para que esto despegue, pero ahora, con el asesinato y todo lo demás, podríamos aprovechar sus servicios.

— Deme una semana para pensármelo — dijo Agatha rápidamente.

Roy y ella salieron de la carpa de prensa y se encontraron con un sol resplandeciente.

— Típico — dijo Agatha, y se echó a llorar.

Bill Wong llegó al cottage de Agatha con el inspector jefe Wilkes y una agente. Escucharon atentamente el mensaje del servicio de contestador automático de Agatha.

— Suena alterada — dijo Wilkes.

— Roberta podría haber recibido más cartas anónimas — dijo Agatha —. Le habían empezado a llegar hacía tiempo y le dije que se las enseñara a la policía, pero no quiso. Ya te hablé de ellas, ¿verdad, Bill?

— Más vale que vuelvas a contarnos todo lo que descubriste para que lo escuche el inspector.

De modo que Agatha empezó por el principio, pero todo parecía un embrollo bastante tremendo, y la idea de que uno de los respetables miembros del consejo parroquial de Ancombe fuera un asesino resultaba difícil de creer.

Llamaron al timbre.

Roy fue a abrir y volvió seguido de James.

Agatha lo miró con frialdad. En el fondo de su corazón le echaba la culpa de su aventura con Guy.

— Bien — dijo Bill levantando la vista de su bloc de notas —. Íbamos a hacerte una visita, pero así ahorramos tiempo. ¿Crees que alguno de esos de Salvemos los Zorros está lo bastante loco para cometer un asesinato?

— Es posible — dijo James dejándose caer en un sillón —. Eso explicaría el segundo asesinato, pero no el primero. Nadie sabía en qué sentido votaría el viejo Struthers.

— Es una pena lo de Mary Owen — dijo Agatha —. Ella era mi principal sospechosa. Es lo bastante fuerte y lo bastante ruin.

— Tiene una buena coartada: se ha demostrado que estaba donde dijo que estaba, en casa de su hermana.

—¿Habéis pensado en la compañía de agua? — preguntó James —. Con el suceso de hoy tendrán publicidad gratis en todo el mundo. Habrían tenido muy poca si no hubiera sido por el asesinato. Ni siquiera se celebraba el concierto. No tenían nada con que llamar la atención.

— Menuda tontería — dijo Agatha acalorada.

— Bueno, es tu opinión. — La voz de James sonó fría —. Pero si dejamos de lado por un momento la implicación emocional y lo analizamos con objetividad, esta publicidad vale millones para los hermanos Freemont.

— Si tú dejas de lado los celos y lo piensas mejor, te darás cuenta de que no les ha hecho ningún favor. ¡Son dos muertos chorreando sangre en el manantial! — dijo Roy.

—¿Y por qué iba a tener celos?

—¿Por la aventurilla de Aggie y Guy Freemont?

— Tonterías.

— No hay nada en absoluto entre Guy Freemont y yo — zanjó Agatha.

— Ya, y su coche se ha pasado varias noches aparcado delante de tu cottage por pura casualidad — soltó James con rabia —. ¿Qué hacíais por las noches? ¿Beber agua?

—¡Sal de mi casa! — gritó Agatha con los ojos llenos de lágrimas.

— Tranquilícense todos — dijo Wilkes —. Quiero que ustedes tres se presenten en comisaría mañana por la mañana. Lo repasaremos todo de nuevo.

James se marchó con la policía.

—¿Y ahora qué? ¿Pensamos en cenar algo? — preguntó Roy.

— Antes demos una vuelta en coche — dijo Agatha —. Ya sé, iremos a Mircester. Hay un restaurante chino nuevo.

— Mira el tiempo que hace — dijo Roy con amargura mientras un crepúsculo incandescente se cernía sobre los montes Cotswolds y las primeras estrellas titilaban débilmente en un cielo perfecto.

— Esta historia ha estado maldita desde el principio — dijo Agatha desolada —. Después de cenar, podríamos dar un paseo hasta quedar exhaustos.

— Yo ya estoy cansado — replicó Roy, y bostezó.

— Quiero estar agotada cuando me acueste o no me sacaré a Roberta de la cabeza.

Aparcaron en la plaza de Mircester y caminaron hasta el restaurante chino. Agatha agarró el brazo de Roy antes de que éste pudiera entrar.

— Mira quién está sentado junto a la ventana — le dijo en voz baja.

Roy miró y vio a un hombre de mediana edad de origen chino con un bigote mustio compartiendo mesa con una típica ama de casa de Gloucestershire.

—¿Y?

— Son los padres de Bill Wong.

— El padre es chino, de eso no hay duda. Buena señal.

— No, no lo es. Les gusta la comida muy mala.

— Vaya, entonces, ¿adónde vamos? No tengo mucha hambre.

— Yo tampoco. Paseemos un rato.

Fueron hacia el oeste, caminando entre las tiendas, cada uno ensimismado en sus propios pensamientos.

Finalmente llegaron a las afueras y entraron en una calle tranquila flanqueada de mansiones.

—¿Estoy viendo visiones? — preguntó Agatha —. ¿Es Mary Owen la que está entrando por aquella puerta?

A la luz de una farola que había un poco más adelante, había una figura alta que ciertamente parecía Mary Owen.

Agatha aceleró el paso.

—¡Mary! — la llamó.

La mujer se detuvo, con la mano apoyada en la puerta, y se volvió para mirarlos.

—¡Mary! — repitió Agatha.

— Soy la hermana de Mary — dijo la mujer —, la señora Darcy, ¿y ustedes son...?

— Yo soy Agatha Raisin y él es Roy Silver.

— He oído hablar de usted. Es la cotilla entrometida que se cree una detective. Buenas noches.

La señora Darcy entró y cerró dando un portazo. Agatha y Roy siguieron su camino.

—¿Te has fijado en lo mucho que se parecen? — dijo Agatha emocionada —. Podrían ser gemelas. ¿Por qué no nos dijo nada Bill?

—¿Y qué importa?

— Eso podía facilitarles la coartada. Los vecinos podrían haber imaginado que veían a Mary cuando en realidad estaban viendo a la señora Darcy.

— Espera un momento. Las cortinas estaban descorridas la noche del asesinato. Las vieron cenar juntas.

— Pero una cena no se alarga toda la noche. — Agatha dio un salto de emoción.

—¿A qué hora fuiste al manantial?

— Era casi medianoche. No han determinado con precisión la hora de la muerte, pero la sitúan antes de las doce de la noche. A ver, cuando tú y yo pensamos en la hora de cenar, nos las imaginamos a las ocho o después, pero hay bastante gente que cena más temprano.

— Podríamos preguntar a los vecinos.

— Creo que si lo hacemos, Mary y su hermana nos denunciarán por intrusión en su intimidad. Mañana le preguntaremos a Bill. Había dejado de preocuparme de quién podía haber cometido el primer asesinato. ¡Pero dos son demasiados! Y James adelantándose e investigando por su cuenta. Me gustaría descubrir quién lo hizo sólo por verle la cara.

— Ahora sí que estoy cansado y hambriento — se quejó Roy —. ¡Mira qué hora es! — Puso su Rolex delante de los ojos de Agatha —. Las once. La mayoría de los pubs ya han cerrado. Tendremos suerte si encontramos algo abierto.

Recorrieron cansinamente el largo camino de vuelta al centro de Mircester.

— El chino todavía está abierto.

— Ah, bueno, pues pidamos cualquier cosa — dijo Agatha.

El restaurante estaba casi vacío.

— Pidamos un plato del día — dijo Agatha —. Estoy demasiado cansada para perderme mirando la carta.

La comida estaba deliciosa.

— Así que hemos estado dando vueltas para nada — dijo Roy.

— Para nada, no. Ahora sabemos que Mary se parece mucho a su hermana.

— Necesito una copa. ¿Conduces tú?

— Creía que habías dejado el alcohol.

— Es la tensión.

— Ya sabes lo que dicen: cuando empiezas a decir que necesitas una copa, es que tienes un problema.

— Pero si ésa es tu frase favorita, querida Agatha.

— Bueno, éstas son circunstancias excepcionales. — Agatha llamó al camarero y le pidió la carta de vinos —. Cogemos un taxi para volver a casa. James puede acercarnos por la mañana.

— ¡Uy, uy! Creía que no querías saber nada de él.

— Ahora somos competidores y quiero saber qué se trae entre manos.

Agatha durmió profundamente y cuando se despertó ya eran las nueve de la mañana. Se le escapó un chillido y llamó a James.

— Hola, ¿qué quieres, Agatha? — Sonó cortante, muy cortante.

— He dejado el coche en Mircester y me preguntaba si podrías acercarnos a Roy y a mí hasta allí esta mañana.

Siguió un breve silencio.

— Te recogeré a las diez — respondió James secamente.

Agatha subió corriendo a despertar a Roy. Se aseó y se arregló con cuidado.

Los dos se presentaron en el cottage de James a las diez. Él se puso al volante del coche. Roy hizo ademán de ocupar el asiento de al lado del conductor, pero Agatha lo echó para atrás de un tirón.

— Sólo quería evitar que te sintieras incómoda, Aggie — dijo Roy en voz baja acomodándose en la parte de atrás.

— ¿Quién crees que cometió esos asesinatos? — preguntó James.

— Mi principal sospechosa es Mary Owen.

— ¿Por qué?

— Por nada, es un presentimiento.

— Bueno, algo más — dijo Roy con entusiasmo —. Anoche dimos un paseo por Mircester y nos topamos con su hermana, la señora Darcy. Es la viva imagen de Mary.

«Te mataré, Roy», pensó Agatha, que había decidido no desvelar esa información.

— Pero Bill dijo que los vecinos las habían visto cenar juntas.

— Ya, pero Aggie no encontró el cadáver de Struthers hasta cerca de la medianoche. Mary podría haber ido en coche desde Mircester, matarlo en alguna parte y arrojar el cuerpo al manantial. O a lo mejor la ayudó su hermana.

— No me seduce esa idea — dijo James —. Quisiera saber más de los Freemont.

— No fueron ellos, ni lo pienses — dijo Agatha.

— ¿Por qué no? Podrían haberse enterado de que Struthers iba a votar en contra del proyecto del agua.

— Pero ¿qué me dices de Robina? — preguntó Agatha.

— Bueno, tal vez había cambiado de opinión.

— Demasiado tarde para eso — señaló Roy —. Ya debía de haber firmado algún tipo de contrato y, además, si el discurso o, mejor dicho, las notas que tenía preparadas hubieran contenido algo acerca de incumplir el acuerdo con la compañía de agua, la policía ya habría comentado algo.

— Es verdad. — James tomó una curva demasiado rápido y Agatha chocó contra él. Se irguió rápidamente después de que una descarga eléctrica la recorriera de pies a cabeza al entrar en contacto con su cuerpo —. ¿Qué hay del pasado de los Freemont?

— Tuvieron negocios en Hong Kong, en el sector textil. Y han vuelto.

— Eso ya lo sé. ¿Algo más? ¿Alguno de ellos está o estuvo casado?

— Guy no está casado — se apresuró a decir Agatha —. Peter, no lo sé.

— ¿Cómo sabes que Guy no está casado?

— Lo sé — replicó Agatha con rabia —. ¡Eh, cuidado!

James frenó de golpe. Un pequeño ciervo pasó corriendo por delante del coche y se desvaneció en la sombra moteada del bosque que bordeaba la carretera. James condujo más despacio.

— Me refiero a que no me ha llevado a restaurantes oscuros para esconderse — prosiguió Agatha.

— Su esposa no tendría por qué vivir en la zona — dijo James.

— Sigo pensando que el asesino es uno de los miembros del consejo parroquial — dijo Roy —. Todos parecen bastante ruines.

— Si hay algo que detesto son esos grupos ecologistas, con sus sandalias abiertas y su mentalidad cerrada — dijo Agatha.

— Pueden ser un incordio. — James aceleró por la Fosse Way —. Pero alguien tiene que frenar a algunos de vez en cuando. ¿Sabes lo que hicieron con aquellas espléndidas mansiones georgianas antiguas de Mayfair? Se suponía que debían conservar las fachadas, pero demolieron

el edificio y todo se vino abajo. Se limitaron a pedir disculpas y en su lugar construyeron una de esas horribles cajas rectangulares modernas. Luego hablan de Greenpeace.

— Por favor — susurró Roy en voz baja desde el asiento de atrás.

— A menudo parecen una pandilla de vagos que sólo buscan publicidad y nunca hacen nada constructivo, pero fueron sus quejas sobre la suciedad de las playas británicas las que pusieron en marcha la campaña de limpieza.

— Una discusión interesante — dijo Agatha suspirando —, pero no nos conduce a averiguar quién asesinó a Robina y a Struthers.

—¿Y no podrías reunirlos a todos en una sala? — preguntó James —. Me refiero a que, como representante de la compañía, podrías enviarles invitaciones para una reunión. Una especie de junta para enterrar el hacha de guerra. Les ofreces champán y un bufé. Algo que los atraiga.

— Podría funcionar — dijo Agatha pensándose rápidamente —. Todos se saben sospechosos y eso podría acercarlos entre sí. Me lo pensaré. Ya lo tengo: mi jardín está precioso. Podría organizar una fiesta allí.

— Yo pagaré la mitad — dijo James —. Más vale que los hermanos Freemont no apoquinen con esto.

— Pues podrían — comentó Agatha con cierta cautela —. A ver, quieren que siga trabajando para ellos, así que podría vendérselo como un gesto de buena voluntad. De hecho, cuando hayamos acabado en comisaría, podría acercarme a las oficinas y hacerles la propuesta.

«Hasta aquí ha llegado la rivalidad con James», pensó Roy. Pero sabía que si Agatha trabajaba un poco más para la compañía, su empresa recibiría una prima sustancial y él se convertiría en el niño mimado de su jefe.

Agatha no podía creerse que James y ella, que hasta hacía nada estaban enfrentados, estuvieran conversando ahora tan afablemente. Pero, bien pensado, James siempre había sido así.

Mientras declaraba en comisaría, no pudo evitar recordar las otras ocasiones en que había ido a comisaría a declarar con James. ¿Se acordaría él también? ¿Pensaba alguna vez en sus noches de pasión?

Con James, nunca se sabía.

Cuando terminaron de declarar, se acercaron en coche a las oficinas de la compañía. La sede era un hervidero de actividad, y no el espacio semivacío que se encontró Agatha el primer día.

Mientras James aparcaba, Agatha sacó la polvera y contempló con angustia las arrugas de su cara en el pequeño espejo. Todos los complejos volvieron a asaltarla ahora que iba a ver de nuevo a Guy.

Esperaron en la recepción hasta que salió Portia. Sonrió a James y a Roy, pero no a Agatha. Llevaba un traje de chaqueta de americana y pantalón corto, todo confeccionado a medida, que dejaba a la vista sus largas, larguísimas piernas enfundadas en unas medias negras.

Los condujo a la sala de juntas. Guy y Peter los esperaban.

—¿A qué viene esta delegación? — preguntó Guy.

Agatha explicó que habían ido juntos a comisaría para hacer sus respectivas declaraciones. Roy era su huésped, además de empleado de la sede central de la empresa, y James Lacey, su vecino, les había llevado amablemente en su coche. Por eso había decidido que la acompañaran.

—¿Así que va a trabajar un poco más con nosotros? — preguntó Peter.

— De eso quería hablar. Estos asesinatos han enrarecido el ambiente en Ancombe. Pensé que sería un buen gesto de relaciones públicas celebrar una pequeña fiesta al aire libre en mi jardín e invitar a los miembros del consejo parroquial.

Guy pareció divertido.

— No me imagino a la prensa presentándose a un acto como éste.

— Se trata más bien de un gesto de buena voluntad que de una fiesta para la prensa — dijo Agatha.

— Aprecio sus motivos, pero ya hemos hecho bastantes cosas por este pueblo y tenemos que controlar nuestro presupuesto. No veo ninguna razón para financiar nada que no nos dé publicidad en los periódicos — dijo Peter.

— En ese caso, lo haré por mi propia cuenta — dijo Agatha; con James a su lado, quería distanciarse más que nunca de Guy Freemont —. Y, a decir verdad, voy a dejar de representarlos. El lanzamiento ha terminado. El agua está en el mercado. Ya no hay ninguna necesidad de que me contraten.

— Se lo he repetido una y otra vez; yo soy perfectamente capaz de encargarme de las relaciones públicas. El lanzamiento fue un fiasco — soltó Portia de repente, sentada en una punta de la mesa.

— No entraban en mis planes la lluvia ni el asesinato ni la baja de las Pretty Girls — dijo Agatha.

— Yo ya había dicho, ¿verdad, Guy?, que lo de traer a las Pretty Girls era una mala idea. Se oían rumores... — dijo Portia.

— Rumores que no te molestaste en contarme — dijo Agatha con rabia.

Portia se encogió de hombros con elegancia.

— No queremos perderte — dijo Guy.

— Eso es muy halagador. — Agatha se puso en pie —. Pero voy a estar muy ocupada. Dale el puesto a la «señorita Ideas Brillantes» aquí presente.

Guy se precipitó a sostenerle la puerta abierta para que saliera.

—¿Cenamos esta noche? — preguntó.

— No puedo. Roy está en mi casa. Ya te llamaré — dijo Agatha.

Portia los acompañó hasta la recepción. Agatha se despidió con un gesto brusco de cabeza.

—¿Tiene alguna noche libre para cenar? — le preguntó James a Portia.

Horrorizada, Agatha se paró en seco, con los hombros envarados.

Oyó que Portia se reía.

— No creo que a mi novio le hiciera gracia, de todos modos, ¿por qué no me da su teléfono?

Agatha, seguida por Roy, caminó hasta el coche de James y esperó echando humo.

— Está convencido de que lo hizo uno de los Freemont — dijo Roy tranquilo—. Por eso le ha pedido salir.

Pero Agatha no podía evitar imaginarse a James cenando a la luz de las velas con la hermosa Portia y luego llevándola a casa y quedándose a pasar la noche con ella.

— Bien, entonces ¿seguimos adelante con la fiesta? — preguntó James cuando llegó.

— No veo por qué no. Intentaré convocarlos para el domingo que viene. ¿Te quedarás hasta entonces, Roy?

— Creo, si no te importa, que será mejor que vuelva a Londres esta noche — dijo él. De cara a su jefe, una cosa era estar con Agatha Raisin, prestigiosa relaciones públicas de la Compañía de Agua Mineral de Ancombe, y otra muy distinta quedarse en casa de la jubilada señora Raisin.

Agatha le lanzó una mirada cínica. El trabajo siempre sería lo primero para Roy.

James los acercó al coche de Agatha y ellos lo siguieron de regreso a casa.

—¿Cuándo hablaremos de los preparativos para la fiesta, Agatha? — dijo James al llegar a Carsely.

Roy había bajado el primero del coche y esperaba frente a la puerta de Agatha.

James y Agatha estaban delante de sus coches, en la calle.

— Si quieres trabajar conmigo... — dijo Agatha en voz baja.

— Firmemos una tregua — dijo James —. Olvidémonos de todas las barbaridades que nos hemos dicho. Nosotros siempre habíamos trabajado bien.

— Muy bien — dijo Agatha, desgarrada entre la euforia y el miedo a verse arrastrada de nuevo al malestar que le causaba la cercanía de James —. Bien, en ese caso, deberíamos hacer las llamadas pertinentes e invitarlos a todos, ¿no?

— Sí. Usaremos mi teléfono.

— Vale, le diré a Roy que recoja sus cosas. Te veo dentro de un rato.

— Voy a casa de James a hacer unas llamadas — le dijo Agatha a Roy —. Te dejo para que puedas preparar tu bolsa.

Para su sorpresa, Roy no se quejó de que lo dejara fuera. Agradecía tener un momento para llamar a su jefe a solas, sin Agatha escuchando. Si alguien podía sacar algún beneficio del lanzamiento sería él; si había que culpar a alguien, Agatha siempre estaría ahí para asumir la responsabilidad.

Agatha fue andando al cottage de James. La puerta estaba abierta y entró en su amplio salón

con las paredes cubiertas de libros.

— Siéntate, ahora traigo el café — gritó James desde la cocina.

Agatha se empolvó la nariz. Guardó la polvera en el bolso cuando entró James con una bandeja y dos tazas.

— Bien, veamos a quién tenemos — dijo James —. En contra de comercializar el agua están Mary Owen, Bill Allen y Andy Stiggs; y a favor, Jane Cutler, Angela Buckley y Fred Shaw.

— Sacó un cuaderno —. Tengo sus nombres y números de teléfono aquí. Tómate el café, luego les llamaremos. ¿Quién hará las llamadas?

— Creo que será mejor que te encargues tú — dijo Agatha —. Me da la impresión de que yo saco a la bestia que llevan dentro.

—¿Qué vamos a servir? ¿Y cómo sabemos que hará buen tiempo para celebrar una fiesta al aire libre?

— Te diré por qué va a hacer buen tiempo — respondió Agatha con amargura —. Porque ya hizo todo el mal tiempo que podía hacer para hundir el lanzamiento. Y la previsión a largo plazo es buena. ¿Crees que vendrán? Estoy casi segura de que Mary Owen se negará. No dejo de preguntarme quién pudo matar a Roberta. ¿De verdad fue todo por el agua? No sé quién heredará su cottage y su dinero.

— Oí decir que tenía un hijo. Bueno, vamos allá. Empezaré por la presa más difícil, Mary Owen.

— Buena suerte. Pero no creo que lo consigas. ¿La conoces?

— Pues, ahora que lo pienso, sí. La fui a visitar antes de unirme a Salvemos los Zorros. Nos caímos bien.

—¡Tenías que habérmelo dicho!

— Estamos en periodo de tregua, ¿te acuerdas?

— Ah, ya, sí, pero quiero un cigarrillo. Me lo fumaré en el jardín. ¿Sólo invitaremos a gente del consejo parroquial? Nuestros amigos del pueblo se lo podrían tomar como un desaire si no los invitamos también.

— Pues que no se enteren de que has dimitido de tu puesto en la compañía. Que piensen que es un asunto de trabajo.

Agatha salió al pequeño jardín delantero de James, se sentó en el peldaño del umbral y encendió un cigarrillo.

Lo oyó hablar por teléfono. ¡Ay, esa risa tan agradable! James tenía mucho de actor. Cuando acabara las llamadas, lo abordaría y le diría algo tipo: «¿Y ahora en qué punto estamos tú y yo, James?»

Pero él podría responderle perfectamente que no estaban en ninguna parte, en ninguna en absoluto.

— Mary, es sólo una reunión, un poco de champán y algo de picar — le oyó decir con tono adulator —. Todo pagado por la Compañía de Agua Mineral de Ancombe. Míralo así: tenéis que olvidaros del pasado y trabajar juntos por el bien de la parroquia. Sí, será una buena ocasión para limar asperezas. Será alrededor de las doce o doce y media. Muy bien, hasta entonces.

Así que Mary venía...

Agatha se acabó el cigarrillo y arrojó la colilla por encima del seto, a la carretera, donde fue a parar a los pies de la señora Darry, que la recogió y se la arrojó de vuelta.

—¿Es que no tiene un cenicero? — le espetó con irritación —. Esto no es la ciudad.

— Si tanto le preocupa un entorno limpio, entonces no deje que ese asqueroso perrito suyo se mee y defeque delante de mi casa — gritó Agatha.

— Y tenga un poco de pudor — le replicó la señora Darry, ruborizada —. Está enseñando las bragas.

Agatha, enfurecida, se bajó la falda, que se le había subido por encima de las rodillas.

Ojalá la asesina hubiera sido la señora Darry. Ojalá desapareciera de Carsely.

Malhumorada, encendió otro cigarrillo. Algunos médicos británicos se estaban negando a tratar a los pacientes que fumaban, pero, en realidad, con todos los impuestos que gravaban sobre el tabaco tendrían que recibir tratamiento gratuito y de primera. ¿Por qué rechazaban a los fumadores? ¿Por qué no a los borrachos? ¿Por qué no a los obesos? Maldito Estado paternalista. La señora Darry había puesto a Agatha de un humor de perros. La gente se atreve a hacer aspavientos delante de tu cara y gritarte: «¡No quiero morir por ser un fumador pasivo!», pero luego se sube a su coche y se marcha expulsando sustancias cancerígenas al aire nocturno. Este cigarrillo sabía a rayos; aunque, bien pensado, todos los cigarrillos sabían mal a partir del tercero del día. Pero, pensándolo bien de verdad, justo cuando estás planteándote dejarlo aparece algún puritano para sermonearte con mojigaterías sobre los males de la nicotina ¡y consigue que te vuelvan las ganas de fumar! Sólo hay un día al año en que los cigarrillos tienen buen sabor durante todo el día y es durante el Día Mundial sin Tabaco. «Qué curioso —pensó Agatha—. Si lo cambiaran por el Día de Mundial de Fumar hasta Reventar, seguramente habría un montón de adictos que lo dejarían.»

—¡Ya está! — la llamó James —. He acabado. Vienen todos.

Agatha se levantó y entró.

—¿Qué pondremos para comer? — preguntó.

— Normalmente pido ayuda a gente como la señora Bloxby — dijo Agatha —, pero, como se supone que esto corre a cuenta de la compañía, será mejor contratar una empresa de *catering*. Podemos pedir salmón ahumado, ensalada, fresas con nata.

— Ya no es temporada de fresas.

— Le gente come fresas, da igual cuándo. Les gusta el concepto. Es como el *fish & chips*: qué

buena idea, piensas, crujiente, calentito, con ese color dorado y oliendo a gloria, sobre todo una noche fría. Cuando, en realidad, lo que te están dando es un paquete de comida grasienta que te cae como plomo en el estómago.

—¿Y las mesas y todo lo demás?

— Seremos sólo ocho, ellos seis y nosotros dos. Mi mesa de cocina es bastante grande y, para el champán, pediré prestada una mesa del salón de actos de la escuela. No todos son bebedores. Una botella por cabeza me parece más que suficiente.

— Bien. Te propongo que lo pagues tú todo y luego me digas a cuánto asciende. Yo pagaré la mitad.

— Creo que podré conseguir que la compañía de agua corra con los gastos. No les he presionado lo suficiente.

— Pero eso implicaría la asistencia de los Freemont, y el propósito de la fiesta es ver cómo reaccionan los del consejo cuando están juntos.

— Creía que sospechabas de los Freemont.

— Ya me encargaré de ellos en su momento.

Agatha miró a James con expresión pensativa.

— Así que hemos vuelto a lo nuestro, James...

—¿Cómo? — Dejó de mirar su bloc de notas —. Ah, sí, lo nuestro.

—¿No te parece raro?

— No estamos hablando de eso, Agatha.

«No, no hablemos nunca de sentimientos, no pensemos en las veces que hicimos el amor, ni en las discusiones ni en el sufrimiento. Convivamos como una pareja de solteros interesados por un crimen», pensó Agatha.

— Será mejor que vaya a hablar con Roy.

— Sí — dijo James alegremente.

«¿Para qué habré dicho nada? Me prometí que no lo haría. ¿Qué esperaba? ¿Una respuesta cálida y humana? ¿De James? ¡Bobadas!», se lamentaba Agatha al entrar en su cottage.

Roy bajó ruidosamente las escaleras.

—¿Cómo te ha ido con tu enamorado?

— Si te estás refiriendo a James, corta el rollo. Vendrán todos.

—¿Y qué pasa con el pobrecito de mí?

De repente a Agatha no le apetecía tener a Roy cerca. Ya estaba pensando en qué ponerse.

— Déjalo correr, Roy. Estaré demasiado atareada para ocuparme de un huésped.

Él parecía dolido.

— Como quieras. Pero recuerda: no siempre estaré cuando me necesites.

— Creía que sólo te interesaba para impulsar tu carrera profesional.

— Me parece que cogeré el tren antes, si lo hay — dijo Roy ofendido.

— Vamos a comer. Tienes el de la tarde.

Fue una comida silenciosa.

— Verás, no he sido sincera contigo — dijo Agatha transigiendo por fin mientras tomaban el café —. Lo que pasa es que quiero estar sola con James.

— Una pérdida de tiempo, querida.

— Tal vez. No discutamos — dijo Agatha suspirando —. Te acercaré hasta Oxford. Allí pasan más trenes.

— Puedes hacer algo para compensarme.

— ¿Qué?

— Siempre he querido pasear en un *punt*, una de esas barcas típicas.

— ¿Cómo? ¿En Oxford, en el río?

— Sí.

— Muy bien. Acábate el café y saldremos enseguida.

Agatha se las apañó para encontrar aparcamiento en la calle principal. Fueron dando un paseo hasta el Magdalen Bridge y bajaron las escaleras hasta el embarcadero.

— Nunca había estado aquí — dijo Agatha —. No sabía que el río era tan estrecho en este tramo. Y hay muchas barcas. ¿Estás seguro de que quieres probar?

— Sí, sí. — Roy dio un saltito de emoción —. Leí un artículo sobre los *punts* en el suplemento dominical.

Pidieron un *punt* y el barquero les dijo que el alquiler eran ocho libras la hora. Además tenían que dejar un depósito de otras veinticinco y algún documento de identificación.

— Estoy un poco pelado. ¿Podrías...?

— Oh, de acuerdo.

Agatha pagó y dejó el carné de conducir.

— Creo que esto es un error. — Agatha se arrastró hasta el asiento del *punt*. Roy agarró la larga pértiga —. También tiene palas de remar. ¿No te parece que deberíamos remar hasta un sitio tranquilo?

En el río también había botes de remos.

El barquero los empujó para alejarlos de la orilla. Roy clavó la pértiga en el fondo y empujó. El *punt* giró trazando un amplio círculo y chocó con otro *punt* cargado de estudiantes.

— ¡Tranqui! — gritó uno.

Roy se ruborizó de vergüenza.

— Usaré la pala.

Dejó la pértiga, se agachó en la proa y remó. Tras unas cuantas salidas fallidas y algunos choques más, por fin partieron río arriba. Entonces Roy se levantó y volvió a coger la pértiga.

Agatha se recostó en el *punt* y decidió ignorar los esfuerzos de novato de Roy. El sol se filtraba entre los árboles. Los invernaderos resplandecían en una de las orillas, y un pabellón de críquet se extendía en la otra, los sauces rozaban el agua y se respiraba paz. Pero no se trataba de una escena típicamente inglesa, pensó Agatha mirando a los estudiantes. Siempre se había imaginado que todos los hombres vestirían de blanco y las mujeres llevarían parasoles. Pero aquí los estudiantes parecían todos tremendamente jóvenes y desnutridos y la mayoría de ellos llevaban camiseta, vaqueros deshilachados y coletas... Eso, los chicos, claro, que además parecían de todas las nacionalidades. La despertó de su ensueño una rama que le golpeó en la cabeza.

—¡Mira por dónde vas!

— Lo siento, ya estoy pillándole el tranquillo.

James. ¿Volverían a estar juntos alguna vez? ¿Se lo podría quitar de la cabeza? ¿Por qué Guy le importaba tan poco? Tal vez porque el sexo no significaba intimidad. Hablar con confianza sí la implicaba; ser amigos, también. Tal vez si ella hubiera tenido más amigos a lo largo de su vida ahora sabría cómo estar con él... O dejarlo en paz de una vez. Oh, esto era enfermizo; quizá necesitaba un exorcista, se dijo con cinismo.

— Empiezo a dominarlo.

—¿No puedes avanzar en línea recta? Casi chocamos con una barca de remos.

— Vamos bien, Aggie. Sólo hay que clavar la pértiga en el fondo y luego empujar...

Ante la mirada horrorizada de Agatha, Roy salió despedido como en un salto de pértiga y acabó boca abajo sobre la orilla cubierta de hierba mientras ella y el *punt* se alejaban impulsados hacia la dirección opuesta. Justo cuando ella se ponía de pie para recuperar el mando de la embarcación, el *punt* chocó con fuerza contra la otra orilla y Agatha se vio catapultada al río.

Roy saltó, nadó hacia ella y la agarró del pelo para rescatarla.

—¡Suéltame! Mi bolso va en el *punt*. Cógelo. ¡Me refiero al *punt*, coge el *punt*!

Bajo la mirada divertida de una barca llena de estudiantes japoneses, Roy agarró la cuerda de delante del *punt* y tiró de él hacia la orilla donde había caído antes. Agatha nadó tras él.

La ayudó a salir del agua.

—¿Están bien? — gritó uno de los estudiantes —. Muy divertido. ¿Están rodando una película?

—¡No! — respondió Agatha y se volvió hacia Roy —: Volvamos a subir a ese maldito instrumento de tortura y regresemos.

Mientras los estudiantes japoneses miraban divertidos, ellos subieron a bordo.

— Les remolcaremos — dijo uno de ellos.

— No, ya nos arreglaremos — dijo Roy.

— No, no sabremos. Sería genial que nos ayudaran — dijo Agatha.

Se sentaron en el *punt*, empapados y con las caras rojas de humillación, mientras los remolcaban de vuelta al embarcadero. Un grupo de estudiantes ingleses, amigos de los japoneses, ayudaron a salir del *punt* a Roy y a Agatha, chorreando y muertos de vergüenza, entre aplausos y risas.

Recorrieron la calle principal, a un metro de distancia el uno del otro. La gente se volvía para mirarlos.

— Voy a llevarte directamente al tren — dijo Agatha cuando subieron al coche —. Llevas encima tu equipaje. Puedes cambiarte en el lavabo de la estación.

— No sabes cuánto lo siento — dijo Roy sumiso —. Era algo que siempre había querido hacer.

Circulaban sumidos en un tétrico silencio.

— Mira, Aggie. Dejé la escuela a los quince, no fui a la universidad. Todos tenemos sueños. Montar en un *punt* de Oxford era uno de los míos.

Agatha redujo la velocidad.

— Te diré lo que haremos. Sécate y cámbiate en la estación. Coge un taxi a Marks & Spencer, cómprame algo de ropa y me cambiaré. Luego te llevaré a tomar el té al Randolph.

Tres horas más tarde, Agatha volvía a Carsely vestida de estreno de pies a cabeza: blusa, falda y ropa interior nuevas, además de un par de zapatos planos la mar de cómodos. Roy había disfrutado del té y los dos se habían reído a carcajadas de sus desventuras en el río. Agatha sonrió al recordarlo. Hacía siglos que no se reía con tantas ganas.

Mientras conducía por la serpenteante carretera rural que llevaba al pueblo de Carsely bajo el túnel en forma de arco que dibujaban dos hileras de árboles verdes, muy verdes, se sentía como un animalillo de vuelta al hogar, a una comfortable madriguera.

Y además, desde la caída del río, no había pensado en James ni una sola vez.

Esa noche asistió a una reunión de la Asociación de Damas de Carsely en la vicaría. La señora Bloxby sirvió té y sándwiches en el jardín. La señora Darry no estaba presente y Agatha divirtió a la concurrencia con una versión muy adornada de su aventura en el río.

Luego, todas se centraron en el tema del día. La asociación había decidido organizar un concierto. Agatha gruñó. Eran unas veladas aburridísimas, una verdadera tortura. Ninguna tenía el menor talento, pero les encantaba subirse al escenario y desgañitarse cantando.

Y además asistían a otros conciertos en otros pueblos con actuaciones igual de espantosas. La señora Bloxby, con su paciencia habitual, le había explicado que, en el fondo todo el mundo tenía la secreta ilusión de actuar en un escenario: así que ésa era la oportunidad de tener sus quince minutos de gloria. De todos modos, ni Agatha ni la esposa del vicario actuaban nunca.

Tras la reunión oficial, la conversación se centró en los asesinatos de Ancombe.

— He invitado a todos los miembros del consejo parroquial a una fiesta en mi jardín — dijo Agatha —. No he invitado a nadie más porque paga la compañía y es una cuestión de relaciones públicas.

— Son una pandilla curiosa — dijo la señora Simms, la secretaria. Los tacones de aguja de sus sandalias se clavaban en el césped de la vicaría como estacas de tienda de campaña. «No me importa: airea el césped», había dicho la señora Bloxby —. Me refiero a que llevan años atacándose unos a otros — prosiguió la señorita Simms —. Creo que ninguno de ellos dimite porque no quiere dar el gusto a los demás. Lo siento por usted, señora Raisin. Esa fiesta me parece un infierno.

Pero Agatha volvía a estar ensimismada pensando en James y en qué ponerse para deslumbrarle.

El día de la fiesta hacía un tiempo fabuloso. El cielo estaba despejado y el sol lucía brillante y cálido.

Agatha, que llevaba un elegante vestido de seda con un delicado estampado de flores y un amplio sombrero de paja adornado con grandes rosas de seda, supervisó a los empleados del *catering* y echó un último vistazo al jardín. Luego subió a retocarse el maquillaje.

El ruido de coches hizo que se asomara a la ventana. Se diría que todos se habían puesto de acuerdo para llegar a la vez. Mary Owen llevaba una sencilla blusa de algodón y zapatos planos, y Angela Buckley, unos pantalones blancos de algodón y un top azul también de algodón. Jane Cutler llevaba un vestido de estampado Liberty.

Sintiéndose ridícula por haberse vestido de forma tan elegante, Agatha se quitó el sombrero y el vestido y se puso una falda de algodón y una sencilla blusa blanca, y luego corrió a la planta baja.

James estaba en el jardín con los empleados del *catering*. Llevaba unos tejanos gastados y una camisa sin corbata. Agatha sintió una punzada de melancolía al caer en la cuenta de que debía de haber entrado con la llave que ella le había dado en tiempos más felices.

Se preparó para recibir a sus invitados.

Los hombres, Bill Allen, Andy Stiggs y Fred Shaw, como si quisieran compensar los atuendos informales de las mujeres, iban todos de etiqueta, con chaqueta y corbata. La chaqueta de Bill

Allen lucía un gran escudo bordado en oro en el bolsillo.

Se sirvió champán a todos los invitados. Agatha alzó la copa.

— Por la buena voluntad — brindó —. Todos hemos tenido nuestras diferencias, pero creo que debemos volver a ser amigos.

— ¿Por qué? — preguntó Mary Owen.

— Porque así todo es más agradable.

Angela Buckley miró a Agatha con suspicacia.

— Usted no pertenecerá a una de esas sectas religiosas de locos, ¿no?

— Yo diría que es una terapia — dijo Mary Owen —. La gente que asiste a grupos de terapia siempre quiere hacerse amiga de todos. En cualquier momento tendremos que sentarnos en círculo y hablar del desagradable incidente que nos pasó en la leñera hace muchos años.

— Ésa ha sido buena — dijo Bill Allen y soltó una sonora carcajada.

— No me sorprende que vayan por ahí asesinándose unos a otros — dijo James con voz fría y arrastrada.

— Vaya, hombre, nada de eso — dijo Andy Stiggs con la cara roja; llevaba la corbata tan apretada que parecía estar estrangulándose —. Todos somos ciudadanos respetables y, llegados a este punto, me veo obligado a decirle que es la compañía de agua la que está detrás de esos asesinatos.

— Eso es lo que yo creo también — dijo Bill Allen.

— Vosotros no tenéis ni idea de nada, ésa es mi opinión. Odiabais a Robina, os repelía, como si fuera un bicho. Tú, Mary, y tú también, Angela — soltó el musculoso Fred Shaw sudando de forma exagerada.

— Yo no la odiaba — dijo Mary —. Sólo era una de esas mujeres blandengues y sin cerebro.

Se intercambiaron improperios mordaces sin dejar de beber champán. Un diligente camarero se ocupaba de mantener sus copas siempre llenas.

— Angela y tú podríais haber aprendido algo sobre feminidad de Robina — dijo Fred —. Era toda una mujer, no una víbora como vosotras.

— Un hombrecito tan vulgar como tú no sabría reconocer a una mujer femenina aunque le estuviera lamiendo la cara y le mordiera el culo — dijo Angela.

— ¿Cómo han podido hacer nada por la parroquia si se pasan las reuniones atacándose así? — preguntó James —. ¿Ninguno de ustedes quiere saber por qué fueron asesinados Robert Struthers y Robina Toynbee o quién lo hizo? Podría haber sido uno de ustedes.

Se hizo un silencio confuso.

— ¿A qué se refiere? — preguntó Fred Shaw —. ¿Uno de nosotros? ¿Por qué?

— ¿Y por qué no? — intervino Mary Owen —. Tú estuviste en el cottage de Robina la noche antes de que la asesinaran, Fred. Seguramente te contó que tenía pensado dar aquel discurso

desde el muro de su jardín.

— Yo soy el único de vosotros al que le caía bien Robina. — Fred se aflojó la corbata, se quitó la chaqueta y se arremangó la camisa —. Iba a visitarla a menudo, y también Bill y Andy. Erais Angela y tú las que siempre la despellejabais.

— Tonterías. — Angela miraba la mesa del bufé —. ¿Vamos a comernos esto o qué? Estoy muerta de hambre.

Siguió un momento de respiro mientras se servían los platos de comida. Aunque Agatha había sacado sillas al jardín, Angela y Mary se sentaron en la hierba, así no tenían que hacer equilibrios con los platos llenos sobre las rodillas. Los demás las imitaron.

James empezó por preguntarles qué opinaban de la circunvalación de Ancombe. Fred Shaw afirmó que era un desastre porque se arruinaría a los tenderos, al alejar el tráfico del pueblo, y Bill Allen, el propietario del vivero, coincidió con él.

— Pues a mí me parece una buena idea — intervino Mary —. A ver, ¿a quién le apetece tener el pueblo lleno de manadas de norteamericanos?

—¿Y qué tienen de malo los americanos? — preguntó Andy Stiggs —. Maldita corbata. Has hecho bien, Fred — dijo quitándose la suya y luego también la chaqueta.

Qué poco se parecen los sueños a la realidad, se maravilló Agatha. Ella se había imaginado espléndida en su precioso vestido, con la más leve de las brisas agitando las flores de su sombrero. James, con camisa blanca, chaqueta y un pañuelo en el cuello, la habría mirado de lejos sonriendo con admiración. Pero James estaba sentado en la hierba con los demás, comiendo salmón ahumado y bebiendo champán, visiblemente concentrado en conocer mejor a esos consejeros.

— Oh, malditos yanquis. Para ellos todo es muy bonito y pintoresco. Puag.

— Creía que meterse con los americanos estaba pasado de moda — dijo Agatha —. Los que visitan estos parajes son bastante sofisticados y parecen saber más de los Cotswolds que sus propios habitantes.

— Son descarados y vulgares. — Mary miró a Agatha —. Tal para cual, supongo.

— Oh, cállese y coma — dijo James y, para sorpresa de Agatha, Mary se rió y le lanzó una mirada casi coqueta.

—¿Y qué tiene que ver usted con este asunto del agua? — le preguntó Andy Stiggs a James.

— Es el trabajo de Agatha. Yo sólo estoy aquí para darle apoyo moral.

Angela miró a Agatha y luego a James con atención.

— Bueno, apoyo romántico no será. El lío de Agatha con Guy Freemont es la comidilla del pueblo — dijo.

Agatha notó que se sonrojaba de rabia.

— No tengo ningún lío con Guy Freemont — dijo.

— Claro que no, Agatha — dijo Mary —. Angela sólo estaba siendo maliciosa. Guy Freemont es demasiado joven para usted.

—¡Escúchenme todos! — Agatha dejó el plato y la copa con cuidado sobre la hierba —. La intención de esta fiesta era limar asperezas, conseguir que se llevaran bien de nuevo. Pero veo que ha sido un tremendo error. Siempre han sido así, con asesinato o sin él... Ruines, criticones, mezquinos y maliciosos. Lo que me asombra es cómo gente así ha podido acabar en un consejo parroquial.

Se levantó y subió a su habitación, donde se sentó al borde de la cama mirando desoladamente al vacío. Le dolía lo que habían dicho sobre ella y Guy. Seguramente, si James no hubiera estado delante, no le habría importado tanto.

Se abrió la puerta del dormitorio y James entró silenciosamente.

— Has hecho un milagro, Agatha.

—¿Qué? — ella lo miró aturdida.

— Tu explosión los ha unido. Baja, siéntate conmigo en un rincón del jardín y déjalos que sigan. Escucha lo que dicen. Han empezado a hablar de los asesinatos.

— James...

Pero él ya bajaba ruidosamente por las escaleras. Con el espíritu magullado, Agatha le alcanzó en el jardín. Se sentaron juntos en la hierba, un poco alejados de los demás.

—¿Cuánto champán encargaste? — preguntó Agatha. James se había ocupado de las bebidas.

— Pedí una botella por cabeza, pero la empresa de *catering* ha traído un montón más, lo que nos viene de perlas. Nuestros consejeros parece que quieren acabar con todo.

— Es por el camarero. No para de servir.

— Creo que el champán es un poco como tu *fish & chips*, Agatha. A todos les gusta el concepto, pero en realidad pocos disfrutan del sabor. ¡Escúchalos!

— Así que, la noche antes de que la asesinaran, Robina me dice: «Fred, ojalá nunca les hubiera permitido que se llevaran el agua.» — Fred Shaw estaba ruborizado y un poco achispado —. «¿Por qué, si estabas a favor?», le pregunto. «Bueno, he recibido cartas de amenaza y yo lo único que quiero es una vida tranquila», me dice.

—¿Y pensaba explicar esto en su discurso?

— Es posible. Le pregunté a la policía qué decía en las notas mecanografiadas, pero no me lo contaron.

— Habrá que preguntar a Bill Wong — murmuró James.

—¿Sabe alguien qué iba a votar Robert? — preguntó Bill Allen.

Todos negaron con la cabeza.

— Tú eras íntima de él, Mary — dijo Angela —. Debió de comentarte algo.

Mary volvió a negar.

— A mí no. ¿Y a ti, Jane?

Todas las miradas se volvieron hacia Jane Cutler. Ella había estado relativamente callada desde el principio de la fiesta. El sol hacía relucir su cabello, peinado con esmero, y la extraña tersura de su cara, desde la que miraban unos ojos envejecidos y repentinamente cansados.

— Dijo que le gustaba tener a la gente ocupada haciendo suposiciones. Me enfadé bastante con él. Le dije que no tenía razones para comportarse como un agente del servicio secreto. — Se volvió hacia Fred Shaw —. Has dicho que las hojas de Robina estaban mecanografiadas. ¿Quién te lo contó?

— La policía.

— Qué raro — dijo Jane.

—¿El qué es raro? Sí, gracias, tomaré un poco más. — Angela sostuvo su copa en alto.

— No recuerdo que Robina tuviera máquina de escribir. A ver, era el tipo de mujer que se enorgullecía de no hacer nada manual. ¿Alguien recuerda que tuviera una máquina de escribir?

Todas las cabezas negaron.

— Podría haberle pedido a alguien que le mecanografiara las notas — sugirió Jane.

— La policía me dio a entender que se trataba de apuntes, no de un discurso completo mecanografiado — dijo Fred Shaw.

— No sé por qué le dais tantas vueltas a si las hojas estaban mecanografiadas o no — dijo Angela Buckley —. ¿Creéis que la asesinaron porque escribía a máquina? Es absurdo.

Los ojos de Fred Shaw centellearon.

—¿No te das cuenta? Si ella había escrito a mano unas notas sobre su cambio de opinión acerca del agua, alguien podría haber escrito a máquina unas notas diferentes para despistarnos.

—¿Y a quién le interesaría hacer eso más que a la compañía de agua? — dijo Mary Owen —. He estado en contra de esta historia del agua desde el principio.

— Eso ya lo sabemos todos — dijo Angela con desdén —. Hasta el punto de que pagaste a una pandilla de matones para que armaran jaleo. Ésa es tu maldita supuesta preocupación por el medio ambiente, Mary, querida. Mira que traer gamberros al pueblo... Iban a echar cemento en el manantial. En nuestro manantial, Mary, ¡no sólo tuyo!

— Yo no sabía de qué clase de gente se trataba — dijo Mary.

—¡Oh, vamos, claro que lo sabías! — Los ojos de Angela estaban encendidos —. Lo viste perfectamente con la primera manifestación, pero seguiste pagándoles.

— Como le expliqué a la policía, simplemente contribuí con dinero a lo que me parecía una causa justa. No sabía que organizarían manifestaciones.

—¿Salvemos los Zorros, Mary? ¡Salvemos los Zorros! Por favor. ¿Sabe la policía que eres miembro de la Sociedad de Cazadores de los Cotswolds?

— Presenté mi dimisión hace un año.

— ¡Y nos contaste que lo habías hecho porque eras demasiado mayor!

— Yo no dije nada por el estilo. No tengo por qué justificarme ante una ramera como tú. Comprendí lo equivocada que estaba, y contribuir económicamente a la causa de Salvemos los Zorros era una forma de reparar el daño.

Jane Cutler se rió nerviosa.

— Qué raro suena. Sencillamente, soy incapaz de creerme que tengas una pizca de sensibilidad, Mary. Serías una buena asesina.

— Ah, pero tengo coartada, que es más de lo que tú puedes decir — le replicó Mary.

— Los culpables siempre tienen una coartada incuestionable.

— Señoras, señoras. — Bill Allen levantó las manos, enrojecidas y fuertes a la luz del sol —. Tranquilidad. Todos hemos tenido nuestras diferencias a lo largo de los años, pero a pesar de los pesares hemos permanecido unidos, en las duras y en las maduras. Hace un día espléndido y parece que hay mucho más champán. Así que enterremos el hacha de guerra y disfrutemos.

— Mataré a ese camarero. Esto va a costarnos una fortuna — le susurró Agatha a James.

— Vale cada penique que cuesta. Yo pagaré las botellas.

Los consejeros, más calmados, se lanzaron a cotillear sobre asuntos del pueblo. Parecían haberse olvidado de Agatha y James.

Cuando por fin se encaminaron tambaleándose hacia sus coches, iban tan embriagados que ni siquiera se daban cuenta de que todos superaban con creces el límite de alcohol permitido para conducir. James y Agatha se despidieron con la mano y volvieron al jardín con los restos de la fiesta.

— Bueno, si el propósito era conseguir que esa gentuza volviera a sentirse unida, hemos triunfado — dijo Agatha.

— Hemos conseguido mucho más de lo que buscábamos. Veamos si podemos ponernos en contacto con Bill Wong y averiguar algo más sobre esas notas. Y luego hagámosle una visita a la hermana de Mary. Si la está encubriendo, a lo mejor la delata su comportamiento. Nos hace falta una excusa.

— Ya sé. — Agatha sostenía en alto un encendedor plateado —. Es de Mary. Podemos decir que pasábamos por Mircester y hemos pensado que podría estar allí. ¿Estamos alguno de los dos en condiciones de conducir?

— Yo. He hecho que el camarero me sirviera zumo de manzana con gas. He creído conveniente mantener una cabeza despejada.

— Pues más vale que yo me tome un café mientras esta gente recoge. Un café bien cargado.

Condujeron bajo el inmenso cielo de los Cotswolds con las nubes agitadas por el viento. Un viento frío que presagiaba el otoño. Agatha pensó que con la edad los veranos cada vez parecían más cortos, y los inviernos, más largos y oscuros. Desde luego, influía el hecho de vivir en el campo. En la ciudad no se notaba tanto el invierno.

Cuando llegaron a comisaría se enteraron de que era el día libre de Bill Wong.

— Odio ir a su casa, sus padres son deprimentes — refunfuñó Agatha.

— Llama antes y asegúrate de que no molestamos — dijo James.

Agatha fue a una cabina y marcó el número de Bill. Contestó la señora Wong.

— Ah, es usted, ¿qué quiere? — dijo.

— Me gustaría hablar con Bill — dijo Agatha con paciencia.

— Bueno, no puede... — empezó la señora Wong, pero le quitaron el aparato y la voz de Bill sonó en la línea.

— Sentimos molestarte en tu día libre — dijo Agatha.

—¿Sentimos?

— James y yo. Queríamos preguntarte algo.

— Pasaos por casa. Mi novia está aquí.

— Vaya, en ese caso, quizá mejor que lo dejemos para otro momento.

— No, no, de verdad, me gustaría que la conocierais.

Agatha le dijo que llegarían en diez minutos y colgó.

— Dice que vayamos, pero está su novia — le dijo a James.

—¿Y eso supone algún problema?

— Sí, un poco. Quiero mucho a Bill y no me apetece estar presente cuando sus padres arruinen su vida amorosa una vez más.

— Si ella está enamorada de verdad, nada se interpondrá.

— Seguro que a la señora Wong se le ocurre algo.

Fueron en coche hasta la moderna casa pareada de ladrillo visto de los padres de Bill en una pulcra urbanización privada.

— Estamos tomando una copa antes de comer — dijo Bill cuando abrió la puerta —. Me gustaría invitaros también a comer, pero mi madre dice que no tiene bastante para todos.

— No pasa nada — se apresuró a decir Agatha —. Sólo nos quedaremos unos minutos.

— Pasad al salón, os presentaré a Sharon y luego saldremos al jardín trasero para charlar en privado.

Cuando entraron en el pequeño y frío salón, la atmósfera estaba saturada de silencio. Sharon levantó la mirada y en su bonita cara apareció una sonrisa de alivio.

—¿Jerez? — les ofreció Bill. Sirvió dos copitas a Agatha y James —. Bueno, ésta es Sharon Beck. Sharon, éstos son la señora Raisin y el señor James Lacey.

— Encantada de conocerlos — murmuró Sharon.

— Es su día libre — gruñó el señor Wong —. No entiendo por qué la gente tiene que molestar a Bill en su día libre.

—¿Te gusta trabajar en la comisaría? — le preguntó Agatha a Sharon.

— Oh, sí, mucho. Las otras chicas son muy amables.

— No me parece bien que las mujeres casadas trabajen — dijo el señor Wong.

Se hizo un silencio incómodo.

— Menos mal que tenemos un cuarto de invitados — dijo la señora Wong.

Otro silencio.

—¿Por qué? — preguntó Agatha desesperada.

— Para que cuando Bill se case, puedan vivir aquí.

— No creo que en los tiempos que corren haya parejas de recién casados que vivan en casa de los padres — dijo James.

— Pues no veo por qué no — dijo la señora Wong —. Si Bill se casa con Sharon, aquí presente, bueno, ella tendrá que dejar de trabajar por los bebés y todo lo demás, y él no gana bastante.

Sharon parecía un animal asustado y agazapado entre la maleza.

— Lamento haber interrumpido su comida. — Agatha se levantó —. Si pudiéramos hablar un momento, Bill.

— Claro. Vamos al jardín.

— No tardes — dijo la señora Wong —. Hay pastel de carne con puré de patatas.

El jardín pertenecía a los dominios de Bill y su belleza contrastaba con la fría formalidad del hogar familiar.

— Y bien, ¿qué queréis saber? — preguntó.

— Esas notas que dejó Robina Toynbee, ¿estaban mecanografiadas? — dijo James.

— Sí.

— Pero ella no tenía máquina de escribir — dijo Agatha.

— No, no encontramos ninguna en su casa. Preguntamos en el pueblo si alguien se las mecanografió.

—¿Qué ponía en las notas?

— Poca cosa. Eran instrucciones para el discurso. Cosas como: empieza diciendo «bienvenidos»; haz un resumen de los beneficios que obtendrá el pueblo con la venta del agua del manantial. Eran notas breves de ese tipo. Sólo dos páginas.

—¿No te pareció raro? — preguntó Agatha —. Me refiero a que no encontrarais la máquina de escribir.

— Eso es lo que estamos investigando.

— Fred Shaw estuvo en el cottage de Robina la noche anterior — dijo James.

— Lo sabemos. — Bill cortó una rosa marchita —. Fue él quien vino a contárnoslo. Dijo que ella estaba asustada por unas cartas anónimas, pero debía de haberlas quemado todas. No encontramos ninguna.

— Espera un momento. — Agatha frunció el ceño —. Acabo de recordar algo. Fred Shaw. Él quería dar también un discurso en la fiesta. Yo no sabía cómo disuadirlo. Dijo que me visitaría y lo repasaríamos juntos, pero no lo hizo.

— Tal vez cambió de opinión cuando se enteró de que las Pretty Girls iban a abrir el acto.

— Cierto. Pero es un hombre muy vanidoso e intimida a los demás. Y hay algo más. No recuerdo si te lo dije. Andy Stiggs y Robert Struthers no se llevaban bien. Andy quiso casarse con la difunta señora Struthers y sostenía que Robert se la había robado.

— Pero ¿por qué matar a Robina Toynbee? — preguntó Bill.

— Porque Andy Stiggs se oponía a que se comercializara el agua del manantial.

—¡Bill! — La señora Wong, chillona y de mal humor, apareció en la puerta —. ¿Vienes o no? Precisamente ahora le estaba explicando a Sharon que, cuando estéis casados, ella tendrá que ocuparse de preparar tus comidas a la hora en punto.

— Ya voy, mamá.

— No os habéis comprometido, ¿verdad? — preguntó Agatha.

— Todavía no — dijo Bill con una sonrisa —. Pero así es mi madre. Siempre se hace ilusiones.

— Sí, así es su madre — dijo Agatha con amargura mientras se alejaban en coche —. ¿Es que no se da cuenta Bill de que las espanta a todas? Pues no, no se da cuenta. Adora a sus padres y no ve nada malo en ellos.

— Supongo que, en ese sentido, es más afortunado que la mayoría. ¿Adorabas a los tuyos, Agatha?

— Estaban borrachos la mayor parte del tiempo. No veía la hora de alejarme de ellos. ¿Y tú?

— Los míos fueron magníficos. Mi padre murió hace diez años y mi madre sólo le sobrevivió uno. No supo vivir sin él.

—¿De qué murieron?

— Mi padre, de un derrame cerebral, y mi madre, de cáncer.

— Mucha gente muere de cáncer hoy en día — se lamentó Agatha —; tengo que dejar de fumar.

— En Mircester hay un hipnotizador que por lo visto tiene mucho éxito. Salió un artículo sobre él en el *Cotswold Journal*. Lo tengo guardado.

— Pásamelo cuando volvamos. Probaré a ver.

— Bueno, ¿recuerdas por casualidad dónde vive la señora Darcy?

— Si vuelves al centro puedo guiarte desde allí.

Poco después pasaban por la tranquila calle donde vivía la hermana de Mary Owen.

— Para aquí. Será mejor que caminemos — dijo Agatha —. No estoy segura de dónde estaba. Era de noche.

Bajaron del coche y caminaron.

— Me parece que era por aquí. — Agatha se detuvo —. Había una farola y, sí, una lila.

— La verdad es que por aquí hay bastantes lilas.

— Da igual, probemos.

Pero la mujer que les abrió la puerta no era la señora Darcy. Ésta vivía en el número 22, les explicó.

Así que fueron hasta el 22.

La señora Darcy abrió la puerta y los miró con desdén.

— Ah, es usted. ¿Y éste quién es?

— El señor James Lacey.

La señora Darcy llevaba unas gafas de montura de carey y un vestido de algodón. El increíble parecido entre ambas disminuía considerablemente a la intensa luz del día. Era un poco más baja que su hermana.

—¿Qué quieren?

— Estamos intentando ayudar a resolver esos terribles asesinatos — dijo James con una sonrisa encantadora —. Y Mary se dejó el encendedor plateado en el cottage de la señora Raisin. Como pasábamos por Mircester, se nos ha ocurrido dejárselo a usted.

Se lo entregó.

—¿Y qué tienen que ver esos asesinatos con usted? Entiendo que esta mujer se entrometa, pero usted, que es todo un caballero...

— Precisamente, había pensado que usted, sobre todo usted, estaría muy interesada en que se aclarasen esos asesinatos.

—¿Por qué?

— Porque la señorita Owen es su hermana.

—¿Y qué tiene que ver?

Una mujer que paseaba su perro se detuvo junto a la puerta del jardín escuchando con suma atención.

— Más vale que pasen — dijo la señora Darcy con hosquedad.

Los condujo a un salón, un espacio de paredes verdes decorado de forma austera donde destacaban varios cuadros al óleo bastante descoloridos.

Agatha y James se sentaron uno al lado del otro en un sofá.

La señora Darcy permaneció en pie delante de la chimenea.

—¿Y bien? ¿Qué pasa con Mary?

— Su hermana pagó a la gente de Salvemos los Zorros para que se manifestaran — dijo James con paciencia.

—¡No hay ninguna prueba de eso! Mary es una persona de buen corazón. Sólo estaba contribuyendo a una buena causa.

— Me parece que a Mary le importan un pimiento los zorros... pondría la mano en el fuego — dijo Agatha.

— Dudo mucho que usted tenga la menor idea de cómo es la vida en el campo.

La señora Darcy se volvió hacia James.

— No hay necesidad de ser tan maleducada con la señora Raisin — dijo él cortante —. De hecho, creo que la única razón por la que reacciona así es porque está preocupada por su hermana.

— No tengo ningún motivo para estarlo. Se equivoca de todas todas. No hay nada que yo pueda decir que les sirva de ayuda. La noche que Robert Struthers fue asesinado, Mary estuvo aquí. Y no tenía ninguna razón para matar a Robina Toynbee. Es más, la insinuación de que mi hermana podría haber matado a alguien me ofende. Esa noche cenamos juntas. No corrí las cortinas y nos vieron varios vecinos.

—¿A qué hora fue? — preguntó James.

— A eso de las siete. No me gusta cenar tarde.

—¿Y a qué hora se acostaron?

— Serían las diez. Por la mañana, Mary salió a comprar leche y periódicos y después del desayuno se fue a Carsely. Les sugeriría que dejaran este asunto en manos de la policía. Y ahora, si me disculpan, me gustaría seguir con mis cosas...

Una vez fuera, Agatha agarró el brazo de James.

— Mary tuvo tiempo de sobra para acercarse a Carsely y asesinar a Robert Struthers — dijo.

— Me cuesta creerlo. — James negó con la cabeza —. Alguien habría visto su coche en

Ancombe.

— No tenía por qué ir en su propio coche. Podría haber cogido el de su hermana. Quizá se quedó en casa de su hermana para tener una coartada.

James sonrió.

— Ya sé que quieres que Mary sea la asesina, pero creo que estamos perdiendo el tiempo. Probemos con Fred Shaw.

— Podemos pasar por el colmado y comprobar si compró la leche y los periódicos.

— Ya lo habrá hecho la policía.

— Aun así...

— Vale, de acuerdo, nos acercaremos andando.

El colmado era uno de los últimos especímenes de su clase. Además de productos de alimentación y periódicos, había postales, regalos y bolsas de fertilizante para el jardín.

Había un hombre pequeño y marchito detrás del mostrador.

— Estamos colaborando en las pesquisas de la policía — dijo James mientras sacaba rápidamente la tarjeta de crédito, que centelleó en la penumbra del establecimiento.

— Ya le conté a la policía todo lo que sé. La hermana de la señora Darcy estuvo aquí la mañana posterior al asesinato. Compró *The Express*, *The Daily Telegraph* y un litro de leche.

—¿Está seguro de que era la señorita Owen? — preguntó Agatha.

— Sí, había estado antes aquí. Además dijo algo como: «He venido a visitar a mi hermana. Ya podría encargarse ella misma de comprar sus cosas.»

— Pero la señorita Owen y la señora Darcy se parecen mucho.

— Ya, pero la señora Darcy lleva gafas, y su hermana, no.

— Pero ¿y si la señora Darcy se hubiera quitado las gafas? ¿Sabría usted diferenciar a una de la otra?

— Supongo que sí. La señorita Owen lleva siempre pantalones, y la señora Darcy, vestidos.

James tiró del brazo de Agatha.

— Eso es todo. No le molestamos más.

—¿No lo ves? — dijo Agatha mientras regresaban andando al coche —. La señora Darcy podría haber estado encubriendo a su hermana. Más vale que se lo contemos a Bill.

—¿Sabes lo que pienso? — dijo James sombrío —, pienso que ese tendero le contará nuestra visita a la señora Darcy y que ella se quejará a la policía y nos echarán un sermón por hacernos pasar por detectives o algo así.

— Ya verás como no.

— Ya verás como sí. Ese tendero les contará a sus clientes que nosotros casi acusamos a la señora Darcy de encubrir a su hermana. Espero que no acabemos ante un tribunal. De hecho, mira, creo que lo mejor será que se lo contemos a Bill.

Bill Wong los escuchó mientras su rostro se iba ensombreciendo.

— Esta vez habéis ido demasiado lejos — dijo —. Si ella presenta una denuncia, no podré protegeros. Así que dejadlo ahora mismo. No tendría que haberos animado.

— Pero hemos descubierto algo que puede servirte — dijo Agatha suplicante.

— No, habéis hecho algo que está muy mal. Y no puedo hacer nada para minimizar los daños. Ojalá no volviéramos a saber nada más de este incidente.

—¿Y ahora adónde vamos? — preguntó Agatha mientras estaban en el aparcamiento delante de la comisaría.

—¿Fred Shaw?

— Me siento poca cosa, como si me hubiera echado una bronca el profesor. Me siento mala persona — dijo Agatha cansada —. En serio, James, nunca me habían insultado tanto como desde que se cometió el primer asesinato.

— Vamos, no pasa nada, es normal — dijo James distraídamente —. Vayamos a ver a Fred.

Salieron de Mircester. Era finales de agosto. Algunas hojas ya amarilleaban y había refrescado un poco. Agatha empezaba a sentir que el invierno en el campo, con sus nieblas y sus carreteras heladas, era como una pequeña muerte. Podría irse de vacaciones a algún lugar soleado y librarse del mal tiempo y la frenética jovialidad de las Navidades, pero lo cierto es que cada vez le costaba más dejar a sus gatos. Cuando murieran, se prometió, no tendría más animales. No era divertido estar por ahí dando tumbos cuando una parte de su corazón siempre estaba preocupada por su bienestar.

Sus pensamientos derivaron hacia Guy. Salir con él le había dado cierta chispa a su vida, pero no podía disfrutarlo — ni presumir un poco, por eso de «mirad lo que tengo»—, le preocupaba demasiado que la gente pensase que era demasiado mayor para él.

¿Y qué decir de James? Ahí estaba, al volante, seguro de sí mismo, ajeno a los graves problemas que les acechaban. Seguramente estaba tranquilo porque sabía que él saldría bien parado, porque de nuevo dejaría que ella sola cargase con el muerto, pensó Agatha con amargura.

Ya no sabía qué sentía por él. Las relaciones tenían que avanzar, aunque sólo fuera unos centímetros; tenía que dejar de especular y recrear en su cabeza, como si fuera una de esas películas que alquilaba, imaginarias escenas felices y sus constantes rechazos.

Por tanto, ella seguiría hasta el final, si es que había una final, y luego se distanciaría de James.

Entraron en Ancombe y se detuvieron delante del taller de Fred Shaw. Estaba atendiendo a un cliente. Entraron y él los saludó con la mirada.

— Enseguida estaré con ustedes — dijo.

Vendió cuatro pilas y se acercó a ellos.

— ¿Qué quieren? — preguntó con hostilidad.

— Hacerle sólo unas preguntas — dijo James.

— Voy a cerrar; es la hora de comer. Vengan a la trastienda.

Cerró la puerta y bajó la persiana. Hizo un gesto con la cabeza y ellos le siguieron a la trastienda.

— Y bien, díganme.

Esta vez no les ofreció whisky.

— Creemos que la vida en Ancombe no volverá a la normalidad hasta que se hayan resuelto esos asesinatos — empezó James.

— ¿Y qué tiene eso que ver conmigo? La policía ya está investigando.

— Sí, pero usted es un hombre de negocios, un hombre astuto — se apresuró a decir Agatha.

La hostilidad desapareció del rostro de Fred.

— Es verdad que veo muchas cosas que otros no ven — dijo en un tono más sereno.

— He oído que Andy Stiggs estuvo enamorado de la señora Struthers. La señora Struthers debía de ser más joven que su marido.

— Sí, lo era. Andy también creía que él tendría que haber sido elegido presidente del consejo. Ahora lo será.

— ¿Cree que él podría haber asesinado también a Robina? — preguntó Agatha.

— A ver. Yo no he dicho que asesinara a Robert. Pero siempre andaba por casa de Robina. Tal vez vio algo.

— Sin embargo, que Andy Stiggs se opusiera a los objetivos de la compañía debió de amargar sus relaciones con Robina, ¿verdad? — dijo Agatha.

— Me parece que él creía que podría persuadirla para que cambiara de opinión.

Agatha lo miró preguntándose cuándo le interrogaría sobre su discurso. Pero se salió por la tangente.

— ¿El señor Stiggs estuvo casado?

— Sí, se casó con Ethel Fairweather, por despecho, justo después de que Robert se casara, y vivió infeliz hasta que ella murió. La mujer era una arpía. En cierto sentido, él culpaba a Robert de su mal matrimonio, ¿me entienden?

— ¿Dónde vive? — preguntó James —. Tengo su dirección, pero no estoy seguro de dónde está exactamente.

— Pasada la iglesia, el segundo cottage a la izquierda.

— Por cierto, no me llamó para que quedáramos y revisáramos su discurso — dijo Agatha.

—¿Qué discurso?

— El que iba a dar en la fiesta.

— Cuando me enteré de que venía ese grupo de pop, me imaginé que yo ya no le interesaría.

«Pero, aun así, el grupo se contrató a última hora —pensó Agatha—. Y a Fred la presencia de Jane Harris, la actriz que en un principio iba a inaugurar la fiesta, no le quitó el plan de la cabeza.»

—Usted no cree que Mary Owen tuviera nada que ver con lo sucedido, ¿verdad? — preguntó Agatha —. Quiero decir que, después de todo, hasta donde he podido saber, no está arruinada. Ella pagó a los manifestantes.

— Es lo bastante corpulenta, lo bastante fuerte y lo bastante ruin para hacer algo así — dijo Fred —. Pero me inclino a pensar que fue Andy Stiggs.

— Pues antes pensaba que había sido Mary Owen.

—¿Yo? Pues no me acuerdo.

— Bien, pues probemos con Andy Stiggs — dijo James cuando salieron de la tienda.

—¿Cómo lo enfocamos?

— Igual que con Fred. Sólo queremos aclarar las cosas.

El cottage de Andy Stiggs era un delicado edificio de piedra de los Cotswolds con un tejado de paja reciente. Tenía una agradable mezcla de flores pasadas de moda: alhelíes, alegrías de la casa, delfinios, lupinos y rosas, rosas por todas partes.

Andy Stiggs estaba arrancando las malas hierbas de un parterre. Se incorporó cuando ellos entraron por la puerta del jardín.

—¿Qué quieren? — preguntó.

«Quién fuera policía para poder decir “Sólo hacerle unas preguntas”, con aire de autoridad», pensó Agatha.

— Hemos venido al pueblo y se nos ha ocurrido pasar a verle — dijo James.

—¿Por qué? — preguntó limpiándose la tierra de las manos.

— Como vicepresidente del consejo, y pronto futuro presidente, debe de estar muy al tanto de lo que pasa en el pueblo.

—¿Y qué les importa eso a ustedes? No viven aquí.

— Sin duda, querrá que se aclaren esos asesinatos.

— Por supuesto, y la respuesta la tienen delante de sus narices. Fueron los hermanos Freemont. Estoy convencido de que la pobre Robina cambió de opinión y la mataron.

— Eso de que los empresarios vayan por ahí matando a gente sólo pasa en las series de

televisión — dijo Agatha.

— Usted no puede ver lo que tiene delante de las narices porque se ha dejado engatusar por ese Guy Freemont — dijo Andy.

— ¡Eso no tiene nada que ver! — exclamó Agatha con furia.

— Pues, en mi opinión, sí que lo tiene, porque ya me dirá si no qué hace un joven como él con una mujer de su edad.

— Ya basta — intervino fríamente James —. Usted es igual de sospechoso. Creo que Robert Struthers le arrebató el amor de su vida ante sus narices.

— De eso hace siglos.

— A veces los resentimientos se agudizan con el tiempo.

— ¡Salgan de aquí! Márchense y no vuelvan nunca o... — gritó Andy blandiendo una azada.

— ¿O qué? ¿Nos matará? Vámonos, Agatha — dijo James.

— Me parece que empieza a dolerme la cabeza — dijo ella de camino al coche —. Si no te importa, me gustaría volver a casa y echarme un rato.

— De todos modos, creo que por hoy hemos hecho más que suficiente — dijo James.

Media hora después, Agatha se acurrucaba hecha un ovillo bajo el edredón, vencida por la sensación de que no podía seguir investigando esos asesinatos. Los miembros del consejo habían acabado por intimidarla con su retahíla de insultos.

Pese al edredón y el calor, estaba temblando. Toda la seguridad, la protección y la comodidad de Carsely se habían esfumado y se sentía de nuevo sola en un mundo hostil.

Sonó el teléfono, ruidoso y autoritario. Se apoyó en un codo y lo miró. ¿Y si era James? No, seguramente sería Roy intentando convencerla de que volviera a dedicarse a las relaciones públicas o algo así. Más valía dejarlo sonar y escuchar el mensaje en el contestador automático.

Esperó y luego marcó el número del buzón.

— Tiene un mensaje — dijo la voz remilgada de siempre —. ¿Quiere escucharlo?

— Sí — dijo Agatha en voz baja.

— Me temo que no he entendido bien su respuesta. ¿Le importaría repetirla?

— ¡Sí! — gritó Agatha, exasperada.

Esperó.

— Soy Mary Owen. Venga a verme cuanto antes — dijo una voz áspera.

«Ay, Dios — pensó Agatha, desolada—. Se ha enterado de que interrogamos al de la tienda. Será mejor que avise a James».

Pero lo llamó y no obtuvo respuesta. Se levantó de la cama, se lavó y se vistió. No le apetecía esperar a James; quería acabar con aquello de una vez por todas.

Condujo con pulso firme hasta la mansión de Ancombe, preguntándose si Mary pretendía denunciarla por acoso, intromisión en la intimidad o algo por el estilo.

Mary abrió la puerta.

— Sígame — dijo con brusquedad.

La condujo hasta el salón: techo con vigas, cortinas gruesas, criaturas disecadas en vitrinas, una urna de metal con varios plumeros de carrizo de la pampa... Un salón que parecía salido de una película de terror de la Hammer.

— Siéntese — gruñó Mary.

— Prefiero quedarme de pie.

Agatha pensó que así podría emprender la huida más rápidamente.

— Muy bien. Ha estado escandalizando al vecindario de mi hermana, ha interrogado al tendero. Si vuelve a hacer algo así, podría sufrir un accidente muy desagradable.

Mary se había acercado a ella mientras lo decía. Agatha dio un paso atrás.

— ¡Sólo intentábamos atar cabos sueltos! Si es inocente, no tiene nada que temer.

— Pero ¿quién se cree que es? — Agarró a Agatha por el hombro y tiró de ella hacia un gran espejo que había sobre la chimenea —. ¡Mírese! Es una mujer de mediana edad y no tiene clase. Mete las narices en cosas que no son de su incumbencia. — Le dio otro empujón —. Ahora salga de aquí y recuerde: ¡si vuelve a entrometerse, iré a por usted!

Con la moral por los suelos, Agatha se encaminó tambaleándose hacia la puerta. Arrancó el coche sin siquiera mirar el retrovisor por si Mary la estaba observando. No quería volver a verla en su vida.

Bajó del coche, delante de su cottage, y vio a la señora Darry que se acercaba corriendo seguida de ese pequeño bulto peludo y molesto que se hacía pasar por perro.

— ¡Señora Raisin!

«Darry, Darcy, son todas unas zorras», pensó Agatha, que sacó rápidamente las llaves del bolso, entró en su cottage y cerró de un portazo.

Se apoyó de espaldas en la puerta y respiró hondo.

Llamaron a la puerta.

— ¡Váyase! — chilló.

— ¿Está usted bien, querida? — Oyó débilmente la voz de la señora Bloxby al otro lado.

Abrió la puerta y se echó a llorar.

— Oh, vamos, vamos a la cocina — dijo la señora Bloxby abrazando los hombros temblorosos de Agatha.

Enjugándose las lágrimas con la manga, Agatha se dejó caer en una silla de la cocina.

— Le prepararé un té fuerte y dulce — dijo la esposa del vicario encendiendo el hervidor eléctrico.

Luego le alcanzó la caja de pañuelos de papel de la encimera. Agatha se sonó la nariz.

— Lo siento. Todo esto es demasiado para mí — dijo con voz débil.

— Espere a que haya preparado el té y me lo cuenta.

Poco después, con la taza de té sujeta con las dos manos, Agatha lo soltó todo: su vergüenza por la aventura con Guy, el no saber cuál era el estado de su relación con James y, por último, la amenaza de Mary Owen.

— Es muy interesante lo de Mary Owen — dijo la señora Bloxby.

—¿Se refiere a que si ha sido capaz de amenazarme también habría podido asesinar a los otros?

— No exactamente. Si Mary Owen y su hermana fueran las personas rectas y ofendidas que afirman ser, ¿por qué no fueron a quejarse a la policía?

— A lo mejor sí fueron.

—¿Puede averiguarlo?

— Espere un momento. Intentaré hablar con Bill.

Para alivio de Agatha, Bill estaba en comisaría.

—¿Qué pasa ahora, Agatha? ¿Qué has hecho? — le preguntó bruscamente.

Agatha le contó la amenaza de Mary.

—¿Han ido Mary o su hermana a quejarse de mí y de James a la policía?

— No, a Dios gracias.

—¿No te parece muy raro? Si su hermana y ella fueran tan inocentes como afirman, simplemente habrían acudido a la policía.

Siguió un momento de silencio.

— Pero ¿estás denunciando a Mary Owen por amenazarte? — dijo Bill.

— No sé, Bill. No hay testigos. Aunque llamó y dejó un mensaje en mi contestador automático pidiéndome que fuera a verla.

—¿Conservas todavía el mensaje?

— Sí.

— Pues no lo borres. Me gustaría escucharlo. Pero iré a hablar con ella.

—¿Estás seguro de que no necesita dinero, Bill?

— Seguro. Comprobamos sus cuentas bancarias. Es bastante rica.

— Entonces, ¿por qué Fred Shaw dijo lo contrario?

— Se lo pregunté. Me dijo que había supuesto que estaba arruinada al ver que ella misma se encargaba de cuidar el jardín y limpiar la casa. Sólo tenía alguna ayuda de vez en cuando. En cualquier caso, déjalo en mis manos.

Bill colgó. Agatha volvió junto a la señora Bloxby en la cocina.

— Ni Mary ni su hermana han presentado denuncia ante la policía.

— Qué raro. No me gusta verla tan angustiada — dijo la señora Bloxby.

— Es por todos los insultos y burlas por mi aventura con Guy. Han hecho que me sienta como una vulgar ramera.

— No tiene que tomárselo tan en serio. Tenga en cuenta que usted está tratando con un grupo de gente asustada. Todos son sospechosos y lo saben, así que proyectan su miedo sobre usted porque la ven como un enemigo que está removiendo las aguas turbias.

— No lo había analizado desde esa perspectiva. Le he cerrado la puerta en las narices a la señora Darry justo antes de que usted llegara. Qué espanto de mujer.

— En su caso, me temo que tiene razón: lo es. Anímese. Últimamente la señora Darry se queja mucho: dice que está decepcionada y que Carsely no es un lugar agradable. Creo que no tardará en dejarnos.

— Eso espero. Esa mujer es como halitosis para el alma.

Cuando se fue la señora Bloxby, Agatha subió al cuarto de baño, se lavó la cara y se maquilló. Iría a ver a James y le contaría lo de Mary. Ojalá le diera un abrazo fuerte y largo.

Reunió valor y llamó al timbre del cottage contiguo.

— ¿Qué ocurre, Agatha? — dijo James al abrir, un tanto confuso.

— ¿No me vas a invitar a pasar?

— Estoy muy ocupado preparando las maletas.

— ¿Adónde vas?

— Voy unos días a Londres.

— ¿Por qué?

— Es un asunto privado.

Agatha se sintió tan repudiada, tan abandonada, que no le contó nada de Mary.

— Adiós — musitó y se marchó.

James la miró con impaciencia y se fijó en sus hombros hundidos. Abrió la boca para llamarla, pero la cerró de nuevo y volvió dentro para acabar de hacer las maletas.

Al llegar a su casa, Agatha llamó a la oficina de Roy. No quería estar sola. Roy seguramente vendría corriendo si se lo pedía.

Se puso al teléfono.

— ¿Has cambiado de opinión, Aggie?

— ¿Qué?

— Me refiero a si al final vas a acabar trabajando para la compañía.

— No.

— Entonces, ¿me llamas en son de paz?

— Me preguntaba si te apetecería venir el fin de semana.

A Roy lo había invitado su jefe a una barbacoa el sábado y no iba a declinar una invitación tan importante, sobre todo porque el jefe además tenía una hija casadera.

— Lo siento, querida. Tal vez en otra ocasión.

— Sí, bueno, adiós.

Agatha se quedó mirando fijamente el teléfono. Se estaba planteando hacer las maletas, conducir hasta el aeropuerto de Heathrow y coger el primer vuelo para el que hubiera billete sin importar el destino.

Sonó el teléfono. Lo cogió con cautela, como si el aparato fuera a morderle.

— ¡Agatha! — Era Guy —. Te echo mucho de menos. ¿Qué te parece si cenamos el sábado?

— No sé...

— Vamos. Será agradable vernos de nuevo. En aquel restaurante francés de Mircester, ¿qué me dices? Podría pasar a recogerte a las ocho.

— Muy bien — dijo Agatha, que, tras despedirse y colgar el aparato, pensó: «Qué más da, ya no le importo a nadie.»

El viernes estaba más tranquila. Unos saludables paseos y una afable reunión de la Asociación de Damas de Carsely la ayudaron a recuperar la serenidad, a lo que había que añadir la noticia de que la señora Darry se había ido de vacaciones.

La noche del viernes decidió que anularía su cita con Guy. Cuando se disponía a coger el teléfono para darle cualquier excusa, éste sonó. Lo descolgó despacio, sus viejos temores volvían de golpe.

— Soy Portia Salmond — dijo una voz distante —. Creo que deberíamos hablar.

— Pues hablemos.

— Prefiero no hacerlo por teléfono. ¿Puede venir aquí?

— ¿Dónde es aquí?

— Vivo en el 5 de Glebe Street. Está cerca de la abadía de Mircester.

— La conozco. ¿Por qué ahora? Es tarde.

— No me llevará mucho tiempo.

La curiosidad venció las dudas de Agatha.

— Dame media hora.

Condujo por la carretera envuelta en la tranquilidad de la noche y luego se desvió por la A-44 hasta la Fosse Way. Había refrescado. El verano tocaba a su fin.

Se preguntó si James habría invitado a cenar a Portia. Eso era lo que en realidad quería averiguar.

Glebe Street era una calle estrecha, adoquinada y oscura. Un gajo de luna colgaba en el cielo al final de la calle y la imponente sombra de la abadía se cernía sobre las casas de la izquierda.

Las grandes abadías y catedrales inglesas siempre le habían recordado más el poder del Estado, la corona y el ejército que el poder divino.

Aparcó el coche. El número 5 era una casita muy pulcra, como una antigua cochera remodelada.

Las luces del interior estaban encendidas.

Agatha llamó a la pretenciosa aldaba de latón con forma de demonio sonriente.

Oyó un repiqueteo de tacones altos al otro lado de la puerta y al momento abrió Portia, con la luz del pequeño recibidor brillando como un aura alrededor de su cabello rubio.

— Pase, señora Raisin.

La llevó a un pequeño salón decorado en tonos verdes: alfombra verde, cortinas verdes y doradas, tapicería verde en el sofá y los dos sillones. En las paredes había varias fotografías de Portia.

— Siéntese — dijo ésta con brusquedad —. Quiero acabar con esto cuanto antes.

— Muy bien. Dime.

— Estoy saliendo con Guy Freemont — dijo Portia.

— ¿No me digas? — Agatha se preguntó por qué no le sorprendía.

— Sí le digo. Con usted sólo se está divirtiendo. Creo que tiene complejo de Edipo. Quiero que usted se retire.

— ¿Estáis comprometidos o casados?

— No.

— Entonces, ¿a ti qué te importa, cariño?

— Se ha convertido en el hazmerreír del pueblo. Todos se burlan de usted. Alguien en la oficina dijo el otro día: «¿Quién es esa vieja que vi con Guy el otro día? ¿Su madre?»

Agatha se levantó. Las piernas le pesaban como plomo. Se sentía increíblemente cansada. Miró a Portia.

— Que te den, bruja — dijo —. Por delante y por detrás. ¿Y aún crees que podrías encargarte de mi trabajo de relaciones públicas? Pues que sepas que no se consiguen columnas en la prensa acostándose con periodistas. Ya lo han probado otras furcias como tú y no funciona. Ni se te ocurra volver a llamarme ni a dirigirme la palabra.

Se dirigió a la puerta. Portia la siguió y la agarró del brazo.

— Ha quedado para cenar con usted mañana. ¡No vaya!

— ¡Suelta! — gritó Agatha, y le dio un codazo en las costillas, abrió la puerta y salió corriendo.

— ¡Queda advertida! — gritó Portia.

— Ponte a la cola, querida.

Se subió al coche y arrancó; las manos le sudaban en el volante. Este caso había llegado demasiado lejos. Pero iba a acudir a la cita con Guy. ¡Esa zorra no iba a decirle a Agatha Raisin lo que podía o no podía hacer!

La mañana siguiente, Bill Wong fue a casa de Agatha. Parecía deprimido y cansado.

—¿Cómo te fue con Mary Owen? — preguntó Agatha.

— Lo negó todo. Dijo que tu acusación no era más que una invención y que estabas perturbada. No repetiré los demás insultos.

— Este caso te está hundiendo.

— No es sólo el caso, Agatha. Es Sharon.

— Oh.

— Al principio decía que no podía quedar conmigo porque había venido su madre de visita o porque tenía que lavarse el pelo, cosas así, hasta que le pregunté directamente si nuestra relación había acabado y me dijo que sí. No sé qué es lo que ha pasado. Nos llevábamos estupendamente.

Agatha respiró hondo.

— Bill, ¿no crees que tu madre pudo espantarla?

— Mamá... ¿y cómo?

— Bueno, al hablar de vuestro matrimonio y de Sharon y tú yendo a vivir con ellos.

—¿Y por qué iba a asustarla eso?

— Bill, ninguna mujer quiere vivir con sus suegros, al margen incluso de lo agradables que sean.

— Pero Sharon me habría comentado algo...

— No necesariamente. Tú ni siquiera le habías pedido que se casara contigo. Quizá se imaginó que la estabais presionando para que se casara.

Bill hundió las manos en su tupido cabello oscuro.

— No había pensado en eso.

Agatha negó con la cabeza. Bill era sumamente inteligente cuando se trataba de temas profesionales, pero en lo que respectaba a las mujeres era un ceporro.

— Bueno, basta de mi vida amorosa. ¿Qué me cuentas de la tuya?

— Un lío. James ha vuelto a marcharse y creo que es porque preveía problemas con Mary Owen y su hermana, así que ahuecó el ala para que me tragara yo sola lo que pudiera caer.

— Eso no parece propio de James.

— Pues es típico de él. Ya me hizo lo mismo en Chipre. Así que esta noche voy a quedar con Guy Freemont, y eso que no me apetece nada. Pero desde que Portia me advirtió que más me

valía no...

—¿Portia? ¿Portia Salmond, la secretaria?

— La misma. Dijo que tenía una aventura con Guy.

— Qué follón. ¿De verdad te gusta ese hombre?

Agatha suspiró.

— Sólo cuando tengo el ego machacado, como ahora. Me halaga que a un hombre joven y guapo le apetezca mi compañía. Pero no quiero que me vean por ahí con él, así de machacada me siento. Creo que me pasaré por el Marks & Spencer de Cheltenham, compraré algo y cenaremos aquí.

—Pero ¿no ha reservado mesa en un restaurante?

— Si lo ha hecho, sólo tiene que cancelar la reserva. Quiero un poco de paz e intimidad para decirle que lo nuestro ha terminado.

—¡Así que sí tenías una aventura!

—¿Tanto te sorprende?

— No. No, supongo que no. Supongo que es porque, como somos amigos, nunca pienso en ti en ese sentido. — Bill se rió —. Es un poco como si mi madre tuviera un lío.

La imagen de la amargada madre de Bill cobró forma ante los ojos de Agatha. Se preguntó si no sería mejor olvidarse del amor y los romances, olvidarse de hacer dieta y de ir a la esteticista, y engordar y dejarse y ponerse vestido sueltos como tiendas de campaña y comer de todo lo que lleve nata. De repente deseó con todas sus fuerzas que Roy cambiara de opinión y viniera a Carsely. Cancelaría su cita y los dos saldrían a darse un buen banquete.

—¿Llegasteis a encontrar al gato?

— No, ni rastro de un persa blanco en ningún sitio.

Agatha apoyó la barbilla en las manos.

— He estado pensando en todos ellos, en todos los consejeros parroquiales, me refiero. Al principio parecía increíble que nadie de esa pandilla de honorables ciudadanos pudiera cometer un asesinato, pero empiezas a rascar y afloran todos esos resentimientos, celos y pasiones... ¿Ya sabéis dónde mecanografió Robina sus notas?

— No, por ahí también hemos acabado en un callejón sin salida.

— Estoy empezando a creer que fue Andy Stiggs.

— ¿El vicepresidente? ¿Por qué?

— Parece un hombre violento. Llevaba toda la vida resentido con Robert Struthers porque éste se casó con el amor de su vida. Andy, por despecho, se casó con una arpía y le echaba la culpa a Robert. Además, le repelía la proposición de la compañía de agua, a lo que hay que añadir que siempre ha querido ser el presidente.

— No tenemos nada contra él. Ése es el problema de este grupo. Nada en sus biografías indica

que tengan personalidad de asesinos.

— Sin embargo, ahí está Mary Owen, que pagó a ese grupo para que armaran jaleo.

— Esa mujer es un mal bicho.

— Todos lo son — dijo Agatha —. De hecho, he tenido que aguantar tantas amenazas y tantos insultos que te alegrará saber que no voy a proseguir con la investigación.

— Vaya, eso es muy sensato, Agatha. Puede parecer que la policía avanza muy despacio, pero somos concienzudos y al final llegaremos a descubrirlo todo. Aunque debo admitir que estoy cansado y voy a tomarme el resto del día libre.

Agatha fue en coche a Cheltenham y compró comida para la cena: *mousse* de salmón como entrante, pato en salsa de naranja — comprobó el paquete para asegurarse de que podía prepararlo en el microondas — y un pegajoso pudín de caramelo. También compró unas verduras que podía pasar por el microondas y un paquete de patatas en salsa de queso. No sabía si las patatas gratinadas pegaban con el pato en salsa de naranja, pero no le apetecía comprar las auténticas.

Luego guardó la comida en el coche y dio un paseo por la Promenade. Entró en todas las tiendas de ropa cara con la esperanza de encontrar un vestido que milagrosamente le quitara años de encima, pero no hubo suerte.

Cuando volvió a casa, puso los paquetes de comida en la nevera y subió a su habitación para echarse y leer una hora. Pero se quedó dormida hasta la seis de la tarde.

Se despertó de un sobresalto y se le escapó un grito al ver la hora en el reloj de la mesita de noche. Bajó a poner la mesa del comedor, a pasar la aspiradora por el salón y preparar la chimenea para luego.

Después se dio un baño y empezó a rebuscar entre su reserva de vestidos algo elegante pero cómodo. Finalmente encontró un largo caftán púrpura ribeteado de dorado que hacía años que no se ponía. Eso le serviría. Era suelto y cómodo, y aun así parecía un vestido de noche.

Se maquilló con cuidado y se cepilló el pelo hasta dejarlo brillante.

Estaba a punto de levantarse del tocador cuando le salió un grito. La ropa del día anterior estaba tirada en una pila en un rincón del dormitorio. Tampoco es que tuviera pensado dejar entrar a Guy, pero de todos modos esa ropa debería estar en la cesta de la colada.

Recogió la ropa interior y una blusa azul marino. Arrojó las prendas a la cesta. Pero, bajo la intensa luz del cuarto de baño — una potente bombilla de cien vatios —, echó un vistazo a la ropa sucia.

Con cuidado recogió una blusa azul marino. Allí, en la espalda, había varios pelos blancos. ¡Sin duda eran de gato!

Corrió al dormitorio y encontró la falda que había llevado. De ella colgaban otros dos pelos blancos.

Se sentó en la cama. Mary Owen. Tenía que haber sido Mary Owen.

Pero entonces le vino a la cabeza una imagen vívida de Mary Owen ladrando «Siéntese»: y ella se había negado. Ciertamente, Mary se le había acercado mucho cuando la había empujado ante el espejo.

Entonces le vino otra imagen a la cabeza: Portia. Y sí, se había sentado en su sofá mientras ella se burlaba.

Tenía que llamar a Bill. Había dicho que iba a tomarse libre el resto del día. Cogió su agenda y marcó el número.

—¿Quién es? — preguntó una voz irritada al otro lado de la línea. La señora Wong.

— Soy Agatha Raisin y tengo que hablar con Bill inmediatamente.

— Está en la bañera y no voy a sacarlo.

Agatha respiró hondo.

— Llamo para decirle que Sharon está embarazada.

Oyó un jadeo y luego el sonido de pasos que se alejaban. Agatha esperó tensa.

— Tonterías — oyó decir a Bill —. Está bromeando.

Se puso al teléfono.

—¿A qué estás jugando, Agatha? Casi le da un ataque al corazón a mi madre.

— Bill, ¡escucha! Tenía que conseguir que te pusieras. La ropa que llevé en casa de Portia anoche... tiene pelos blancos de gato pegados.

— No habíamos pensado en ella — dijo Bill —. Me pondré a investigarlo ahora mismo. Buen trabajo.

Por una vez, Bill no hizo caso a las preguntas de su madre y se vistió rápidamente. Estaba a punto de salir cuando volvió a sonar el teléfono. Cogió el aparato antes de que su madre lo alcanzara.

— Soy James Lacey — dijo una voz apurada —. ¡Escúchame!

Bill escuchó.

— Dios. ¡Y él irá a casa de Agatha esta noche!

Antes, ese mismo día, James había invitado a un amigo de toda la vida a comer en la ciudad. Hablaron de los viejos tiempos hasta que James consideró que ya había cubierto el cupo de la cortesía.

—¿Has descubierto algo sobre los hermanos Freemont? — preguntó.

— He preguntado y husmeado por ahí. Han pedido préstamos descomunales para invertir en

esa compañía de agua — respondió Johnny Birrell.

—¿Así que no volvieron muy ricos de Hong Kong? Me temo que soy un ingenuo: creía que todos los hombres de negocios volvían forrados de allí.

— Pues éstos no — dijo Johnny —. Yo mismo pasé allí un par de años. Corría un rumor sobre Guy Freemont que te interesará.

— Me interesa cuanto puedas decirme.

— Muy bien. Se dedicaban al negocio textil. Dirigían fábricas donde se explotaba a los trabajadores. Eso en Hong Kong no era ningún problema. Les iba bien el negocio. Entonces tuvieron un contratiempo. Todo son rumores, claro.

—¿Y qué se rumoreaba? ¿Qué decía la gente?

— El rumor era que Guy se había enamorado perdidamente de una chica china: ella le dio esperanzas durante un tiempo, pero acabó rechazándolo. Se decía que él la había violado. El tal Guy Freemont no le daba importancia; al fin y al cabo, era sólo una china... Los tipos como Guy Freemont no saben lo que es respetar a una mujer. Pero el padre de la jovencita era un hombre de negocios chino muy rico y poderoso. No había pruebas: era la palabra de la chica contra la palabra de Guy, además de que ella ya había salido con varios hombres, pero fueran cuales fuesen las amenazas que le hicieron a Guy, eso no lo sé, se dice que su hermano y él prácticamente se arruinaron para que Guy saliera indemne de aquello. Eso fue antes de que el gobierno chino recuperase la colonia. Por supuesto, todo pueden ser exageraciones, ya sabes cómo son las comunidades de expatriados, James... Uno oye una historia y la adorna, el siguiente la adorna todavía más y al final llega a tus oídos.

James se levantó mirando su reloj.

— Pago y me voy corriendo, Johnny. Tengo que volver a casa cuanto antes.

En el camino de vuelta, James deseó ser uno de esos usuarios de teléfonos móviles a los que él tanto despreciaba. Su coche, que tan bien había funcionado hasta entonces, se detuvo y se negó a arrancar. Un motorista se paró y le dejó usar su móvil. Luego James tuvo que quedarse esperando a la grúa. Como el coche interrumpía el tráfico, lo remolcaron directamente al garaje para revisarlo allí.

James casi se muere de vergüenza cuando el mecánico le dijo riéndose que lo único que le pasaba al coche era que se había quedado sin gasolina.

Cuando por fin pudo telefonear a Bill, el sol se estaba poniendo, y James pensó que se había dejado llevar por el pánico. Había descubierto que Guy Freemont era un empresario tramposo y probablemente un violador, pero eso no lo convertía en un asesino. Y, en cualquier caso, pensó con amargura, no le hacía falta violar a Agatha para conseguir lo que quería.

Pero cuando percibió el nerviosismo en la voz de Bill y se enteró de que ella recibiría a Guy Freemont esa noche en su casa, todos sus temores volvieron de golpe.

— No llames a Agatha — avisó a Bill —. Si es culpable, no queremos alertarle. No tengo tiempo para contarte el resto. Voy de camino.

Agatha fue a abrir la puerta para que entrara Guy.

—¿Está lloviendo? — preguntó al ver las gotas que brillaban en su abrigo.

— Acaba de empezar. ¿Estás lista?

— He pensado que será mejor que cenemos aquí. Dame el abrigo.

Le ayudó a quitárselo y lo colgó en el armario. Había estado aturdida desde que había llamado a Bill. No paraba de darle vueltas a por qué lo habría hecho Portia. Quizá era una especie de maníaca. ¿Y si se lo contaba a Guy?

Pero mientras colgaba lentamente el abrigo, Agatha tuvo un destello cegador de lo que resultaba obvio. Guy tenía una aventura con Portia. Guy había estado en casa de Portia. Los pelos de gato se habían pegado a su ropa y de ahí a la de Robert Struthers. ¿Cuántas veces le habían dicho que los Freemont eran culpables, y ella, la gran relaciones públicas, se había negado a creerles? Uno no asesina para conseguir publicidad... ¿o sí?

Más valía que telefoneara a Bill. Pero Bill estaría registrando la casa de Portia, y si ésta tenía un gato persa y era inocente se centrarían en Guy y, a Dios gracias, le había dicho a Bill que Guy cenaba en su casa.

Agatha volvió lentamente al salón, acercó una cerilla a la chimenea y se quedó mirando las llamas.

—¿No vas a ofrecerme una copa?

La voz de Guy resonó a su espalda y ella dio un respingo.

— Lo siento, me he quedado embobada. ¿Whisky?

— Sí, por favor. Con sólo una gota de soda.

Agatha le sirvió una generosa copa de whisky con soda y se preparó un gin-tonic.

— Me alegro de que quisieras verme, Agatha — dijo Guy —. Pensaba que me habías dejado.

— Bueno, en realidad nunca hemos sido pareja — afirmó Agatha.

Tenía que ganar tiempo. Si Bill había encontrado ese gato y establecía la relación con Guy, la policía acudiría inmediatamente.

— Pues yo pensaba que sí.

— Me parece raro. Portia Salmond me llamó anoche para que fuera a su casa y me dijo que habías tenido una aventura con ella.

— Agatha, Agatha... Eso fue hace mucho tiempo.

— No es cierto. La compañía se constituyó hace poco. A Portia la has contratado este año.

— La conocía de antes.

— ¿De Hong Kong?

Guy entornó los ojos.

— ¿Me has estado investigando, Agatha?

— Por supuesto. Cuando me llamaron para representar a tu compañía, revisé tus antecedentes.

— ¿Y qué descubrió mi atareado angelito?

— Que te dedicabas al negocio del textil y que habías vuelto cuando Hong Kong pasó a manos del gobierno chino. Algo terrible para esa pobre gente. Tendrían que haberles dado pasaportes británicos a todos.

— Vamos, Agatha, también son chinos.

— ¿Y qué? Son personas y eran súbditos británicos.

Negó con su apuesta cabeza.

— Nunca imaginé que fueras una progre.

— ¿Eres de los que piensan que más allá de Calais sólo hay negros?

— Dejémoslo. Es un tema muy aburrido. ¿De verdad eres una dama jubilada que se da la buena vida?

— Sí, y tengo intención de disfrutarla. ¿Cómo va el negocio del agua?

— Nos va muy bien. Exportamos a Europa y pronto a América. Y todo gracias a la publicidad.

— Nunca lo comprenderé. Cuando veo una botella de Agua de Ancombe con la calavera sonriendo en la etiqueta, lo primero que me viene a la cabeza es el pobre señor Struthers tirado en el manantial y el agua teñida con su sangre arremolinándose en el pilón.

— ¿No lo entiendes, Agatha? Ése es el secreto.

— ¿El secreto de qué?

— De la publicidad, de promocionar un producto. Sale una nueva bebida saludable a la venta que tiene una hoja de cannabis en la etiqueta, aunque se utiliza únicamente la hoja masculina y es la femenina la que causa el efecto embriagador. ¿Crees que la gente la compra porque sea saludable? No, lo hace por si le da un subidón.

— No te sigo. En el Agua de Ancombe no hay nada más que agua, eso es evidente.

— Ya lo hemos hablado antes. Todos los seres humanos somos autodestructivos. Mucha gente compra productos estimulantes o calmantes en las tiendas de alimentación saludable convencida de que son buenos sólo por el hecho de encontrarlos a la venta en un establecimiento de alimentación saludable. Nos emborrachamos como cubas en los pubs, pero miramos con desprecio a los yonquis. Los vegetarianos se atiborran de azúcar... En mi opinión, el aviso sobre las dañinas consecuencias que tiene fumar para la salud impreso en los paquetes de cigarrillos es uno de hitos de la publicidad actual. A la gente le atrae la muerte, Agatha, porque la teme, como

el que se siente atraído por el vacío al filo de un abismo. Y nunca se ha tenido tanto miedo a la muerte como en esta época.

— No estoy de acuerdo — dijo Agatha —. La gente tiene una memoria muy corta. El Agua de Ancombe ha llamado la atención de los medios de todo el mundo, en efecto, a causa de los asesinatos. Pero luego eso se olvida y sólo se recuerda lo que se ha oído. No creo que jugar con la muerte resulte nada atractivo.

Agatha se encendió un cigarrillo.

—¿Ah, sí? Mira, te he traído un recorte sobre un hipnotizador de Mircester. Querías dejar de fumar, ¿no? — dijo Guy sacándose un recorte de periódico del bolsillo.

— Sí... — Agatha en el fondo no quería dejarlo —. Te pondré otra copa y luego preparo la cena.

— Muy bien, te ayudaré en la cocina.

— No, no hace falta. No me gusta que me miren mientras cocino.

Le sirvió otra copa, fue a la cocina y cerró la puerta. Todo ese discurso de que la muerte era buena publicidad... ¿Era Guy finalmente el asesino? Dispuso la *mousse* de salmón en dos platos. Tenía que calentar en el microondas las dos porciones de pato y luego mantenerlo caliente en el horno, junto con las patatas y las verduras ya pasadas por el microondas.

Qué tonta había sido. James le había repetido mil veces que habían sido los Freemont; ¡cómo iba a disfrutar echándose en cara!

Miró la puerta cerrada de la cocina. Quizá podía llamar a comisaría... Con cautela cogió el aparato y preguntó por Bill, pero le dijeron que no estaba.

— Dígale que Guy Freemont está en mi casa y que estoy convencida de que él cometió esos asesinatos — dijo con voz apremiante —. Soy Agatha Raisin. No, no tengo tiempo para esperar a que me pasen a otro... — Oyó movimiento al otro lado de la puerta de la cocina y colgó rápidamente.

Sus gatos serpenteaban entre sus piernas. Abrió la puerta de la cocina y los echó al jardín.

— Ahí estaréis a salvo — les susurró.

Más tarde se preguntaría por qué no había hecho ella lo mismo y huido por la puerta de la cocina en busca de seguridad.

Metió el pato en el microondas, cogió los dos platos con la *mousse* de salmón y se dirigió al comedor.

—¿Has hablado por teléfono? — preguntó Guy junto a la chimenea.

—¿Estabas escuchando? — preguntó Agatha distraídamente.

— No, cuando descuelgas el teléfono de la cocina, el aparato de aquí hace un leve pitido.

— Sí, he hablado por teléfono. He llamado a la señora Bloxby, la esposa del vicario.

La expresión de Guy se había tensado y sus ojos brillaban extrañamente a la luz de la

chimenea. Dio un paso hacia Agatha.

Llamaron al timbre.

«La policía», pensó Agatha.

— Voy a ver.

Él la agarró del brazo.

—¿No quieres estar a solas conmigo?

La miró fijamente. Agatha intentó parecer tan desconcertada y ofendida como lo habría estado en circunstancias normales.

— Muy bien — dijo él soltándola.

Agatha fue a la puerta y abrió. La señora Bloxby estaba en el umbral. La miró con ojos desorbitados y luego alzó la voz.

— Estaba diciéndole a Guy que la había llamado y que seguramente sería usted.

La cara de Agatha era de pura desesperación.

— Le he traído algunas tonterías para picar.

La señora Bloxby le tendió un cuenco.

— Pase y salude a Guy — dijo Agatha.

— Si tiene visita no quisiera interrumpir.

— Sólo una copa — suplicó Agatha.

— Sí, por favor, ha sido un detalle por su parte — dijo Guy apareciendo por detrás de Agatha.

— Me alegro de verle, señor Freemont — dijo la señora Bloxby —. No me quedará mucho. Como le decía a Agatha hace un momento por teléfono, me ha parecido que podrían apetecerles algunos de mis canapés especiales.

Guy ya no parecía tenso, sino totalmente relajado.

— Coge el cuenco, Agatha, y yo serviré una copa a la señora Bloxby.

La señora Bloxby le dio a Agatha el cuenco de canapés y dejó el paraguas en el paragüero del recibidor.

— Menuda tardecita se ha quedado, señor Freemont — dijo —. Oh, qué acogedor. El fuego de chimenea siempre me ha gustado. Sólo un jerez, por favor.

Agatha entró y se sentó. Ya había asumido que Guy era un asesino despiadado y se sentía asqueada y asustada.

La señora Bloxby miró animadamente a Agatha y luego a Guy.

—¿Va a la iglesia, señor Freemont?

—¿Perdone?

— Le preguntaba que si va a la iglesia.

—¿Por qué?

— Porque soy la esposa del vicario y me gusta recoger tantas almas para la iglesia como sea

posible.

«La señora Bloxby lo sabe», pensó Agatha. De algún modo lo sabe. No era nada propio de la mujer del vicario preguntar a los demás si iban a la iglesia.

Guy se rió con torpeza.

— Bueno, en Navidad, en Pascua; me temo que soy un anglicano de dos misas al año.

— Pero ¿no le preocupa su alma inmortal?

— Nunca pienso en esas cosas.

— Oh, pues debería. Todos seremos juzgados en el Juicio Final.

— No pretendo ofenderla, señora Bloxby, pero todo eso son un montón de tonterías. Cuando alguien muere, pues se muere... se acabó, fin.

— En eso se equivoca.

—¿Y usted cómo lo sabe? ¿Se lo ha dicho Dios?

La señora Bloxby dio un sorbo de jerez y miró pensativamente las llamas que se elevaban saltarinas.

— No, pero he visto bondad en mucha gente, y también maldad. En todos nosotros hay una pizca de espíritu divino. También he observado que existe un extraño patrón de justicia.

—¿Justicia? — preguntó Guy bruscamente.

Agatha gruñó para sus adentros.

— Oh, sí, he visto a personas malvadas confiar en que se saldrían con la suya, pero al final siempre acaban sufriendo.

—¿En las llamas del infierno?

— Sí, e incluso en vida. Quienquiera que asesinara al señor Struthers y a Robina Toynbee acabará sufriendo espantosamente.

— No, si la policía no lo atrapa. — Guy se levantó —. Discúlpeme, tengo los cigarrillos en el bolsillo del abrigo.

— Coge uno de los míos. No sabía que fumaras — dijo Agatha.

— Hay muchas cosas de mí que no sabes.

Salió.

Agatha miró a la esposa del vicario con ojos angustiados y, sin pronunciar una palabra, le dijo: «No siga por ahí.»

Guy entró y se quedó en el umbral. Llevaba el abrigo y las apuntaba con un pequeño revólver.

— Se acabó la diversión — dijo con frialdad —. Vamos a dar una vuelta en coche. Subid al vehículo. Si dais un solo grito, os disparo.

—¿Por qué haces esto? — preguntó Agatha.

— Calla y muévete. ¡En marcha!

— Conduce tú y que la santurrona se siente a tu lado. Un movimiento en falso y os mato a las

dos — le gruñó a Agatha una vez fuera.

— Coge la carretera que pasa por Ancombe — ordenó cuando Agatha arrancó.

Agatha perdió todas las esperanzas. La policía entraría en el pueblo por el otro lado y no los verían. La fría boca del revólver se apretaba contra su cuello.

La señora Bloxby estaba callada y con las manos entrelazadas en gesto de oración. ¿De qué servía eso ahora?, le entraron ganas de gritarle.

— Ve a Moreton y coge la Fosse Way hacia Stratford — ordenó Guy.

Agatha obedeció. No podía hacer otra cosa. Encajado en el asiento tenía el bolso, que había cogido llevada por la fuerza de la costumbre. ¿Había algo dentro que pudiera usar como arma? ¿Unas tijeras de uñas? Olvidalo. Tenía una pequeña lata de laca. Si pudiera cogerla, le rociaría la cara. Pero ¿cómo?

«Hazle hablar», pensó.

—¿Así que tú los asesinaste? — dijo.

— Límitate a conducir y mantén la boca cerrada.

«En los libros —pensó Agatha desesperadamente—, cuando los asesinos alardean de sus crímenes, el héroe aprovecha para escapar.» Los limpiaparabrisas se movían rítmicamente como metrónomos.

Dejaron atrás Moreton-in-Marsh y siguieron por la Fosse Way, que como todas las calzadas romanas ascendía las colinas por un lado y las descendía por el otro. A los ejércitos romanos no les gustaban los desvíos fáciles.

—¡Ahora a la derecha! — ladró Guy.

— Por aquí se va a Todenham — dijo Agatha —. Podríamos haber llegado por detrás de Budgens.

—¡Conduce!

¿Cuidaría Doris Simpson de sus gatos? Guy sin duda pretendía matarlas.

—¡Para! — le ordenó.

Agatha se detuvo haciendo chirriar los frenos.

— Usted primero — le dijo Guy a la señora Bloxby —. Si intenta escapar, la mataré a ella.

—¡Huya! Va a matarnos a las dos de todos modos — apremió Agatha a la esposa del vicario.

Pero la señora Bloxby se bajó y se quedó obedientemente junto al coche.

— Al campo — dijo Guy.

Agatha se dio cuenta de que aferraba su bolso. Mientras se agachaba para pasar por debajo de la valla, soltó la solapa y buscó a tientas el botecito de laca.

— Ahora quietas ahí, juntas.

Había dejado de llover y la tenue luz de las estrellas centelleaba en el revólver de Guy.

Les apuntó.

La señora Bloxby se apartó de Agatha, dio unos pasos adelante y puso una mano sobre el brazo de Guy.

— No servirá de nada. No puede salir bien parado de esto — dijo con tono afable.

Él apartó el brazo.

Agatha se abalanzó hacia delante y le roció laca en la cara. Guy gritó, soltó el revólver y se tapó los ojos.

La esposa del vicario cogió el arma.

— ¡Retroceda, Agatha! — gritó la señora Bloxby.

Guy las miró con ojos borrosos.

— Vamos, dispare — dijo caminando hacia ella —. Pero no, usted no disparará, ¿verdad que no, mujer de Dios? ¡No puede!

Guy extendió los brazos.

La señora Bloxby le disparó en medio del pecho.

Él la miró fijamente, sorprendido, y luego miró la mancha que se propagaba sobre su camisa blanca.

— Por todos los diablos — dijo Guy Freemont.

La señora Bloxby se sentó de golpe sobre la hierba húmeda.

— Probablemente le estén esperando — dijo en voz muy baja y luego hundió la cara entre las manos.

Guy se desplomó hacia delante y se quedó inmóvil. La luz emergió por detrás de unas melladas nubes negras. Resonaban truenos en la distancia.

Agatha se acercó con piernas temblorosas y ayudó a la señora Bloxby a ponerse de pie.

— Tenemos que buscar ayuda y no voy a dejarla aquí.

— Que Dios me perdone... Lo he matado — murmuró la señora Bloxby.

— Tal vez no, pero no vamos a quedarnos aquí a comprobarlo.

Ayudó a la esposa del vicario a subir al coche. Las llaves seguían puestas. Agatha se dio cuenta de que las piernas le temblaban tanto que apenas podía pisar el acelerador, pero se las apañó para arrancar el coche y conducir hasta Todenham, donde paró en la primera casa del pueblo.

La señora que abrió la puerta miró a las dos mujeres y luego el arma que la señora Bloxby todavía sostenía en las manos, chilló y cerró de un portazo.

— Deme el arma.

Agatha la guardó en su bolso.

Fueron a la casa siguiente. Abrió un joven delgado y, tras escuchar sus súplicas para que les dejara utilizar el teléfono porque tenían que llamar a la policía, las invitó a pasar. Agatha llamó a la policía y a una ambulancia, tras preguntarle al joven cuál era su dirección.

— Más vale que volvamos — dijo Agatha —. Usted espere aquí, señora Bloxby, y yo los pararé en la carretera.

— No, iré con usted. Soy yo quien lo ha matado.

El joven, que se presentó como Gabriel Law, hizo el ademán de acompañarlas, pero después se lo pensó mejor. Si una de estas dos mujeres había matado a alguien, lo más sensato era mantenerse al margen.

Agatha condujo la corta distancia hasta el campo.

Las dos iban sentadas en silencio en el coche.

— Tenía que hacerlo — dijo por fin la señora Bloxby.

— Sí, no ha tenido más remedio, sino habríamos muerto las dos. ¡Qué ciega he estado! ¿Sabe cómo le descubrí?

— No.

— Bill Wong dijo que habían encontrado un único pelo blanco de gato persa en el dobladillo de los pantalones viejos del señor Struthers. Pero nadie había dado con ese gato blanco hasta justo antes de que Guy llegara a mi casa esta noche. Yo había estado en casa de su secretaria, Portia Salmond, quien me dijo que tenía una aventura con él. Luego me fijé en mi blusa, la que llevaba puesta cuando fui a verla: tenía pelos blancos de gato pegados. Como una idiota, primero creí que la asesina había sido Portia.

— De ser así, uno pensaría que Portia ya se habría deshecho del gato.

— Pero nadie pensaba en ella como sospechosa. Y la policía buscó gatos blancos en Ancombe, sin dar explicaciones ni hacer pública la información. Pero usted sabía que era él. ¿Por qué?

— La atmósfera de maldad cuando he entrado en su salón era casi tangible. Y usted parecía tan lívida y asustada... He puesto su vida en peligro, Agatha. Yo también estaba asustada y por eso le he insinuado que sospechaba de él. Tonta de mí. ¡Escuche! ¿Es eso la sirena de un coche de policía?

Agatha bajó la ventanilla.

— De varios.

Las dos se bajaron del coche y se pusieron en medio de la carretera.

Bill Wong se apeó de un salto del primer coche.

— ¡¿Dónde está?! — gritó.

— En ese campo, ahí detrás — señaló Agatha.

Bill, el inspector Wilkes y varios policía se adentraron en el campo.

— Que venga aquí la ambulancia — gritó Bill.

Los coches de policía se apartaron a un lado para dejar pasar la ambulancia.

Agatha y la señora Bloxby esperaron un buen rato. Finalmente una camilla con el cuerpo de

Guy se alzó con cuidado por encima de la valla. Llevaba una máscara de oxígeno en la cara y un gotero en el brazo.

— Todavía vive — dijo la señora Bloxby.

Y entonces rompió a llorar.

— Así que, después de todo, sobrevivirá — le decía Agatha a Bill Wong en la cocina de su cottage unos días después de que Guy Freemont fuera detenido.

— Sin un pulmón, pero sí, sobrevivirá.

— Me alegro por la señora Bloxby. No sé cómo habría sobrellevado esa buena mujer el haber matado a alguien. ¿Y él ha confesado ya?

— Lo hizo cuando recobró la conciencia después de la operación de urgencia. Creía que se estaba muriendo, ya ves. Pero ahora ha buscado un abogado que le defenderá sosteniendo que confesó en estado de *shock*.

—¡No le servirá de nada!

— No. Tenía llaves de la casa de Portia y fue ahí donde mató a Struthers. Ella estaba fuera y él llamó al señor Struthers y le pidió que fuera. Cuando se enteró de que Struthers planeaba oponerse a los planes de la compañía de agua, le golpeó con el atizador de la chimenea. También tenía las llaves del coche de Portia, así que metió a Robert en el maletero, lo llevó al manantial y lo arrojó allí. Para asegurarse de que estaba muerto, le dio otro golpe en la cabeza, y ésa fue la sangre que tú viste.

—¿Seguro que Portia es totalmente inocente? ¿Dónde estaba cuando él utilizó su coche?

— Estaba cenando en un restaurante al que se llega andando desde su casa. Y hay testigos.

—¿Y qué pasó con Robina?

— Portia también nos fue de ayuda en eso — dijo Bill —. Confesó que Guy se había reunido con Robina en un pub la semana anterior a la fiesta y que le había hecho prometer a Portia que no se lo diría a nadie. Volviendo a la confesión de Guy. Robina estaba consternada. Dijo que estaba convencida de que habría algún resquicio legal para romper el acuerdo previo. Guy le dijo que no y Robina dijo que en ese caso haría una declaración pública sobre su cambio de opinión el día de la fiesta y que ya había preparado unas notas para un discurso.

»Así que Guy se escabulló de la fiesta. Ya había mecanografiado unas notas en una vieja máquina de escribir que luego arrojaría al río. Estaba en el muro cuando golpeó a Robina, le quitó sus notas y las sustituyó por las que él había escrito.

—¿Y todo el rollo que me soltó sobre que el asesinato era una publicidad muy beneficiosa era un cuento? — preguntó Agatha.

— No del todo. Dijo que había sido muy útil. Su abogado, por descontado, intenta demostrar que todo fue fruto de la conmoción y los medicamentos, que no sabía lo que decía. No le servirá de nada. El departamento forense ha revisado la casa de Portia y ha encontrado restos de sangre en la moqueta.

— ¿Y dónde tenía ella el gato? — preguntó Agatha —. No vi ninguno.

— Tras el primer asesinato llevó el animal a casa de su madre. Dijo que estaba demasiado ocupada para cuidar de él.

Agatha frunció el ceño.

— No creo que sea inocente. Vosotros no hicisteis público que estabais buscando un gato blanco, pero Guy debía de saberlo.

— Va a resultar muy difícil de probar.

— ¿Y qué me dices de su hermano Peter?

— Parece fuera de sospecha. Pero no creo que la compañía vaya a durar mucho. Cualquier beneficio que consiga se lo llevará el pago de la defensa de Guy.

— Espera un momento — dijo Agatha —. ¿Quién escribió aquellas cartas de amenaza?

— Un anciano asustado de Ancombe. Acudió a comisaría a confesar. Se llama Joe Parr, está mentalmente desequilibrado y tiene un largo historial de altercados.

— Pues él provocó la muerte de Robina — dijo Agatha con irritación —. Si no la hubiera asustado, no habría cambiado de opinión.

Bill la miró comprensivamente.

— ¿Ya has superado la conmoción?

— Creo que estoy bien. — Agatha recordó aquella noche espantosa: James había aparecido, iluminado por los coches de la policía, y se había quedado mirándola, sin adelantarse ni hacer ningún gesto para consolarla —. La señora Bloxby y yo hemos hablado de lo sucedido hasta cansarnos. Que no llegara a matar a Guy ha hecho milagros con ella. Todavía se siente culpable de que él casi me matara, ya sabes, al echarle aquel sermón sobre el Juicio Final.

— Fue una mujer muy valiente, y tú también, Agatha.

— Yo fui muy tonta. Detestaba tanto a esos cerdos del consejo parroquial que estaba convencida de que había sido uno de ellos. ¿Guy... ha dicho algo sobre mí?

Bill entrelazó las manos y se las miró. Guy había confesado que había seducido a Agatha porque se había enterado de su reputación como detective aficionada y había querido asegurarse de que no sospechara de él.

— No — mintió —. Ni una palabra.

— Me siento tan estúpida — se lamentó Agatha —... Para James era evidente que había sido uno de los hermanos Freemont, o los dos.

— Sí. Él nos aportó información útil sobre ellos. Ya te lo he contado.

— Pero ¿por qué no me insinuó nada? ¿Por qué no me dijo qué iba a hacer en Londres?

— ¿Le habrías creído?

Agatha se ruborizó.

— Seguramente no.

— ¿Le has visto?

— No, salvo de lejos, en comisaría. No me ha llamado, ni yo a él tampoco. Y tú ¿sabes algo de Sharon?

— Está saliendo con un policía. Parece muy feliz.

«Seguramente el policía no vive con sus padres», pensó Agatha.

— ¿James salió alguna vez con Portia? — preguntó Agatha —. La había invitado.

— No, creo que no.

— Lo que me desconcierta es que si Mary Owen y su hermana eran inocentes, ¿por qué se tomaron tantas molestias para asustarme?

— Ella es una mujer repulsiva que disfruta intimidando. Yo casi deseaba que fuera ella.

Llamaron al timbre. Agatha fue a abrir. Roy Silver estaba en el umbral.

— Se me ha ocurrido pasarme a verte — dijo jovial.

— Pasa. Bill está aquí.

— Pero Bill se va ya — dijo Bill Wong que apareció detrás de Agatha —. Te veré luego.

— Pasa, Roy. ¿Qué te ha traído hasta aquí de verdad?

— Vengo a ofrecerte un hombro en el que llorar — dijo Roy —. Lo he leído todo en los periódicos.

— Ya he pasado lo peor. ¿Cuánto tiempo tienes intención de quedarte?

— Sólo hoy. Así que cuéntamelo todo.

Se sentaron con unas tazas de café en la cocina mientras Agatha le daba una versión muy adornada de cómo había empezado a sospechar de Guy y había estado engañándole.

— ¿Te apetece comer algo? — preguntó Agatha finalmente.

— Pago yo. Acerquémonos a aquel pub de Ancombe y veamos cómo se están tomando la noticia los vecinos del pueblo.

Fueron en coche a Ancombe. Las hojas de los árboles se arremolinaban ante ellos y las flores se habían oscurecido con las primeras escarchas del otoño.

— Creo que me iré al extranjero, a cualquier sitio, buena parte del invierno — dijo Agatha —. No soporto el frío ni la niebla.

— Pues yo me quedaría. ¿Por qué no te vienes a Londres?

— ¿Por qué? — preguntó Agatha con suspicacia.

— Era sólo una idea.

Estaban sentados en una mesa de un rincón del pub cuando entró el consejo parroquial de

Ancombe al completo. Se notaba que acababan de nombrar presidente a Andy Stiggs. Parecían un grupo alegre.

— No te puedes imaginar cuánto se odiaban — se maravilló Agatha.

Todos la vieron, pero ninguno se acercó a saludarla. Bebieron y brindaron a la salud los unos de los otros, con voces que destilaban tanta afabilidad que casi resultaban insultantes.

— Vámonos de aquí — dijo Agatha cuando acabaron una comida no demasiado apetitosa —. La simple vista de esa pandilla me deprime. Estaba convencida de que había sido uno de ellos.

— Pues yo creía que sospechabas de Guy.

— Al principio no — se apresuró a responder Agatha.

Cuando llegaron al cottage, James estaba trabajando en el jardín delantero de su casa. Se acercó para saludarlos.

—¿Cómo lo llevas, Agatha? — preguntó James.

— Ahora estoy bien — dijo ella mientras rebuscaba la llave —, pero no me habría venido mal un amigo cuando todo estalló.

— Bueno, ya sabes, estaba muy enfadado contigo — dijo James sin ningún énfasis —. Fuiste muy tonta. Ya te dije que había sido Guy Freemont. Pero ¿me hiciste caso? No. Estaba claro que tenía una aventura contigo sólo para que no sospecharas de él.

Agatha encontró la llave y abrió la puerta.

—¿Nos disculpas, James? Estamos ocupados — dijo con tono gélido.

Él se encogió de hombros y se alejó.

Roy entró detrás de Agatha.

— Es hora de que encuentres alguien que sepa apreciar lo que vales — dijo.

— Muy bien. — Agatha dejó escapar un largo suspiro. Le habían entrado ganas de estar sola —. ¿A qué hora sale tu tren?

— Había pensado coger el de las cuatro y cuarto.

— Te llevaré a la estación.

—¿Sabes, Agatha?, estás desperdiciando tu talento. Pedmans tiene un nuevo cliente.

Roy trabajaba para Pedmans.

—¿No me digas?

La voz de Agatha sonaba distante y suspicaz, pero Roy siguió hablando como si nada.

— Es ese refresco saludable llamado Healthbuzz. El jefe dijo que eras la persona ideal para llevarlo. ¿Adónde vas?

— A llamar a un taxi para que pase a recogerte — dijo Agatha —. No has venido para consolarme: ¡has venido porque tu jefe te lo ha mandado!

Llamó a un taxi.

Roy se marchó sin dejar de repetir que sólo había ido a Carsely por amistad.

El teléfono sonó unos minutos después. Era James.

— Escúchame, Agatha, es una tontería que nos peleemos. ¿Por qué no quedamos para cenar?

— Muy bien.

— Pasaré a recogerte a las ocho.

Agatha se sentó en una pequeña silla junto al teléfono y apoyó la cabeza entre las manos. ¿Por qué no se sentía dichosa ni emocionada?

El teléfono volvió a sonar sobresaltándola.

— Soy Charles — dijo una voz con acento de clase alta: el baronet sir Charles Fraith.

— Oh, Charles. Me alegra oírte — dijo Agatha.

— He estado viajando, para variar. ¿Qué te parece si cenamos algo ligero esta noche?

Agatha abrió la boca para decir que no podía, pero entonces su expresión se endureció.

— Sí, me apetece — se oyó decir.

— ¿Dónde quedamos?

— Recógeme por aquí a las ocho, Charles, y cuando nos traigan la cuenta de la cena no desaparezcas en el lavabo de caballeros ni me vengas con que te has olvidado la cartera — dijo Agatha con firmeza.

— Ése era yo en los viejos tiempos... — Charles se rió —. Nos vemos a las ocho.

Agatha colgó y llamó a James.

— Lo siento, no puedo quedar contigo esta noche — dijo con tono seco —. Me había olvidado, pero ya tenía otra cita. Adiós, James.

Colgó con gesto decidido.

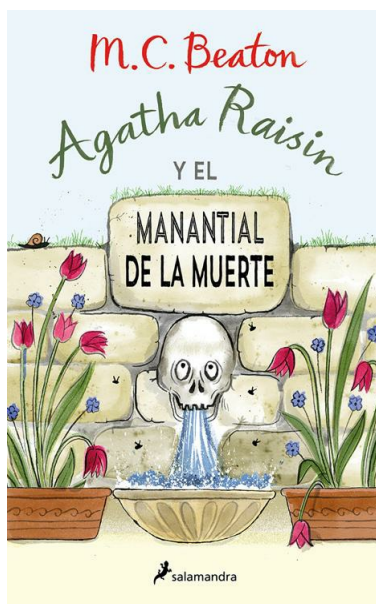
«Así que otra cena con alguien más joven», pensó, subiendo cansinamente las escaleras para ponerse la crema antiarrugas.

James se colocó junto a la ventana que daba a la entrada del cottage de Agatha. A las ocho en punto vio llegar a sir Charles Fraith.

«Bueno, hasta aquí hemos llegado», pensó con amargura. Había planeado decirle durante la cena que estaba harto de sus discusiones y que quería volver a salir con ella. Pero Agatha no se merecía a alguien como él: ¡ahí estaba, coqueteando como una cualquiera!

Ni se le pasó por la cabeza que Agatha Raisin no tenía facultades telepáticas.

Una nueva entrega de la serie sobre Agatha Raisin, la heroína más aclamada del *cosy crime*. Más de diez millones de lectores en todo el mundo.



Para superar la frustración, intenta distraerse en la Asociación de Damas de Carsely, donde encuentra un encendido debate sobre la propuesta que la recién fundada Compañía de Agua de Anscombe ha hecho al Consejo Parroquial del pueblo para embotellar y comercializar el agua de un manantial local. Sin embargo, la decisión se complica cuando Agatha descubre el cadáver del presidente de la compañía justo debajo de la fuente. Y mientras se desatan todo tipo de especulaciones, la incombustible Agatha acepta el puesto de relaciones públicas de la compañía con la misión de ofrecer una imagen edificante de la empresa y, de paso, aclarar la misteriosa muerte del señor Struthers.

La crítica ha dicho:

«La saga de Agatha Raisin es mi placer inconfesable: es sumamente interesante, intrigante y encantadora, y además tiene el tono perfecto».

Lee Child

«Agatha Raisin es una miss Marple moderna con un serio problema con el tabaco y la bebida».

Entertainment Weekly

«Una serie de novelas policíacas ideales para leer en la cama, con tanto o más placer que las de Agatha Christie».

Telegraph on Sunday

M. C. Beaton (Glasgow, 1936-Gloucester, 2019) es el seudónimo que utilizó Marion Chesney, prolífica escritora escocesa con una reconocida trayectoria en el género histórico y romántico, para publicar sus novelas de detectives y misterio, entre las que destacan las sagas dedicadas a Hamish Macbeth y Agatha Raisin. De esta última, formada por más de treinta libros, se han vendido más de diez millones de ejemplares en más de quince países, y su exitosa versión televisiva, de la que se está rodando la quinta temporada en Inglaterra, se ha estrenado en España en 2021.



Título original: *Agatha Raisin and the Wellspring of Death*

Primera edición: febrero de 2024

© 1998, M. C. Beaton

The moral right of the author has been asserted

© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2024, Vicente Campos González, por la traducción

Los personajes y situaciones que aparecen en esta obra, excepto aquellos que se hallan claramente en el dominio público, son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia

Imagen de portada: © Alice Tait

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19346-46-9

Compost a: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: SalamandraEd

X: SalamandraEd

Instagram: SalamandraEd

YouTube: penguinlibros

Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En penguinlibros.club encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   [penguinlibros](https://www.penguinlibros.com)

Índice

Agatha Raisin y el manantial de la muerte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Sobre este libro

Sobre M.C. Beaton

Créditos